F. FERRER GUARDIA



La Escuela Moderna

TERCERA EDICIÓN

Publicaciones de la Escuela Moderna

Cortes, 478 - BARCELONA

LA ESCUELA MODERNA

Publicaciones de la Escuela Moderna

La Escuela Moderna

PÓSTUMA EXPLICACIÓN Y ALCANCE

DE LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

POR

FRANCISCO FERRER GUARDIA

BARCELONA
Imprenta Elzeviriana - Borrás, Mestres y C.ª
Rambla Cataluña, 12 y 14
1912

A los amigos y admiradores de Ferrer

Bajo el peso de solemne compromiso de honor, en cumplimiento de la última voluntad de un mártir dispuesto al sacrificio, y sintiendo sobre mí la mirada de cuantos en el mundo se agitaron constituyendo la gran solidaridad internacional del pensamiento libre en pro de Ferrer y de la enseñanza racionalista, salgo de mi modesta obscuridad, ocupo el puesto que se me ha designado y en él me propongo continuar aquella obra redentora iniciada por Francisco Ferrer.

Lo que en aquél fué propósito espontáneo, producto de su inteligencia y de su energía perfectamente equilibradas, en mí es adopción y adaptación por acatamiento, por respeto, por admiración y por honra, y en ello pongo todo el empeño de mi voluntad.

Al entrar en posesión de la casa editorial «Publicaciones de la Escuela Moderna», en virtud de la providencia dictada por el Tribunal

Supremo de Guerra y Marina en 29 de diciembre de 1911, he creído que el mejor modo de reanudar la obra trágicamente interrumpida en los fosos de Montjuich, el 13 de octubre de 1909, era presentar al pueblo español, al mundo entero, la idea culminante del insigne mártir, el pensamiento supremo de su vida, la causa del heroismo, de su admirable y universalmente admirada muerte: La Escuela Moderna.

El supuesto hijo de uno de los muchos dioses creados por el hombre es condenado a muerte, en conformidad con las leyes de su país, acusado de querer proclamarse rey. Va a morir. Engendrado, como todos los dioses, por el miedo y la ignorancia, ante la fuerza y la realidad de la muerte desfallece, tiembla, pierde la fe, reniega su confianza en el que le envió para redimir a la humanidad y, lleno de pavor, exclama: «¡Padre, padre!, ¿por qué me has abandonado?»

El hijo del librepensamiento, de la moral sin sanción, es condenado a muerte inculpado de haberse rebelado contra un rey. Lo llevan al Gólgota, al Castillo Maldito, y le ponen ante el pelotón de ejecución. Va a morir.

¿Desfallecerá ese hijo del hombre? ¿Perderá su fe en el que le envió, en el libre examen, para decir a la humanidad: Sé libre?

Sereno, tranquilo, de pie, con los ojos forzosamente vendados, pero con su vista en el porvenir,

afirma su obra, defiende su razón, se yergue ante la muerte y lanza un grito de combate y de victoria: ¡Viva la Escuela Moderna!

Y el eco de ese grito, explosión de fe y entusiasmo por la humanidad exenta de dioses y tiranos, repercute más fuerte y poderoso que el terremoto de la leyenda cristiana en todo el universo. París, Roma, Londres, Bruselas, Nueva York, Buenos Aires, todo el mundo consciente sufrió la conmoción causada por las últimas palabras de ese hijo del hombre.

Pero, ¿qué fuerza, qué prodigio o qué crimen hizo vibrar en un mismo momento y en tan distantes lugares, a millones de seres humanos? Una idea, un sentimiento de solidaridad consciente que saludaba la aurora de los tiempos nuevos por una parte y de justa protesta por otra contra lo que simboliza los crímenes y las injusticias de veinte siglos de opresión.

«Esto matará aquello».

Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es la Escuela Moderna?

Es la continuación de la eterna lucha de la luz contra las tinieblas, de la evolución contra el estacionamiento, de los esclavos contra los señores, de los siervos contra el feudalismo, del proletariado contra la burguesía, de la libertad contra el privilegio, de la razón contra el dogma, de la verdad contra la superstición, de lo que no es y debería

ser contra lo que es y no debería existir, de la vida contra la muerte, del hombre-realidad contra el dios-ficción.

Leed detenidamente las páginas de este libro escritas por el fundador de la Escuela Moderna después de haber escapado a las primeras asechanzas de sus enemigos; estudiad esos pensamientos dictados y sellados por una sinceridad y un valor que le hicieron morir como el mejor de los héroes antiguos; meditad fría e imparcialmente el concepto que de la escuela racionalista nos da; deducid las consecuencias lógicas que surgen de tal enseñanza, y odiaréis la mentira, despreciaréis todas las supersticiones, combatiréis toda tiranía, y lucharéis para establecer la libertad y justicia sociales.

Habréis aprendido a ser hombres, y lo seréis.

Mi juicio y apreciación del libro, cuya publicación puede considerarse como un homenaje de respeto a mi admirado amigo y compañero, han de ser necesariamente sospechosos de parcialidad.

Séame, no obstante, permitido decir que todos, tanto los partidarios y defensores, como los enemigos y detractores de la obra de Ferrer, deben leer este libro; los unos para defenderla con mayor vigor y convicción, los otros para que no se les pueda decir que, como de costumbre, la atacan indignamente sin conocerla.

Y termino manifestando mi confianza en que cuantos alentaron a Ferrer en el curso de sus trabajos y protestaron contra sus enemigos en la desgracia, me prestarán su concurso, y me ayudarán a continuar una obra cuya importancia y trascendencia puede calcularse por el odio mortal con que la persiguen los obstinados e impotentes obscurantistas que abominan del progreso.

L. Portet

Prefacio

Asociado a la obra de Ferrer desde algunos meses antes de la creación de la Escuela Moderna, a título de traductor para su biblioteca, estuve en feliz disposición para conocer la grandeza del pensamiento de aquel hombre singular, que me distinguió y honró con su amistad y confianza.

En una fiesta de los profesores racionalistas de Barcelona, en honor de Ferrer, para celebrar su absolución en la causa del atentado regio de mayo en Madrid, expresé mi concepto sobre la enseñanza científica y racional, que aquí reproduzco, en los siguientes términos:

En este acto celebramos un triunfo del progreso humano y una caída del poder del privilegio.

Conviene que nos demos bien cuenta de ello para precisar la fuerza que nos apoya, la razón que nos asiste y la influencia que personal y colectivamente podemos tener en las futuras caídas del enemigo y en la serie infinita de triunfos que en la vía de la perfección, en el conocimiento de la verdad y en la práctica de la justicia nos esperan.

En una nación de masas analfabetas, en que el tanto por ciento de los iletrados acusa una de las mayores proporciones de Europa y de América, se ha planteado la enseñanza racional, cuyo objetivo se expresa claramente en estas palabras del programa de la Escuela Moderna :

«Ni dogmas ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva ; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, eso es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad, y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento y, aplicadas en la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivismos repugnantes.»

Esta enseñanza no existía en España, ni existe oficialmente en las otras naciones, por adelantadas que parezcan, por grandes que sean las cantidades que sus presupuestos destinen a la enseñanza. Es más : esa enseñanza no la dará jamás el Estado, ni aquí, ni en nación alguna del mundo, porque mal puede tender a que *«cada cerebro sea el motor de una voluntad»* esa entidad que concreta en leyes, y quiere eternizarlas como expresión de la verdad y de la justicia, los errores de cada época y los intereses de las castas o de las clases superiores, y que, por consecuencia, amasa los cerebros en la uniformidad de una creencia y en la inicua aceptación de un despojo ; es decir, en la fe y en la obediencia.

Pero lo que el Estado no puede hacer, porque contraría la base fundamental de su existencia, puede hacerlo la Sociedad, y aquí he de observar que el Estado y la Sociedad son entidades que si para muchos son sinónimas, en realidad son antitéticas. El Estado, en teoría, representa la suma de negaciones de las libertades individuales, o el sacrificio que todos sus miembros hacen renunciando a una parte de su libertad en pro del bien común, y en la práctica resulta esta definición de Bastiat: «El Estado es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo»; o esta otra de Renan: «El Estado es un autócrata sin igual que tiene derechos contra todos y nadie los tiene contra él». La Sociedad, por el contrario, es el modo natural de existencia de la humanidad; se rige por las costumbres o por hábitos tradicionales, pero no por leyes escritas impuestas anteriormente; progresa con lentitud por el impulso que le dan las iniciativas individuales, no por el pensamiento ni por la voluntad de los legisladores. Las leyes a que se somete son las leyes naturales, inherentes al cuerpo social como a los cuerpos físicos, que la ciencia descubre y que el legislador y el gobernante desconoce o contraría por sistema.

En la situación de evolución progresiva en que nos hallamos, lo que el Estado no quiere hacer y lo que la Sociedad por el obstáculo opuesto por el Estado no puede hacer todavía, ha de hacerlo la iniciativa individual, y este es nuestro caso. Sin negar lo que en otras naciones

se haga por la enseñanza racional, supeditada en gran parte a ese laicismo que si emancipa la enseñanza de la tiranía de la Iglesia, la deja sometida al Estado, que si desecha de la escuela el fetiche religioso pone en su lugar el símbolo patriótico, hemos de reconocer que la enseñanza racional pura, la típica, la que puede servir de modelo, es la planteada en la Escuela Moderna de Barcelona por la iniciativa de Francisco Ferrer. Y no quiero hacer aquí manifestación de vanagloria patriótica, ni menos de adulación personal; voy más lejos; pretendo exponer, lógrelo o no, el alcance social, revolucionario, humano, de la enseñanza racional. Por lo pronto recojo este dato: en la reciente campaña «Pro Ferrer», sostenida por la prensa internacional, se ha leído constantemente, afirmado por notabilidades europeas y americanas, que la Escuela Moderna de Barcelona representa una iniciativa original.

Y aquí recojo la idea del triunfo representado por este acto, de que hablé al principio.

Los privilegiados en general, no ya únicamente los caracterizados por el dogma, sino aquellos que representan la usurpación de la riqueza social, se concertaron contra la Escuela Moderna y contra su fundador, y a la primera ocasión cayeron sobre una y otro con todo su poder, y su poder se ha estrellado contra esa fuerza que, incoherente al parecer, sin trabazón ni combinación orgánica, sin otra manifestación que el artículo o la información periodística, el mitin y la conferencia, producto casi siempre de una actividad personal, y esto expresado en

francés, en alemán, en inglés, en italiano, en portugués, en español, uno y otro día, con constancia admirable, ha bastado para aplastar y aniquilar el poder de Loyola, que, como sabéis, es un pulpo inmenso que extiende sus viscosos y absorbentes tentáculos por todo el mundo. Es decir, lo reconocidamente débil, apoyado por la razón, ha triunfado de lo tenido por fuerte que quería consumar una iniquidad. Se han trocado pues, los papeles: somos fuertes ya por la razón y la justicia; son débiles por la injusticia y el sofisma.

Con la absolución de Ferrer adquiere mayor esplendor la enseñanza racional, que hoy desde Barcelona irradia al mundo y no puede menos de ser universalmente adoptada; con la negativa a la petición de Becerra del Toro se inicia la separación completa de la infancia de la creencia en el dogma, de la sumisión a toda la tiranía, del hipócrita convencionalismo que pone la ficción sobre la realidad, y se crean esas generaciones despreocupadas y conscientes que han de enaltecer la humanidad.

Aquella absolución y aquella negativa significan el término de una evolución y el principio de una nueva era. Llego hasta considerarlas más trascendentales que algunos sucesos históricos a que se ha dado el nombre de revoluciones. Por ellas pasa la enseñanza a ser función eminentemente social. Hasta aquí la enseñanza, supeditada a la Iglesia, que, según la feliz expresión de Bakounine, quería hacer del hombre un santo, o del Estado, que quería de él un ciudadano, moldeándole cada cual en su lecho

de Procusto, será el hecho natural de dar a la infancia, a la que, como continuadora de las generaciones pasadas o que van pasando, formará la humanidad futura, su participación en el tesoro de la sabiduría humana. Es la ruptura del exoterismo, o creencia para los ignorantes, para aquellos de quien se dijo que se necesitaba un dios para la canalla, y la iniciación de todos en el esoterismo, o doctrina hasta aquí secreta para satisfacción de los poderosos.

Vosotros, profesores racionalistas, sois los llamados a realizar el principio de una justificación a la Sociedad, que no parará hasta poner a disposición de todo el mundo el patrimonio universal, formado por los bienes naturales y por los adquiridos por cuantos, sin distinción de países y a través de todas las épocas, han observado, estudiado, pensado y trabajado hasta constituir esa riqueza con la cual podría vivir con satisfacción y holgura una humanidad de triple número de habitantes.

Habéis de emancipar y generalizar la enseñanza, que no ha de ser, como hasta ahora, un plantel de estúpidos creyentes, o un picadero para domar energías rebeldes, o un negocio industrial para sacar rentas a costa de la mixtificación de las inteligencias; estáis destinados a fundar el verdadero equilibrio entre lo que se cree y lo que se sabe, y con esa laudabilísima tarea daréis a la Sociedad aquel fundamento sólido que en vano ha buscado hasta el presente.

Hermosa misión la vuestra; no hay ya otra en el mundo que la supere. Mientras los restos del privilegio forman tratados internacionales

para garantirse contra los innovadores, refuerzan su legislación con leyes excepcionales para perseguir a los revolucionarios, dan a sus ejércitos nuevos y más poderosos instrumentos de destrucción, inventan nuevos sofismas para justificarse, ahí estáis vosotros para destruir atavismos, enseñar verdades, formar caracteres, impedir la formación de masas sectarias e inconscientes y hacer de cada hombre y de cada mujer un ser pensante y activo, de positivo y de idéntico valor, sobre el cual no pueda sostenerse falso prestigio ni autoridad indebida, de modo que la justicia entre las relaciones humanas sean un resultado sencillo y práctico de las costumbres.

Para llevar adelante vuestra obra no volváis la vista a los poderosos, como tales poderosos, porque esencialmente serán vuestros enemigos, sin negar por eso que podáis hallar auxiliares individuales: bien lo demuestra el caso de la iniciativa del fundador de la Escuela Moderna. Procurad interesar al proletariado, que es hoy la clase social eminentemente progresiva, porque, a diferencia de la burguesía usurpadora de la riqueza social, y viviendo en la opresión y en la miseria, tiene sus bienes en lo porvenir, y vosotros sois los principales dispensadores de esos bienes.

Si así comprendéis vuestra misión y si por ella se desarrollan vuestras energías, animadas por vivificador entusiasmo secundado por la poderosa virtud de la constancia, a vosotros estará encomendada la realización de este su-

blime ideal formulado por la poderosa inteligencia de Pi y Margall:

«El hombre no está condenado a sufrir eternamente los males que le afligen. Su inteligencia disipa de día en día las nieblas que le obscurecen y confunden, su voluntad está mejor determinada, su libertad se educa. Vendrá, a no dudarlo, tiempo en que, conocida ya la ley de la humanidad, sus relaciones marcharán perfectamente de acuerdo con los destinos de su raza. La libertad y la fatalidad serán entonces idénticas, no habrá motivos de lucha, y una aureola inextinguible de paz circundará ya la frente del niño al saltar del seno de su madre.»

En junio de 1908, hallándose Ferrer reposando en Amélie-les-Bains, me invitó a que le acompañara, a lo que accedí gustoso, y en la tranquilidad de aquel bellísimo repliegue de los Pirineos, en el descanso requerido tras muchos años de actividad incesante y uno de privación de libertad y peligro terrible, recordó los pasos dados en la vía progresiva, y concertamos propósitos de continuación aprovechando las lecciones de la experiencia.

Allí, Ferrer, en consideración a cuanto se había fantaseado por amigos y adversarios sobre el significado de la Escuela Moderna durante la campaña de su liberación, formó el propósito de escribir una Memoria explicativa de su significación, que se publicaría en la prensa española y francesa y fijaría clara y terminantemente el concepto, la aplicación y la extensión de la enseñanza racionalista.

Para la realización de su propósito requirió mi colaboración, y en aquel hermoso oasis y disfrutando de una breve tregua en la lucha por el progreso, por el bien, por la justicia, en la calma de un paisaje espléndido, gozando de aromáticas brisas y del armónico murmullo de aves e insectos a la orilla de un riachuelo, escribió la presente explicación que, por ser suya y por haberse ratificado y confirmado en hora trágica y solemne en Montjuich ante el pelotón de ejecución, rectifica errores, ratifica verdades y puede servir de guía a los continuadores de una iniciativa salvadora, emancipadora y libertadora de la humanidad.

En aquel medio, en presencia de Ferrer y oyendo su palabra inspirada por el más generoso altruismo, sentí aquellas emociones que exaltan el sentimiento y el pensamiento, y mientras él bosquejaba su Memoria yo escribí las siguientes líneas, que no pude presumir habrían de incluirse en el prefacio de la obra póstuma de Ferrer.

LA ESCUELA MODERNA

Existe un tesoro natural, en cuya formación no han intervenido los hombres, y otro artificial, aglomerado con el concurso de los observadores, los pensadores y los trabajadores de todos los tiempos y de todos los países.

Por la existencia de ese tesoro natural viven los hombres, por la aglomeración de ese tesoro artificial vive la humanidad; porque es evi-

dente que sin condiciones de vitalidad necesaria y aun excedente las especies inferiores no hubieran evolucionado hasta formar el organismo humano, ni el aprovechamiento de la excedencia hubiera creado la ciencia, el arte y la industria reuniendo el saber, el querer y el poder de todos de modo que se fundara la humanidad por la adopción de la solidaridad.

Si esos tesoros no tienen creador en nuestra especie ni en la generación viviente, claro es que la apropiación individual, la transmisión hereditaria y el goce de todas las ventajas consiguientes por cierto número de privilegiados, con exclusión de otro número infinitamente mayor que permanecen míseros e ignorantes desheredados, no tienen razón de ser, son un absurdo, constituyen una usurpación.

Ello es así: no busquemos causantes ni responsables; no demos vana satisfacción al sentimiento buscando el enemigo a quien quisiéramos abrumar con nuestras quejas o destruir con nuestra ira, pero reconozcamos el hecho en toda su sencillez: la gran riqueza natural y la no menos grande riqueza social, que juntas forman el patrimonio de esa gran aglomeración solidarizada llamada la humanidad, lo vienen detentando en el mundo un relativamente corto número de privilegiados, desde el brahmán al burgués, en perjuicio de todos los explotados y oprimidos del mundo, desde el paria al jornalero, tomando la denominación de esas clases históricas como representación de todas las desigualdades más o menos conocidas que hayan existido entre los hombres.

Obra humana es el dualismo que tanto nos daña, obra humana ha de ser el monismo reparador que ha de favorecernos.

Antes que los legisladores codificaran la injusticia legalizando la usurpación propietaria y el despojo de las clases ínfimas, los sacerdotes habían santificado la ignorancia con el exoterismo, reservándose con el esoterismo el privilegio del saber, y así quedó creado el absurdo antisolidario que representa el dualismo que nos divide, causante del antagonismo de intereses que corroe la Sociedad.

La ciencia, precursora siempre como el pensamiento precede necesariamente a la acción a título de determinante de la voluntad, rebasó por su propio poder las reservas y los secretos de la iniciación, pasando del templo, donde la usurpaban los sacerdotes, a la universidad, donde la usurpan los burgueses; pero interpretado el símbolo, desvanecido el mito y derribado el ídolo, último refugio de la injusticia exotérica, ni en la universidad se detiene y pasa a la escuela racional, verdadera y positiva universidad donde se enseña a todas y a todos la ciencia de la vida, convirtiendo en aula infantil la naturaleza en toda su inmensa amplitud, y toma como objetivo de su enseñanza todas las manifestaciones del saber y del poder de los hombres.

Para condensar en un punto inicial la nueva vía libre emprendida por la humanidad surgió la Escuela Moderna.

ANSELMO LORENZO

I

Explicación preliminar

Mi participación en las luchas políticas de fines del pasado siglo sometieron a prueba mis convicciones.

Revolucionario inspirado en el ideal de justicia, pensando que la libertad, la igualdad y la fraternidad eran el corolario lógico y positivo de la República, y, dominado por el prejuicio generalmente admitido, no viendo otro camino para la consecución de aquel ideal que la acción política, precursora de la transformación del régimen gubernamental, a la política republicana dediqué mis afanes.

Mi relación con D. Manuel Ruiz Zorrilla, que podía considerarse como centro de accción revolucionaria, me puso en contacto con muchos revolucionarios españoles y con muchos y notables republicanos franceses, y su frecuentación me causó gran desengaño: en muchos vi egoismos hipócritamente disimulados; en otros que reconocí como más sinceros sólo hallé ideales insuficientes, en ninguno reconocí el propósito de realizar una transformación radical que, descendiendo hasta lo profundo de las

causas, fuera garantía de una perfecta regeneración social.

La experiencia adquirida durante mis quince años de residencia en París, en que presencié las crisis del boulangismo, del dreyfusismo y del nacionalismo, que constituyeron un peligro para la República, me convencieron de que el problema de la educación popular no se hallaba resuelto, y no estándolo en Francia, no podía esperar que lo resolviera el republicanismo español, toda vez que siempre había mostrado deplorable desconocimiento de la capital importancia que para un pueblo tiene el sistema de educación.

Imagínese lo que sería la presente generación si el partido republicano español, después del destierro de Ruiz Zorrilla, se hubiera dedicado a fundar escuelas racionalistas al lado de cada comité, de cada núcleo librepensador o de cada logia masónica; si en lugar de preocuparse los presidentes, secretarios y vocales de los comités del empleo que habrían de ocupar en la futura república hubieran trabajado activamente por la instrucción popular; cuánto se hubiera adelantado durante treinta años en las escuelas diurnas para niños y en las nocturnas para adultos.

¿Se contentaría en ese caso el pueblo enviando diputados al Parlamento que aceptan una ley de Asociaciones presentada por los monárquicos?

¿Se limitaría el pueblo a promover motines por la subida del precio del pan, sin rebelarse contra las privaciones impuestas al trabajador

a causa de la abundancia de lo superfluo de que gozan los enriquecidos con el trabajo ajeno ?

¿ Haría el pueblo raquíticos motines contra los consumos en vez de organizarse para la supresión de todo privilegio tiránico ?

Mi situación como profesor de idioma español en la Asociación Filotécnica y en el G.·. O.·. de Francia me puso en contacto con personas de todas clases, tanto en concepto de carácter propio como en el de su posición social, y, examinadas con la idea de ver qué prometían respecto de influir en el gran conjunto de la humanidad, sólo vi gente dispuesta a sacar el mejor partido posible de la vida en sentido individual : unos estudiaban el idioma español para proporcionarse un avance en su profesión, otros para estudiar la literatura española y perfeccionarse en su carrera, algunos hasta para proporcionarse mayor intensidad en sus placeres viajando por los países en que se habla el idioma.

A nadie chocaba el absurdo dominante por la incongruencia que existe entre lo que se cree y lo que se sabe, ni nadie apenas se preocupaba de dar una forma racional y justa a la solidaridad humana, que diera a todos los vivientes en cada generación la participación correspondiente en el patrimonio creado por las generaciones anteriores.

Vi el progreso entregado a una especie de fatalidad, independiente del conocimiento y de la bondad de los hombres, y sujeto a vaivenes y accidentes en que no tiene participación la

acción de la conciencia ni de la energía humanas. El individuo, formado en la familia con sus desenfrenados atavismos, con los errores tradicionales perpetuados por la ignorancia de las madres, y en la escuela con algo peor que el error, que es la mentira sacramental impuesta por los que dogmatizan en nombre de una supuesta revelación divina, entraba en la sociedad deformado y degenerado, y no podía exigirse de él, por lógica relación de causa a efecto, más que resultados irracionales y perniciosos.

Mi trato con las personas de mi relación, inspirado siempre en la idea de proselitismo, se dirigía a juzgar la utilidad de cada una desde el punto de vista de mi ideal, y no tardé en convencerme de que con los políticos que rodeaban a D. Manuel no se podía contar para nada; a mi juicio, perdónenme las honrosas excepciones, eran arribistas impenitentes. Esto dió lugar a cierta expresión que, en circunstancias graves y tristes para mí, quiso explotar en mi perjuicio la autoridad judical. D. Manuel, hombre de alteza de miras y no suficientemente prevenido contra las miserias humanas, solía calificarme de «anarquista» cada vez que me veía exponer una solución lógica, y por tanto radical siempre, opuesta a los arbitrios oportunistas y a los radicalismos de oropel que presentaban los revolucionarios españoles que le asediaban y aun explotaban, lo mismo que a los republicanos franceses, que seguían una política de beneficio positivo para la burguesía y que huían de lo que pudiera beneficiar al proletariado des-

heredado, pretextando mantenerse a distancia de toda utopía.

Resumiendo y concretando : durante los primeros años de la restauración conspiraron con Ruiz Zorrilla hombres que después se han manifestado convencidos monárquicos desde el banco azul ; y aquel hombre digno que mantenía viva la protesta contra el golpe de Estado del 3 de enero de 1874, cándido por demasiado honrado, se confió a aquellos falsos amigos, resultando lo que con harta frecuencia resulta entre políticos, que la mayoría abandonó al caudillo republicano para aceptar una cartera o un puesto elevado, y sólo pudo contar con la adhesión de los que por dignidad no se venden, pero que por preocupaciones carecen de lógica para elevar su pensamiento y de energía para activar su acción.

A no haber sido, por Asensio Vega, Cebrián, Mangado, Villacampa y pocos más, D. Manuel hubiera sido juguete durante muchos años de ambiciosos y especuladores disfrazados de patriotas.

En su consecuencia limité mi acción a mis alumnos, escogiendo para mis experimentos a aquellos que me parecieron más apropiados y mejor dispuestos.

Con la percepción clara del fin que me proponía, y en posesión de cierto prestigio que me daba mi posición de maestro y mi carácter expansivo, cumplidos mis deberes profesionales, hablaba con mis alumnos de diversos asuntos; unas veces sobre costumbres españolas, otras sobre política, religión, arte filosofía, y

siempre procuraba rectificar los juicios emitidos en lo que pudieran tener de exagerados o de mal fundados, o bien hacía resaltar el inconveniente que existe en someter el criterio propio al dogma de secta, de escuela o de partido, lo que por desgracia está tan generalizado, y de ese modo obtenía con cierta frecuencia que individuos distanciados por su credo particular, después de discutir, se acercasen y concordasen, saltando sobre creencias antes indiscutidas y aceptadas por fe, por obediencia o por simple acatamiento servil, y por ello mis amigos y alumnos se sentían dichosos por haber abandonado un error vergonzoso y haber aceptado una verdad cuya posesión eleva y dignifica.

La severidad de la lógica, aplicada sin censura y con oportunidad, limó asperezas fanáticas, estableció concordias intelectuales y quién sabe hasta qué punto determinó voluntades en sentido progresivo.

Librepensadores opuestos a la Iglesia y que transigían con las observaciones del Génesis, con la inadecuada moral del Evangelio y hasta con las ceremonias eclesiásticas; republicanos más o menos oportunistas o radicales que se contentaban con la menguada igualdad democrática que contiene el título de ciudadanía, sin afectar lo más mínimo a la diferencia de clases; filósofos que pretendían haber descubierto la causa primordial entre laberintos metafísicos, fundando la verdad sobre una vana fraseología, todos pudieron ver el error ajeno y el propio; todos o la mayor parte se orientaron hacia el sentido común.

Llevado por las alternativas de mi vida lejos de aquellos amigos, algunos me enviaron la expresión de su amistad al fondo del calabozo donde esperaba la libertad confiado en mi inculpabilidad ; de todos espero buena y eficaz acción progresiva, satisfecho por haber sido la causa determinante de su racional orientación.

II

La Señorita Meunié

Entre mis alumnos se contaba la Srta. Meunié, dama rica, sin familia, muy aficionada a los viajes, que estudiaba el español con la idea de realizar un viaje a España.

Católica convencida y observante escrupulosamente nimia, para ella la religión y la moral eran una misma cosa, y la incredulidad, o la impiedad como se dice entre creyentes, era señal evidente de inmoralidad, libertinaje y crimen.

Odiaba a los revolucionarios, y confundía con el mismo inconsciente e irreflexivo sentimiento todas las manifestaciones de la incultura popular, debido, entre otras causas de educación y de posición social, a que recordaba rencorosamente que en los tiempos de la «Commune» había sido insultada por los pilluelos de París yendo a la iglesia en compañía de su mamá.

Ingenua y simpática y poco menos que sin consideración alguna a antecedentes, accesorios y consecuencias, exponía siempre sin reserva lo

absoluto de su criterio, y muchas veces tuve ocasión de hacerle observar prudentemente sus erróneos juicios.

En nuestras frecuentes conversaciones evité dar a mi criterio un calificativo, y no vió en mí el partidario ni el sectario de opuesta creencia, sino un razonador prudente con quien tenía gusto en discutir.

Formó de mí tan excelente juicio que, falta de afectos íntimos por su aislamiento, me otorgó su amistad y absoluta confianza, invitándome a que la acompañara en sus viajes.

Acepté la oferta y viajamos por diversos países, y con mi conducta y nuestras conversaciones tuvo un gran desengaño, viéndose obligada a reconocer que no todo irreligioso es un perverso ni todo ateo un criminal empedernido, toda vez que yo, ateo convencido, resultaba una demostración viviente contraria a su preocupación religiosa.

Pensó entonces que mi bondad era excepcional, recordando que se dice que toda excepción confirma la regla; pero ante la continuidad y la lógica de mis razonamientos hubo de rendirse a la evidencia, y si bien respecto de religión le quedaron dudas, convino en que una educación racional y una enseñanza científica salvarían a la infancia del error, darían a los hombres la bondad necesaria y reorganizarían la sociedad en conformidad con la justicia.

Le impresionó extraordinariamente la sencilla consideración de que hubiera podido ser igual a aquellos pilluelos que la insultaron, si a su edad se hubiera hallado en las mismas con-

diciones que ellos. Así como, dado su prejuicio de las ideas innatas, no pudo resolver a su satisfacción este problema que le planteé: Suponiendo unos niños educados fuera de todo contacto religioso, ¿qué idea tendrían de la divinidad al entrar en la edad de la razón?

Llegó un momento en que me pareció que se perdía el tiempo si de las palabras no se pasaba a las obras. Estar en posesión de un privilegio importante, debido a lo imperfecto de la organización de la Sociedad y al azar del nacimiento, concebir ideas regeneradoras y permanecer en la inacción y en la indiferencia en medio de una vida placentera, me parecía incurrir en una responsabilidad análoga a la en que incurriría el que viendo a un semejante en peligro e imposibilitado de salvarse no le tendiera la mano. Así dije un día a la señorita Meunié:

— Señorita, hemos llegado a un punto en que es preciso determinarnos a buscar una orientación nueva. El mundo necesita de nosotros, reclama nuestro apoyo, y en conciencia no podemos negársele. Paréceme que emplear en comodidades y placeres recursos que forman parte del patrimonio universal, y que servirían para fundar una institución útil y reparadora, es cometer una defraudación, y esto, ni en concepto de creyente ni en el de librepensador puede hacerse. Por tanto, anuncio a usted que no puede contar conmigo para los viajes sucesivos. Yo me debo a mis ideas y a la humanidad, y pienso que usted, sobre todo desde que ha reemplazado su antigua fe por un criterio racional, debe sentir igual deber.

Esta decisión le sorprendió, pero reconoció su fuerza, y sin más excitación que su bondad natural y su buen sentido, concedió los recursos necesarios para la creación de una institución de enseñanza racional: la Escuela Moderna, creada ya en mi mente, tuvo asegurada su realización por aquel acto generoso.

Cuanto ha fantaseado la maledicencia sobre este asunto, desde que me vi obligado a someterme a un interrogatorio judicial, es absolutamente calumnioso.

Se ha supuesto que ejercí sobre la señorita Meunié poder sugestivo con un fin egoísta; y esta suposición, que puede ofenderme, mancilla la memoria de aquella digna y respetable señorita y es contraria a la verdad.

Por mi parte no necesito justificarme. Confío mi justificación a mis actos, a mi vida, al severo juicio de los imparciales; pero la señorita Meunié es merecedora del respeto de las personas de recta conciencia, de los emancipados de la tiranía dogmática y sectaria, de los que han sabido romper todo pacto con el error, de los que no someten la luz de la razón a las sombras de la fe ni la digna altivez de la libertad a la vil sumisión de la obediencia.

Ella creía con fe honrada: se le había enseñado que entre la criatura y el criador había una jerarquía de mediadores a quienes debía obedecer, y una serie de misterios, compendiados en los dogmas impuestos por una corporación denominada la Iglesia, instituída por un dios, y en esa creencia descansaba con perfecta tranquilidad.

Oyó mis manifestaciones, consideraciones y consejos, no como indicaciones directas, sino como natural respuesta y réplica a sus intentos de proselitismo; y vió luego que, por falta de lógica, puesto que anteponía la fe a la razón, fracasaban sus débiles razonamientos ante la fuerte lógica de los míos.

No pudo tomarme por un demonio tentador, toda vez que de ella partió el ataque a mis convicciones, sino que hubo de considerarse vencida en la lucha entre su fe y su misma razón, despertada por efecto de la imprudencia de negar la fe de un contrario a sus creencias y querer atraérsele.

En su ingenua sencillez llegó a disculpar a los pilluelos comunalistas como míseros e ineducados, frutos de perdición, gérmenes del crimen y perturbadores del orden social por culpa del privilegio, el cual, frente a tanta desgracia, permite que vivan improductivos y disfrutando de grandes riquezas otros no menos perturbadores que explotan la ignorancia y la miseria, y pretenden seguir gozando eternamente, en una vida ultraterrena, los placeres terrenales mediante el pago de ceremonias rituales y obras de caridad.

El premio a la virtud fácil y el castigo al pecado imposible de rechazar sublevó su conciencia y enfrió su religiosidad, y, queriendo romper su cadena atávica que tanto dificulta toda renovación, quiso contribuir a la institución de una obra redentora que pondría a la infancia en contacto con la naturaleza y en condiciones de utilizar sin el menor desperdicio

el caudal de conocimientos que la humanidad viene adquiriendo por el trabajo, el estudio, la observación y la metodización de las generaciones en todo tiempo y lugar.

De ese modo, pensó, que por obra de una sabiduría infinita oculta a nuestra inteligencia tras el misterio, o por el saber humano, obtenido por el dolor, la contradicción y la duda, lo que haya de ser será, quedándole como satisfacción íntima y justificación de conciencia la idea de haber contribuído con la cesión de parte de sus bienes a una obra extraordinariamente transcendental.

III

Responsabilidad aceptada

En posesión de los medios necesarios a mi objeto, pensé sin pérdida de tiempo en llevarle a la práctica.

Llegado el caso de haber de salir de las vaguedades de una aspiración no bien definida aún, hube de pensar en precisarla, hacerla viable, y al efecto, reconociendo mi incompetencia respecto de la técnica pedagógica, pero no confiando demasiado en las tendencias progresivas de los pedagogos titulares, considerándolos ligados en gran parte por atavismos profesionales o de otra especie, me dediqué a buscar la persona competente que por sus conocimientos, su práctica y su elevación de miras coincidiera con mis aspiraciones y formulara el programa de la Escuela Moderna que yo había concebido y que había de ser, no el tipo perfecto de la futura escuela de la sociedad razonable, sino su precursora, la posible adaptación racional al medio, es decir, la negación positiva de la escuela del pasado perpetuada en lo presente, la orientación verdadera hacia aquella

enseñanza integral en que se iniciará a la infancia de las generaciones venideras en el más perfecto esoterismo científico.

Persuadido de que el niño nace sin idea preconcebida, y de que adquiere en el transcurso de su vida las ideas de las primeras personas que le rodean, modificándolas luego por las comparaciones que de ellas hace y según sus lecturas, observaciones y relaciones que le procura el ambiente que le rodea, es evidente que si se educara al niño con nociones positivas y verdaderas de todas las cosas, y se le previniera que para evitar errores es indispensable que no se crea nada por fe sino por experiencia y por demostración racional, el niño se haría observador y quedaría preparado para toda clase de estudios.

Hallada la persona buscada, mientras ésta trazaba las primeras líneas del plan para su realización, se practicaron en Barcelona las diligencias necesarias para la creación del establecimiento: designación del local, su preparación, compra del material, su colocación, personal, anuncios, prospectos, propaganda, etc., y en menos de un año, a pesar del abuso de confianza de cierto sujeto que aceptó mi encargo y me puso en grave peligro de fracaso, todo quedó dispuesto, siendo de notar que al principio hube de luchar con no pocas dificultades, presentadas, no por los enemigos de la enseñanza racional, sino por cierta clase de arbitristas que me ofrecían como producto de su saber y de su experiencia indicaciones y consejos que no podían considerarse más que como manifestación

de sus preocupaciones. Así, por ejemplo, hubo quien, inspirado en mezquindades de patriotismo regional, me propuso que la enseñanza se diera en catalán, empequeñeciendo la humanidad y el mundo a los escasos miles de habitantes que se contienen en el rincón formado por parte del Ebro y los Pirineos. Ni en español la establecería yo — contesté al fanático catalanista —, si el idioma universal, como tal reconocido, lo hubiera ya anticipado el progreso. Antes que el catalán, cien veces el esperanto.

Este incidente me confirmó más y más en mi propósito de no someter lo culminante de mi plan al prestigio de personas ilustradas que, con toda su fama, no adelantan un paso voluntariamente en la vía progresiva.

Me sentía bajo el peso de una responsabilidad libremente aceptada y quise cumplirla a satisfacción de mi conciencia.

Enemigo de la desigualdad social, no me limité a lamentarla en sus efectos, sino que quise combatirla en sus causas, seguro de que de ese modo se ha de llegar positivamente a la justicia, es decir, a aquella ansiada igualdad que inspira todo afán revolucionario.

Si la materia es una, increada y eterna; si vivimos en un cuerpo astronómico secundario, inferior a incontable número de mundos que pueblan el espacio infinito, como se enseña en la Universidad y pueden saber los privilegiados que monopolizan la ciencia universal, no hay razón ni puede haber pretexto para que en la escuela de primeras letras, a que asiste el pueblo cuando puede asistir a ella, se enseñe que

Dios hizo el mundo de la nada en seis días, ni toda la colección de absurdos de la leyenda religiosa.

La verdad es de todos y socialmente se debe a todo el mundo. Ponerla precio, reservarla como monopolio de los poderosos, dejar en sistemática ignorancia a los humildes y, lo que es peor, darles una verdad dogmática y oficial en contradicción con la ciencia para que acepten sin protesta su ínfimo y deplorable estado, bajo un régimen político democrático, es una indignidad intolerable; y, por mi parte, juzgo que la más eficaz protesta y la más positiva acción revolucionaria consiste en dar a los oprimidos, a los desheredados y a cuantos sientan impulsos justicieros esa verdad que se les estafa, determinante de las energías suficientes y necesarias para la gran obra de la regeneración de la sociedad.

He aquí la primera noticia de la existencia de la Escuela Moderna lanzada al público:

PROGRAMA

La misión de la Escuela Moderna consiste en hacer que los niños y niñas que se le confíen lleguen a ser personas instruídas, verídicas, justas y libres de todo prejuicio.

Para ello, sustituirá el estudio dogmático por el razonado de las ciencias naturales.

Excitará, desarrollará y dirigirá las aptitudes propias de cada alumno, a fin de que con la totalidad del propio valer individual, no sólo sea un miembro útil a la sociedad, sino que;

como consecuencia, eleve proporcionalmente el valor de la colectividad.

Enseñará los verdaderos deberes sociales, de conformidad con la justa máxima: *No hay deberes sin derechos; no hay derechos sin deberes.*

En vista del buen éxito que la enseñanza mixta obtiene en el extranjero, y, principalmente, para realizar el propósito de la Escuela Moderna, encaminado a preparar una humanidad verdaderamente fraternal, sin categoría de sexos ni clases, se aceptarán niños de ambos sexos desde la edad de cinco años.

Para completar su obra, la Escuela Moderna se abrirá las mañanas de los domingos, consagrando la clase al estudio de los sufrimientos humanos durante el curso general de la historia y al recuerdo de los hombres eminentes en las ciencias, en las artes o en las luchas por el progreso.

A estas clases podrán concurrir las familias de los alumnos.

Deseando que la labor intelectual de la Escuela Moderna sea fructífera en lo porvenir, además de las condiciones higiénicas que hemos procurado dar al local y sus dependencias, se establece una inspección médica a la entrada del alumno, de cuyas observaciones, si se cree necesario, se dará conocimiento a la familia para los efectos oportunos, y luego otra periódica, al objeto de evitar la propagación de enfermedades contagiosas durante las horas de vida escolar.

En la semana que precedió a la inauguración

de la Escuela Moderna, invité a la prensa local a que visitara su instalación para su anuncio al público, y como recuerdo y hasta como documento histórico, incluyo la siguiente reseña que del acto dió *El Diluvio*:

ESCUELA MODERNA

Galantemente invitados, tuvimos el gusto de asistir a la inauguración de la nueva escuela que bajo el expresado título se ha instalado en la calle de Bailén.

El porvenir ha de brotar de la escuela. Todo lo que se edifique sobre otra base es construir sobre arena. Mas, por desgracia, la escuela puede lo mismo servir de cimiento a los baluartes de la tiranía que a los alcázares de la libertad. De este punto de partida arrancan así la barbarie como la civilización.

Por esto nos congratulamos al ver que hombres patriotas y humanitarios, comprendiendo la transcendencia de esta función social, que nuestros gobiernos tienen sistemáticamente preterida y los pueblos confiada a sus eternos enemigos, se adelantan a llenar tan sensible vacío, creando la Escuela Moderna, la verdadera escuela, que no puede consistir en la satisfacción de intereses sectarios y rutinas petrificadas, como ha sucedido hasta el presente, sino en la creación de un ambiente intelectual donde las generaciones recién llegadas a la vida se saturen de todas las ideas, de todos los adelantos que aporta sin cesar la corriente del progreso.

Mas esta finalidad no puede lograrse sino por la iniciativa privada. Las instituciones históricas, contaminadas con todos los vicios del pasado y las pequeñeces del presente, no pueden llenar esta hermosa función. A las almas nobles, a los corazones altruistas; está reservado abrir la nueva senda por donde se han de deslizar las nuevas generaciones a más felices destinos.

Esto han hecho, o por lo menos intentan, los fundadores de la modesta Escuela Moderna que hemos tenido ocasión de visitar, galantemente invitados por los que han de regirla y por los que se interesan en su desenvolvimiento. No se trata de una explotación industrial, como en la mayor parte de las exhibiciones de esta índole, sino de un ensayo pedagógico, cuyo tipo sólo encontraríamos en la *Institución libre de enseñanza* que existe en Madrid, si lo hubiésemos de buscar en nuestra patria.

Brillantemente lo expuso el Sr. Salas Antón en el discurso - programa que en tono familiar pronunció ante el pequeño núcleo de periodistas y personas que asistieron a la pequeña fiesta de la exhibición del local donde habrá de desarrollarse el trascendental pensamiento de educar a la niñez en *toda* la verdad y *sólo* en la verdad, o lo que como tal esté demostrado. Nos limitaremos a recordar, como idea culminante entre las que oportunamente dijo dicho señor, que no se trata de crear un ejemplar más de lo que hasta hoy se ha conocido aquí con el nombre de Escuela *laica*, con sus apasionados dogmatismos, sino un observatorio sereno, abierto

a los cuatro vientos, donde ninguna nube obstruya el horizonte ni se interponga a la luz del humano conocimiento.

Excusado es, por consiguiente, decir que en la Escuela Moderna tendrán representación proporcionada todos los conocimientos de carácter científico, servidos por los más progresivos métodos que hoy conoce la Pedagogía, así como por los instrumentos y aparatos que son las alas de la ciencia y el medio conductor más potente para obrar en la inteligencia de los educandos. Como la más compendiosa fórmula se puede decir que las lecciones de *cosas* sustituirán allí a las lecciones de *palabras*, que tan amargos frutos han dado en la educación de nuestros compatriotas.

Basta echar una ojeada por las modestas salas de aquel establecimiento incipiente para convencerse de que ofrecen condiciones a propósito para cumplir tàn valiosa promesa. El material, tan descuidado en la enseñanza de nuestro país, tanto oficial como privada, se halla en la nueva Escuela representado por láminas de fisiología vegetal y animal, colecciones de mineralogía, botánica y zoología; gabinete de física y laboratorio especial; máquina de proyecciones; substancias alimenticias, industriales, minerales, etc., etc.; con cuyos auxiliares y la dirección esmerada de profesores empapados del espíritu de nuestro tiempo, como entre otros el conocido ex-periodista Sr. Columbier, puede esperarse que haya nacido, por lo menos en germen, la escuela del porvenir.

Ahora sólo falta que tenga imitadores.

IV

Programa primitivo

Llegó el momento de pensar en la inauguración de la Escuela Moderna.

Algún tiempo antes invité a un corto número de señores conocidos como ilustrados, progresivos y de honorabilísima reputación, para que tuvieran a bien guiarme con sus consejos, constituyéndose por su benévola aceptación en Junta Consultiva. De gran utilidad me fué su concurso en Barcelona, donde yo tenía escasas relaciones, por lo que me complazco en consignar aquí mi reconocimiento. En aquella junta se manifestó la idea de inaugurar con ostentación la Escuela Moderna, lo que hubiera sido de buen efecto: con un cartel llamativo, un reclamo-circular en la prensa, un gran local, una música y un par de oradores elocuentes, escogidos entre la juventud política de los partidos liberales, todo ello facilísimo de conseguir, había material de sobra para reunir algunos cientos de espectadores que ovacionaran con ese entusiasmo fugaz con que suelen adornarse nuestros actos públicos; pero no me seducían

tales ostentaciones. Tan positivista como idealista, quería yo empezar con modesta sencillez una obra destinada a alcanzar la mayor transcendencia revolucionaria; otro procedimiento hubiérame parecido una claudicación, una sumisión al enervante convencionalismo, una concesión al mismo mal que a todo trance quería reparar con un bien de efecto y de éxito segurísimos; la proposición de la Consultiva fué pues, desechada por mi conciencia y mi voluntad, que en aquel caso y para todo lo referente a la Escuela Moderna, representaba una especie de poder ejecutivo.

En el primer número del *Boletín de la Escuela Moderna*, publicado en 30 de octubre de 1901, expuse en términos generales el fundamento de la Escuela Moderna.

Los productos imaginativos de la inteligencia, los conceptos *a priori*, todo el fárrago de lucubraciones fantásticas tenidas por verdad e impuestas hasta el presente como criterio director de la conducta del hombre, han venido sufriendo, desde muchísimo tiempo, pero en círculo reducido, la derrota por parte de la razón y el descrédito de la conciencia.

A la hora presente, el sol, no tan sólo cubre las cimas, estamos en casi luz meridiana que invade hasta las faldas de las montañas. La ciencia, dichosamente, no es ya patrimonio de un reducido grupo de privilegiados; sus irradiaciones bienhechoras penetran con más o menos conciencia por todas las capas sociales. Por todas partes disipa los errores tradicionales; con

el procedimiento seguro de la experiencia y de la observación, capacita a los hombres para que formen exacta doctrina, criterio real, acerca de los objetos y de las leyes que los regulan, y en los momentos presentes, con autoridad inconcusa, indisputable, para bien de la humanidad, para que terminen de una vez para siempre exclusivismos y privilegios, se constituye en directora única de la vida del hombre, procurando empaparla de un sentimiento universal, humano.

Contando con modestas fuerzas, pero a la vez con una fe racional poderosa y con una actividad que está muy lejos de desmayar, aunque se le opongan circunstancias adversas de toda clase, se ha constituído la Escuela Moderna. Su propósito es coadyuvar rectamente, sin complacencias con los procedimientos tradicionales, a la enseñanza pedagógica basada en las ciencias naturales. Este método nuevo, pero el únicamente real y positivo, ha cuajado por todos los ámbitos del mundo civilizado, y cuenta con innúmeros obreros, superiores de inteligencia y abnegados de voluntad.

No ignoramos los enemigos que nos circundan. No ignoramos los prejuicios sin cuento de que está impregnada la conciencia social del país. Es hechura de una pedagogía medioeval, subjetiva, dogmática, que ridículamente presume de un criterio infalible. No ignoramos tampoco, que por ley de herencia, confortada por las sugestiones del medio ambiente, las tendencias pasivas que ya son connaturales de suyo en los niños de pocos años, se acentúan en

nuestros jóvenes con extraordinario relieve.

La lucha es fuerte, la labor es intensa, pero con el constante y perpetuo querer, única providencia del mundo moral, estamos ciertos que obtendremos el triunfo que perseguimos; que sacaremos cerebros vivos capaces de reaccionar; que las inteligencias de nuestros educandos, cuando se emancipen de la racional tutela de nuestro Centro, continuarán enemigas mortales de los prejuicios; serán inteligencias sustantivas, capaces de formarse convicciones razonadas, propias, suyas, respecto a todo lo que sea objeto del pensamiento.

Esto no quiere decir que abandonaremos al niño, en sus comienzos educativos, a formarse los conceptos por cuenta propia. El procedimiento socrático es erróneo si se toma al pie de la letra. La misma constitución de la mente, al comenzar su desarrollo, pide que la educación, en esa primera edad de la vida, tenga que ser receptiva. El profesor siembra las semillas de las ideas. Y éstas, cuando con la edad se vigoriza el cerebro, entonces dan la flor y el fruto correspondientes, en consonancia con el grado de la iniciativa y con la fisonomía característica de la inteligencia del educando.

Por otra parte, cúmplenos manifestar que consideramos absurdo el concepto esparcido, de que la educación basada en las ciencias naturales atrofia el órgano de la idealidad. Lo concebimos absurdo, decimos, porque estamos convencidos de lo contrario. Lo que hace la ciencia es corregirla, enderezarla, sanear su función dándole sentido de realidad. El remate de la

energía cerebral del hombre es producir el *ideal* con el arte y con la filosofía, esas altas generaciones *conjeturables*. Mas para que lo ideal no degenere en fábula o en vaporosos ensueños, y lo conjeturable no sea edificio que descanse sobre cimientos de arena, es necesario de toda necesidad que tenga por base segura, inconmovible, los conocimientos exactos y positivos de las ciencias naturales.

Además, no se educa íntegramente al hombre disciplinando su inteligencia, haciendo caso omiso del corazón y relegando la voluntad. El hombre, en la unidad de su funcionalismo cerebral, es un complejo; tiene varias facetas fundamentales, es una energía que ve, afecto que rechaza o se adhiere lo concebido y voluntad que cuaja en actos lo percibido y amado. Es un estado morboso, que pugna contra las leyes del organismo del hombre, establecer un abismo en donde debiera existir una sana y bella continuidad. Y sin embargo, es moneda corriente el divorcio entre el pensar y el querer. Debido a ello, ¡cuantas fatalísimas consecuencias! No hay más que fijarse en los directores de la política y de todos los órdenes de la vida social: están afectados profundamente de semejante pernicioso dualismo. Muchos de ellos serán indudablemente potentes en sus facultades mentales; poseerán riqueza de ideas; hasta comprenderán la orientacion real, y por todo concepto hermosa, que prepara la ciencia a la vida de individuos y pueblos. Con todo, sus desatentados egoísmos, las propias conveniencias de sus afines... todo ello mezclado con la

levadura de sentimientos tradicionales, formarán un impermeable alrededor de sus corazones, para que no se filtren en ellos las ideas progresivas que tienen, y no se conviertan en jugo de sentimiento, que al fin y al cabo es el propulsor, el inmediato determinante de la conducta del hombre. De aquí el detentar el progreso y poner obstáculos a la eficacia de las ideas; y como efecto de tales causas, el escepticismo de las colectividades, la muerte de los pueblos y la justa desesperación de los oprimidos.

Hemos de proponernos, como término de nuestra misión pedagógica, que no se den en un solo individuo dualidad de personas: la una, que ve lo verdadero y lo bueno y lo aprueba, y la otra, que sigue lo malo y lo impone. Y ya que tenemos por guía educativa las ciencias naturales, fácilmente se comprenderá lo que sigue: trataremos que las representaciones intelectuales, que al educando le sugiera la ciencia, las convierta en jugo de sentimiento, intensamente las ame. Porque el sentimiento, cuando es fuerte, penetra y se difunde por lo más hondo del organismo del hombre, perfilando y colorando el carácter de la persona.

Y como la vida práctica, la conducta del hombre, ha de girar dentro del círculo de su carácter, es consiguiente que el joven educado de la indicada manera, cuando se gobierne por cuenta de su peculiar entender, convertirá la ciencia, por conducto del sentimiento, en maestra única y benéfica de su vida.

Efectuóse la inauguración el 8 de septiembre

de 1901 con un efectivo escolar de 30 alumnos; 12 niñas y 18 niños.

Bastaban para un primer ensayo, con el propósito de no aumentar su número por el momento para facilitar la vigilancia, en previsión de cualquiera añagaza que, acerca de la coeducación de niñas y niños, hubieran podido introducir arteramente los rutinarios enemigos de la nueva enseñanza.

La concurrencia se componía de público atraído por la noticia publicada en la prensa, de familias de los alumnos y de delegados de varias sociedades obreras, invitadas por habérseme facilitado su dirección. En la presidencia acompañábanme los profesores y la Junta Consultiva, dos de cuyos individuos expusieron el sistema y el fin de esta novísima institución, y así, con tan sobria sencillez, quedó dado el impulso destinado a no detenerse jamás, quedó creada aquella Escuela Moderna, Científica y Racional, que no tardó en alcanzar fama europea y americana, que si con el tiempo perderá el título de moderna, vigorizará cada vez más en la continuidad de los siglos sus títulos de *racional* y *científica*.

V

Coeducación de ambos sexos

La manifestación más importante de la enseñanza racional, dado el atraso intelectual del país, lo que por el pronto podía chocar más contra las preocupaciones y las costumbres, era la coeducación de niñas y niños.

No es que fuera absolutamente nueva en España, porque, como imperio de la necesidad y por decirlo así en estado primitivo, hay aldeas, apartadas de los centros y de las vías de comunicación situadas en valles y montañas, donde un vecino bondadoso, o el cura, o el sacristán del pueblo acogen niños y niñas para enseñarles el catecismo y a veces el silabario; es más: se da el caso de hallarse autorizada legalmente, o si no tolerada, por el Estado mismo, en pueblos pequeños cuyos ayuntamientos carecen de recursos para pagar un maestro y una maestra; y entonces una maestra, nunca un maestro, enseña a niños y niñas, como yo mismo he tenido ocasión de verlo en un pueblecillo no lejos de Barcelona; pero en villas y ciudades era desconocida la escuela mixta, y si

acaso por la literatura se tenía noticia de que en otros países se predicaba, nadie pensaba en adaptarla a España, donde el propósito de introducir esa importantísima innovación hubiera parecido descabellada utopía.

Conociéndolo, me guardé bien de propagar públicamente mi propósito; reservándome hacerlo privada e individualmente. A toda persona que solicitaba la inscripción de un alumno le pedía alumnas si tenía niñas en su familia, siendo necesario exponer a cada uno las razones que abonan la coeducación, y aunque el trabajo era pesado, resultó fructífero. Anunciado públicamente hubiera suscitado mil preocupaciones, se hubiera discutido en la prensa, los convencionalismos y el temor al «qué dirán», terrible obstáculo que esteriliza infinitas buenas disposiciones, hubieran predominado sobre la razón y, si no destruído por completo, el propósito hubiera sido de realización dificilísima; procediendo como lo hice pude lograr la presentación de niños y niñas en número suficiente en el acto de la inauguración, que siempre fué en progresión constante, como lo demuestran las cifras consignadas en el *Boletín de la Escuela Moderna* que expondré después.

La coeducación tenía para mí una importancia capitalísima, era, no sólo una circunstancia indispensable para la realización del ideal que considero como resultado de la enseñanza racionalista, sino como el ideal mismo, iniciando su vida en la Escuela Moderna, desarrollándose progresivamente sin exclusión alguna e inspirando la seguridad de llegar al término prefijado.

La naturaleza, la filosofía y la historia enseñan, contra todas las preocupaciones y todos los atavismos, que la mujer y el hombre completan el sér humano, y el desconocimiento de verdad tan esencial y transcendental ha sido y es causa de males gravísimos.

En el segundo número del *Boletín* justifiqué ampliamente estos juicios con el siguiente artículo.

NECESIDAD DE LA ENSEÑANZA MIXTA

La enseñanza mixta penetra por todos los pueblos cultos. En muchos, hace tiempo que se recogen sus óptimos resultados.

El propósito de la enseñanza de referencia es que los niños de ambos sexos tengan idéntica educación; que por semejante manera desenvuelvan la inteligencia, purifiquen el corazón y templen sus voluntades; que la humanidad femenina y masculina se compenetren, desde la infancia, llegando a ser la mujer, no de nombre, sino en realidad de verdad, la compañera del hombre.

Una institución secular, maestra de la conciencia de nuestro pueblo, en uno de los actos más transcendentales de nuestra vida, cuando el hombre y la mujer se unen por el matrimonio, con aparato ceremonioso, le dice al hombre que la mujer es su compañera.

Palabras huecas, vacías de sentido, sin transcendencia efectiva y racional en la vida, porque lo que se ve y se palpa en las iglesias cristianas,

y en la ortodoxia católica en especial, es lo contrario de todo en todo a semejante compañerismo. Dígalo, si no, una mujer cristiana, de grande corazón, que rebosando sinceridad, no hace mucho se quejaba amargamente a su iglesia, por el rebajamiento moral que sufría su sexo en el seno de la comunión de sus fieles: «Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar la mujer a la categoría del último sacristán.»

Padecería ceguera de inteligencia quien no viese, que bajo la inspiración del sentido cristiano, están las cosas, respecto al problema de la mujer, en el mismo ser y estado que lo dejara la Historia Antigua: o quizás peor, y con agravantes de mucho peso. Lo que palpita, lo que vive por todas partes en nuestras sociedades cristianas como fruto y término de la evolución patriarcal, es la mujer no perteneciéndose a sí misma, siendo ni más ni menos que un adjetivo del hombre, atado continuamente al poste de su dominio absoluto, a veces... con cadenas de oro. El hombre la ha convertido en perpetua menor. Una vez mutilada ha seguido para con ella uno de los términos de disyuntiva siguiente: o la oprime y le impone silencio, o la trata como niño mimado... a gusto del antojadizo señor.

Si parece que asoma para ella la aurora del nuevo día, si de algún tiempo a esta parte acentúa su albedrío y recaba partículas de independencia, si de esclava va pasando, siquiera con lentitud irritable, a la categoría de pupila *atendida*, débelo al espíritu redentor de la cien-

cia, que se impone a las costumbres de los pueblos y a los propósitos de los gobernantes sociales.

***

El trabajo humano, proponiéndose la felicidad de su especie, ha sido deficiente hasta ahora : debe de ser mixto en lo sucesivo ; tiene que estar encomendado al hombre y a la mujer, cada cual desde su punto de vista. Es preciso tener en cuenta que la finalidad del hombre en la vida humana, en frente de la misión de la mujer, no es respecto de ésta, de condición inferior ni tampoco superior, como pretenciosamente nos abrogamos. Se trata de cualidades distintas, y no cabe comparación en las cosas heterogéneas.

Según advierten buen número de psicólogos y sociólogos, la humanidad se bifurca en dos facetas fundamentales : el hombre significando el predominio del pensamiento y el espíritu progresivo; la mujer dando a su rostro moral la nota característica del sentimiento intensivo y del elemento conservador.

Mas precisa tener en cuenta que semejante modo de ser no da pábulo favorable a las ideas de los reaccionarios de toda especie, ni tiene que ver con ellos. Porque si el predominio de la nota conservadora y de la cualidad afectiva se encarna en la mujer por ley natural, no se puede sacar de ello la peregrina legítima consecuencia que a la compañera del hombre, por íntima constitución de su ser le está vedado pensar en cosas de mucha monta, o en caso

contrario, que ejercite la inteligencia en dirección contraria a la ciencia asimilando supersticiones y patrañas de todas clases. Tener idiosincrasia conservadora no es propender a cristalizar en un estado de pensamiento, o padecer obsesión por todo aquello que sea del revés de la realidad.

Conservar quiere decir sencillamente retener, guardar lo que se nos ha producido o lo que producimos nosotros. El autor de *La Religión del porvenir*, refiriéndose a la mujer en el asunto indicado dice: «El espíritu conservador puede aplicarse a la verdad como al error; todo depende de lo que se da para conservarse. Si se instruye a la mujer en ideas filosóficas y científicas, su fuerza conservadora servirá en bien, no en mal de las ideas progresivas.»

Por otro lado, dicho se está, la mujer es con intensidad afectiva. Lo que recibe no lo guarda como monopolizadora egoísta; sus creencias, sus ideas, todo lo bueno y lo malo que forman sus tesoros morales, se los saca de sí, y con profusión generosa se los comunica a los seres que por virtud misteriosa del sentimiento se identifican con ella. De aquí lo que es sabido, como moneda corriente: con el arte exquisito, de inconsciencia infalible, sugieren toda su fisonomía moral, toda el alma de ellas, en el alma de sus predilectos amados.

Si las capas de las primeras ideas son gérmenes de verdad, semillas de adecuados conocimientos, sembrados en la conciencia del niño por su primer pedagogo, que aspira el ambiente científico de su tiempo, entonces lo que se pro-

duce en el hogar es una obra íntegramente buena, sana de todos lados.

Pero si al hombre, en la primera edad de la vida, se le alecciona con fábulas, con errores de toda especie, con lo opuesto a la orientación de la ciencia, ¿qué cabe esperar de su porvenir? Cuando de niño evolucione en adulto será un obstáculo al progreso. La conciencia del hombre en la edad infantil es de idéntica contextura que su naturaleza fisiológica; es tierna, blanda. Recibe muy fácilmente lo que le viene de afuera. Pero con el tiempo va teniendo conato de rigidez la plasticidad de su sér; se convierte en consistencia relativamente estadiza su primitiva excesiva ductilidad. Desde ese momento tenderá el sedimento primero que le diera la madre, más que a incrustarse, a identificarse con la conciencia del joven.

El agua fuerte de ideas más racionales, sugestionadas en el comercio social o efecto de privativos estudios, podrán tal vez raspar de la inteligencia del hombre los conceptos erróneos en la niñez adquiridos. Pero ¿qué tiene que ver en la vida práctica, en la esfera de la conducta, semejante transformación de la mente? Porque no hay que olvidar que quedan, después de todo, la mayoría de las veces, escondidos en los pliegues recónditos del corazón aquellas potentes afectivas inclinaciones que dimanan de las primitivas ideas. De donde resulta que en la mayoría de los hombres, entre su pensar y su hacer, entre la inteligencia y la voluntad existe una antítesis consumada, honda, repugnante, de donde derivan la mayoría de las veces los

eclipses del bien obrar y la paralización del progreso.

Ese sedimento primario dado por nuestras madres es tan tenaz, tan duradero, se convierte de tàl modo en médula de nuestro sér, que energías fuertes, caracteres poderosamente reactivos que han rectificado sinceramente de pensamiento y de voluntad, cuando penetran de vez en cuando en el recinto del *yo* para hacer el inventario de sus ideas, topan continuamente con la mortificante substancia de *jesuita* que les comunicara la madre.



La mujer no debe estar recluída en el hogar. El radio de su acción ha de dilatarse fuera de las paredes de la casa: debería ese radio concluir donde llega y termina la sociedad. Mas para que la mujer ejerza su acción benéfica, no se han de convertir en poco menos que en cero los conocimientos que le son permitidos: debieran ser en cantidad y en calidad los mismos que el hombre se proporciona. La ciencia, penetrando en el cerebro de la mujer, alumbraría, dirigiéndole certeramente, el rico venero de sentimiento; nota saliente, característica de su vida; elemento inexplotado hasta hoy; buena nueva en el porvenir de paz y de felicidad en la sociedad.

Se ha dicho con Secretan que la mujer es la *continuidad* y el hombre es el *cambio*; el hombre es el individuo y la mujer es la especie. Pero el cambio, la mutación en la vida no se

comprendería, sería un parecer fugaz, inconsistente, desprovisto de realidad, si no se tuviera al obrero femenino que afirmara y consolidara lo que el hombre produce. El individuo, representado por el varón, como tal individuo, es flor de un día, de efímera significación en la sociedad. La mujer, que representa la especie, es la que posee la misión de retener, en la misma especie, los elementos que le mejoren la vida, cuyos elementos, para ser adecuadamente sabidos, es preciso tener ellos conocimientos científicos.

La humanidad mejoraría con más aceleración, seguiría con paso más firme y constante el movimiento ascensor del progreso y centuplicaría su bienestar, poniendo a contribución del fuerte impulsivo sentimiento de la mujer las ideas que conquista la ciencia.

Dice Ribot que una idea no es más que una idea, un simple hecho de conocimiento, no produce nada, no puede nada, no obra si no es sentido, si no le acompaña un estado afectivo, si no depierta tendencia, es decir elementos motores.

De aquí se desprende que, para bien del progreso, cuando asoma una idea, consagrada como verdad en el pensamiento científico, no se la puede dejar largos ni cortos lapsos de tiempo en estado contemplativo. Esto se evita penetrando de sentimiento la idea, comunicándole amor, que cuando se apodera de ella no para, no la deja hasta convertirla en hecho de vida.

¿ Cuándo sucederá todo esto ? Cuando se rea-

lice el matrimonio de las ideas con el corazón apasionado y vehemente en la *psiquis* de la mujer; entonces será un hecho evidente en los pueblos civilizados el *matriarcado moral*. Entonces, la humanidad, por una parte, contemplada desde el círculo del hogar, poseerá el pedagogo significado que modele, en el sentido del ideal, las semillas de las nuevas generaciones; y por otra parte contará con el apóstol y propagandista entusiasta, que por sobre todo ulterior sentimiento sepa hacer sentir a los hombres la libertad, y la solidaridad a los pueblos.

VI

Coeducación de las clases sociales

Lo mismo que de la educación en común de ambos sexos, pienso de la de diferentes clases sociales.

Hubiera podido fundar una escuela gratuita; pero una escuela para niños pobres no hubiera podido ser una escuela racional, porque si no se les enseñase la credulidad y la sumisión como en las escuelas antiguas, hubiéraseles inclinado forzosamente a la rebeldía, hubieran surgido espontáneamente sentimientos de odio.

Porque el dilema es irreductible; no hay término medio para la escuela exclusiva de la clase desheredada: o el acatamiento por el error y la ignorancia sistemáticamente sostenidos por una falsa enseñanza, o el odio a los que les subyugan y explotan.

El asunto es delicado y conviene dejarle en claro: la rebeldía contra la opresión es sencillamente cuestión de estática, de puro equilibrio: entre un hombre y otro hombre, perfectamente iguales, como lo consigna la famosa

Declaración revolucionaria en su primera cláusula con estas indestructibles palabras: «los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho», no puede haber diferencias sociales; si las hay, mientras unos abusan y tiranizan, los otros protestan y odian; la rebeldía es una tendencia niveladora, y por tanto, racional, natural, y no quiero decir justa por lo desacreditada que anda la justicia con sus malas compañías la ley y la religión.

Lo diré bien claro: los oprimidos, los expoliados, los explotados han de ser rebeldes, porque han de recabar sus derechos hasta lograr su completa y perfecta participación en el patrimonio universal.

Pero la Escuela Moderna obra sobre los niños, a quienes por la educación y la instrucción prepara a ser hombres, y no anticipa amores ni odios, adhesiones ni rebeldías, que son deberes y sentimientos propios de los adultos; en otros términos, no quiere coger el fruto antes de haberle producido por el cultivo, ni quiere atribuir una responsabilidad sin haber dotado a la conciencia de las condiciones que han de constituir su fundamento: Aprendan los niños a ser hombres, y cuando lo sean declárense en buen hora en rebeldía.

Una escuela para niños ricos no hay que esforzarse mucho para demostrar que por su exclusivismo no puede ser racional. La fuerza misma de las cosas la inclinará a enseñar la conservación del privilegio y el aprovechamiento de sus ventajas.

La coeducación de pobres y ricos, que pone

en contacto unos con otros en la inocente igualdad de la infancia, por medio de la sistemática igualdad de la escuela racional, esa es la escuela buena, necesaria y reparadora.

A esta idea me atuve logrando tener alumnos de todas las clases sociales para refundirlos en la clase única, adoptando un sistema de retribución acomodado a las circunstancias de los padres o encargados de los alumnos, no teniendo un tipo único de matrícula, sino practicando una especie de nivelación que iba desde la gratuidad, las mensualidades mínimas, las medianas a las máximas.

Relacionado con el asunto de este capítulo, véase el artículo que publiqué en *La Publicidad*, de Barcelona, en 10 de mayo de 1905, y en el *Boletín*:

PEDAGOGÍA MODERNA

Nuestro amigo D. R. C. dió una conferencia el sábado último, en el Centro Republicano Instructivo de la calle de la Estrella (Gracia), sobre el tema que encabeza estas líneas, explicando a la concurrencia lo que es la enseñanza moderna y ventajas que la sociedad puede sacar de ella.

Considerando el asunto de interés palpitante, y digno, sobre otros muchos, de fijar la atención pública, juzgo útil exponer a la prensa mis impresiones y las reflexiones consiguientes, deseoso de contribuir al esclarecimiento de verdades de mayor transcendencia, y al efecto, digo que nos pareció acertado el conferenciante en

esa exposición, pero no en los medios aconsejados para realizarla, ni en los ejemplos de Bélgica y Francia, que presentó como modelos dignos de imitación.

En efecto, el Sr. C. confía solamente en el Estado, en las Diputaciones o en los Municipios, la construcción, dotación y dirección de los establecimientos escolares; error grande, a nuestro entender, porque si pedagogía moderna significa nueva orientación hacia una sociedad razonable, es decir, justa; si con la pedagogía moderna nos proponemos educar e instruir a las nuevas generaciones demostrando a la vez las causas que motivaron y motivan el desequilibrio de la sociedad; si con la pedagogía moderna pretendemos preparar una humanidad feliz, mediante haberla librado de toda ficción religiosa y de toda idea de sumisión a una necesaria desigualdad económico-social, no podemos confiarla al Estado ni a otros organismos oficiales, siendo como son sostenedores de los privilegios, y forzosamente conservadores y fomentadores de todas las leyes que consagran la explotación del hombre por el hombre, inicua base de los más irritantes abusos.

Las pruebas de lo que afirmamos abundan tanto que cada cual puede darse cuenta de ellas visitando las fábricas, talleres y doquier haya gente asalariada; preguntando cómo viven los de abajo y los de arriba, asistiendo a los juicios orales en todos los palacios de lo que se llama justicia en todo el mundo y preguntando a los reclusos, en toda clase de establecimientos penales, acerca de los motivos de su prisión.

Si todas esas pruebas no bastasen para demostrar que el Estado ampara a los detentadores de la riqueza social y persigue a los que se rebelan contra tal injusticia, bastará entonces enterarse de lo que pasa en Bélgica; país favorecido, según el Sr. C., por la protección del Gobierno a la enseñanza oficial, de tal manera eficaz, que se hace imposible la enseñanza particular. A las escuelas oficiales, decía el Sr. C., acuden los hijos de los ricos y de los pobres y da gusto ver salir a un niño riquísimo del brazo de un compañero pobre y humilde. Es verdad, añadiremos nosotros, que a las escuelas oficiales de Bélgica pueden asistir todos los alumnos; pero, es de advertir, que la instrucción que se da está basada en la necesidad de que siempre habrá de haber pobres y ricos y que la armonía social consiste en el cumplimiento de las leyes.

Por consiguiente, ¿qué más quisieran los amos sino que esta enseñanza se diera en todas partes? Porque ya se cuidarían bien ellos de hacer entrar en razón a los que algún día pudieren rebelarse, haciendo como recientemente en Bruselas y otras ciudades de Bélgica, donde los hijos de los ricos, bien armados y organizados en la milicia nacional, fusilaron los hijos de los obreros que se atrevieron a pedir el sufragio universal. Por otra parte, mis noticias acerca de la grandeza de la enseñanza belga, difieren mucho de las manifestadas por el Sr. C. Tengo a la vista varios números de *L'Express*, de Lieja, que destina al asunto una sección titulada «La destrucción de nuestra enseñanza pú-

blica», en la que se leen datos que, desgraciadamente, tienen mucha semejanza con lo que ocurre en España, sin contar que de poco tiempo a esta parte ha tomado gran desarrollo la enseñanza congregacionista, que, como todo el mundo sabe, es la sistematización de la ignorancia. Al fin y al cabo, no en balde domina en Bélgica un gobierno marcadamente clerical.

En cuanto a la enseñanza moderna que se da en la republicana Francia, diremos: que ningún libro de los que se usan en las escuelas sirve para una enseñanza verdaderamente laica, y añadiremos, que el mismo día que el Sr. C. hablaba en Gracia, el diario *L'Action* de París, publicaba bajo el título «*Como se enseña la moral laica*», tomado del libro *Recueil de maximes et pensées morales*, unos cuantos pensamientos ridículamente anacrónicos que chocan contra el más elemental buen sentido.

Se nos preguntará ahora ¿qué haremos si no contamos con el apoyo del Estado, de las Diputaciones o de los Municipios?

Pues, sencillamente, pedirla a quienes han de tener interés en cambiar el modo de vivir: a los trabajadores en primer lugar, y luego a los intelectuales y privilegiados de buenos sentimientos que, si no abundan, no dejan de encontrarse. Conocemos algunos.

El mismo Sr. C. se quejaba de lo que cuesta y de lo que tarda el Ayuntamiento en conceder las reformas que se le piden. Tengo la convicción de que menos tiempo habría de costar hacer entender a la clase obrera que de sí sola lo ha de esperar todo.

Está el campo bien preparado. Visítense las sociedades obreras, las Fraternidades Republicanas, Centros instructivos, Ateneos Obreros y cuantas entidades tengan interés en la regeneración de la humanidad, y háblese allí el lenguaje de la verdad aconsejando la unión, el esfuerzo y la atención constante al problema de la instrucción, de la instrucción racional y científica, de la instrucción que demuestre la injusticia de los privilegios y la posibilidad de hacerlos desaparecer. Si en este terreno dirigieran sus esfuerzos cuantos particulares o entidades desean verdaderamente la emancipación de la clase que sufre, porque no solamente sufren los trabajadores, esté seguro el Sr. C. que el resultado sería positivo, seguro y pronto; mientras que lo que obtenga de los gobiernos será tarde y no servirá más que para deslumbrar, para sofisticar los propósitos y perpetuar la dominación de una clase por otra.

VII

Higiene escolar

Respecto a la higiene, la suciedad católica domina en España.

San Alejo y San Benito Labra son, no los únicos, ni los más caracterizados puercos que figuran en la lista de los supuestos habitantes del reino de los cielos, sino uno de los más populares entre los inmundos e innumerables maestros de la porquería.

Con tales tipos de perfección, en medio del ambiente de ignorancia, hábil e inicuamente sostenido por el clero y la realeza de tiempos pasados y por la burguesía liberal y hasta democrática de nuestros días, claro es que los niños que venían a nuestra escuela habían de ser muy deficientes en punto a limpieza: la suciedad era atávica.

La combatimos prudente y sistemáticamente, demostrando a los niños la repugnancia que inspira todo objeto, todo animal, toda persona sucia; por el contrario, el agrado y la simpatía que se siente ante la limpieza; cómo se acerca

uno instintivamente a la persona limpia y se aparta de la grasienta y mal oliente, y recíprocamente cómo ha de sernos grato ser simpáticos por curiosos o vergonzoso causar asco a los que nos vean.

Exponíamos después la limpieza como asunto de belleza y la suciedad como característica de la fealdad, y entrábamos decididamente en el terreno de la higiene, presentando la suciedad como causa de enfermedad, con su peligro de infección indefinida hasta causar epidemias, y la limpieza como agente principal de salud, y lográbamos fácilmente determinar la voluntad de los niños a la limpieza y disponer su inteligencia a la comprensión científica de la higiene.

La influencia de esta enseñanza penetraba en las familias por las exigencias de los niños, que alteraban la rutina casera. Un niño pedía con urgencia que le lavaran los pies, otro quería bañarse, otro pedía polvos y cepillo para los dientes, otro se avergonzaba de llevar una mancha, otro pedía que le renovasen la ropa o el calzado, y las pobres madres, atareadas por sus obligaciones diarias, o tal vez abrumadas por la dureza de las circunstancias en que se desarrolla la vida social, e influídas además por la suciedad religiosa, procuraban acallar tantas peticiones; pero la nueva vida introducida en el hogar por la idea del niño triunfaba al fin como consolador presagio de la futura regeneración que ha de producir la enseñanza racional.

Dejo la exposición de las razones que abonan la higiene escolar a personas perfectamente competentes, por lo cual inserto a continuación

los dos artículos siguientes publicados en el *Boletín de la Escuela Moderna*:

PROTECCIÓN HIGIÉNICA DE LAS ESCUELAS

SU IMPLANTACIÓN POR LOS PARTICULARES

El clamoreo es general. De todas partes surge la misma exclamación: «de 18 millones de españoles, 10 son analfabetos; a los españoles nos pierde la falta de educación y de instrucción.» La exclamación está inspirada en la realidad; no puede ser más justa; yo añadiría que a los españoles nos pierde la rutina y la falta de fe en el trabajo; por ambas cosas, comarcas enteras de nuestra península están con esa costra gris estéril, donde apenas brota una yerba pajiza y rala para asemejarlas mejor a las llanuras del desierto; ni el arado ni el cultivo han roturado de luengos años, ni sacudido la inercia del terreno, y allá se están esas miles de hectáreas improductivas para miseria de sus terratenientes y para baldón de la decantada feracidad de nuestro suelo. Y no lo digo por los catalanes, que aquí encanta ver en las más atrevidas pendientes o en las más encumbradas crestas, el olivo, la vid, el trigo o el algarrobo como señal de una labor y de una lucha que no cesa hasta el punto de sacar jugo a las rocas.

Enhorabuena que se abogue por la instrucción, que se haga obligatoria para aquellos ciudadanos indolentes. Pero imponer una ley, sin rodear su cumplimiento de ciertas garantías,

no me parece ya tan satisfactorio; como médico, he tenido ocasión muchas veces de apreciar el desamparo en que sé hallan muchos niños en las escuelas, y me ha conmovido hondamente el desconsuelo de un padre cuando ha perdido un hijo por efecto de una enfermedad que contrajo en la escuela y que pudo haberse evitado.

¿Están en nuestras escuelas suficientemente protegidos los niños para que una madre deje ir tranquilo cada mañana aquel sér querido, que mientras le tuvo en su regazo crecía sano y que al ir al colegio se tornó enfermizo?

Las epidemias de las escuelas son prueba de esos riesgos; pero hay otros contagios que se van realizando a la sordina, y que por lo mismo causan mayor número de víctimas, sin que ese silencio motive una intervención que lo evite.

Hace unos meses, por mera coincidencia, sin duda, asistí, con unos días de intérvalo, a tres niños con difteria; los tres asistían al mismo colegio; la tos ferina, el sarampión, la escarlatina y otras, encuentran en las escuelas el campo más fecundo para una explosión epidémica, porque aquellos niños allí reunidos, sometidos al mismo medio, cuando llegan a sus casas contagian a sus hermanitos mayores o menores, y de esta suerte el contagio escolar influye hasta en los niños de pecho, en los mismo recién necidos. A veces llega hasta a sus padres.

La tuberculosis se transmite por este medio.

Aparte de estas enfermedades tan terribles, la tiña, las enfermedades de los ojos, la sarna, el histerismo, las torceduras de la espalda, etcétera, etc., casi siempre salen de la escuela.

La aglomeración en que viven los escolares, el uso de un solo retrete, de un solo vaso, el cambio de cartapacios y de lapiceros que pasan de mano en mano y de boca en boca, el regalo mutuo de pan o de golosinas, todo esto es una promiscuidad peligrosa a la colectividad. Sé de muchos padres que, mal de su grado, han tenido que renunciar a la instrucción de sus hijos en la escuela, porque en ella enfermaban a cada paso. Si se revisaran los edificios y el mobiliario escolar de nuestros colegios, pocos responderían a una organización higiénica mediocre. Pero no se trata de esto. Seamos prácticos. Aun cuando se dispusiera de un gran capital para montar escuelas de nueva planta con arreglo a los dictados de un higienista, no interrumpiríamos la instrucción bruscamente mientras se derribaran y se construyeran los edificios.

Por consiguiente, obligados a utilizar el material existente, creo que se le puede mejorar sin grandes esfuerzos, con sólo establecer la *protección* e *instrucción higiénica* en las escuelas. No se necesitan palacios relumbrantes; para difundir la instrucción bastan salas amplias, de luz abundante y aire puro, donde los escolares estén protegidos.

En otros países esta reforma ha partido del Gobierno; aquí... me parece que la iniciativa de los particulares puede subsanar estas deficiencias con gran provecho de sus propios intereses. Los maestros de escuela encontrarán médicos que les secunden en esa campaña higiénica escolar. Los directores de colegios podrán encontrar el concurso médico con poco

esfuerzo. Y aun cuando tuvieran que realizar alguno, piensen que este acto de previsión sería muy reproductivo. Pierden cuando se enferma un niño, deja de concurrir a la escuela y de pagar una mensualidad; pero pierden más cuando el niño muere y es un cliente borrado para siempre.

¿Quién sabe si el crédito del establecimiento se resiente todavía más con esas bajas? No ha mucho, un colegio muy acreditado de nuestros alrededores, tuvo que enviar a sus casas numerosas alumnas por haberse desarrollado una epidemia de escarlatina al comenzar el curso. ¿Cuánto mejor no habría sido evitar con la *protección higiénica* aquel quebranto de ingresos y aquellos dolores a los educandos?

Piensen, pues, los propietarios de colegios y los maestros municipales en instaurar este servicio, prescindiendo por completo de las previsiones de los gobernantes. Aquí no iremos bien en este respecto mientras no se publiquen noticias como ésta: «*La inspección médica de las escuelas* de New-York, ha excluído temporalmente en una semana del mes de septiembre último, 100 alumnos: de ellos 35 padecían granulaciones en los ojos, 16 conjuntivitis, 15 afecciones de la piel, etc. ¡De este modo sí que podrían enviarse con tranquilidad los niños a la escuela!

Esta protección de la escuela persigue un fin eminentemente social, la condición fundamental e indispensable para que la educación intelectual sea eficaz. La organización del servicio, que

debería correr a cargo de un médico en cada escuela, comprende los siguientes puntos:

1.º *Salubridad del edificio.* — A este propósito vigilará la distribución de los locales, la iluminación, la ventilación, la calefacción, las corrientes de aire, la instalación de los retretes, etc. Se adaptarán lo más posible al progreso pedagógico estos elementos de la escuela.

2.º *Profilaxia de las enfermedades transmisibles.* — Una ligera tos, un vómito, una leve fiebrecilla, la rubicundez de los ojos, una placa anormal del cabello, le conducirán a una investigación personal y a disponer en el acto una separación relativa del niño indispuesto. En este respecto, se habrá de contar con el concurso leal de las familias, para que no oculten el sarampión o la tos ferina u otros afectos que puedan padecer los hermanos de los alumnos. Un aislamiento prudente impedirá la transmisión morbosa escolar, y, en caso de enfermedad, el médico determinará tras de cuánto tiempo y de qué precauciones puede el niño volver al Colegio, sin peligro para sus camaradas.

3.º *Función normal de los órganos y crecimiento.* — Mediante mediciones y pesadas periódicas, se sabrá positivamente si el niño se desarrolla bien y si contrae o no actitudes viciosas que pueden hacerse permanentes como la miopía, la escoliosis y otras. Esto servirá de gran utilidad para las familias.

Atenta la madre a las tareas domésticas y absorto el padre en sus negocios, no se percata de si su hijo cojea, de si empieza a torcerse su

columna vertebral, de si acerca mucho el libro a los ojos para leer; y cuando llegan a enterarse, el mal es tan largo o está tan avanzado, que su remedio exige grandes dispendios y quizá algunos sacrificios. Esta vigilancia llenaría un gran vacío en algunas familias. La misión del médico escolar se reducirá en este caso a advertir a los padres el peligro, para que busquen el auxilio de su respectivo médico.

4.º *Educación física y adaptación de los estudios a la capacidad intelectual de cada niño.* — Esto se realizará de acuerdo con el maestro. Mediante esta inspección, se evitarán a los niños esos dolores de cabeza, esos insomnios, la neurastenia infantil y esos estragos que produce el *sumernaje*. Se graduará entonces el ejercicio físico (gimnasia) y la labor intelectual.

5.º *Educación e instrucción sanitarias.* — Se darán a los niños conferencias de higiene semanales o quincenales, y se les habituará a las prácticas higiénicas, lavado de manos, boca, baños, natación, limpieza de uñas, etc.

Por jovencito que el escolar sea, debe recibir esa educación y esa instrucción; no son muy elevados esos conceptos para sus cortos alcances; todo está en la manera de hacérselo comprender. Penetrado de su altísima importancia, el último Congreso internacional de Higiene, celebrado en Bruselas, decretó esa enseñanza, y muchos médicos eminentes del extranjero la practican, sin creerse rebajados por ello de sus elevadas categorías. En nuestro país yo he procurado imitar tan loable conducta. Enseñado el niño a amar su salud, trato de conservarla; en

su casa transmite a sus padres y amigos los consejos aprendidos y verifica una irradiación escolar conveniente.

Llegado a la madurez, gobernará su prole con mejor acuerdo; acaso será este un medio de apartar a la sociedad del suicidio particular y colectivo. Por condiciones sociales de nuestra raza, esta enseñanza será más fructífera en España que en otros países.

Y 6.ª *Redacción de un cuaderno biológico.*— Consiste en la anotación del desarrollo del escolar y de las enfermedades que ha tenido. Aparte de su trascendencia étnica y antropológica, tiene esta historia personal una aplicación práctica muy importante. Ejemplo: Se desata a velocidad grande o pequeña una epidemia de fiebre tifoidea, tos ferina, sarampión, etc. La clausura de las escuelas que suele acordarse por vía de precaución, no resuelve el problema y es además objeto de serias censuras. Cuando se disponga del cuaderno biológico de cada niño, aquel que haya padecido la enfermedad epidémica, si no está ya protejido para ella, puede seguir asistiendo a la escuela, sin riesgo para él ni para sus compañeros, y aquellos que no la hayan padecido pueden ser objeto de ciertas medidas que ni interrumpen la vida normal de las familias y de las escuelas, ni fomentan la holganza y el afán de vacaciones de los escolares.

Este es el programa: a primera vista, tanto apartado y tantas atenciones, parecerán una montaña inaccesible, un proyecto irrealizable, y eso que no hablo de la pedagogía experimen-

tal, que, fundada en la psicología, mide la fuerza intectual de cada individuo y escudriña sus aptitudes especiales... pero apliquémonos a esta tarea redentora de nuestros escolares, y nuestra labor y nuestra perseverancia nos conducirán a la cima, en breve tiempo, con igual facilidad que subimos hoy al Tibidabo desde que disponemos del funicular.

DR. MARTÍNEZ VARGAS

LOS JUEGOS

El juego es indispensable a los niños. Por lo que mira a su constitución, salud y desarrollo físico, todo el mundo estará conforme; pero acontece que únicamente se para la atención en la cantidad de desarrollo físico que producen los juegos. De aquí que éstos han sido sustituídos por el gimnasio, como un equivalente excelente, y creyéndose algunos que se ha ganado en la substitución.

Esos asertos han venido a ser negados por la higiene en términos absolutos. Después de la inveterada creencia de que a lo que hay que atender es al desarrollo de nuestras fuerzas físicas, ha venido a dominar otro concepto en el campo de la conciencia científica. En dicho campo se reconoce a la hora presente, como en autoridad de cosa juzgada, que el estado placentero y el libre desplegamiento de las tendencias nativas son factores importantes, esen-

cialísimos y predominantes en la vigorización y desenvolvimiento del sér del niño.

El contento, como afirma Spencer, «constituye el tónico más poderoso; acelerando la circulación de la sangre, facilita mejor el desempeño de todas las funciones; contribuye a aumentar la salud cuando la hay, y a restablecerla cuando se ha perdido. El vivo interés y la alegría que los niños experimentan en sus pasatiempos, son tan importantes como el ejercicio corporal que los acompaña. Por eso la gimnasia, no ofreciendo esos estímulos mentales, resulta defectuosa...» Pero tenemos que decir con el pensador aludido: algo es mejor que nada. Si se nos diera a elegir entre quedarnos sin juego y sin gimnasia, o aceptar el gimnasio, corriendo, con los ojos cerrados, optaríamos por el gimnasio.

Los juegos, por otra parte, merecen en la pedagogía otro punto de vista y una mayor consideración si se quiere.

Debe dejarse al niño que en donde quiera que esté manifieste sinceramente sus deseos. Este es el factor principal del juego, que, como advierte Johonnot, es el deseo complacido por la libre actividad. Por lo mismo no nos empece decir que es de absoluta necesidad que se vaya introduciendo substancia del juego por el interior de las clases. Así lo entienden en países más cultos y en organismos escolares que prescinden de toda añeja preocupación, y no desean otra cosa que encontrar racionales procedimientos para realizar la amigable composición entre la salud y el adelanto del niño. Allí no se ha

hecho otra cosa, para realizar ese fin, que arrancar de cuajo, de las salas de las clases, el mutismo y la quietud insoportables, características de la muerte, y llevar en su lugar el bienestar, la intensa alegría, el alborozo. El alborozo, la intensa alegría del niño en la clase, cuando comparte con sus colegas, se asesora con sus libros, o está en compañía e intimidad con sus profesores, es la señal infalible de su interna salud : de vida física y de vida de inteligencia.

Las afirmaciones que hacemos producirán el fruncimiento del ceño de los dómines pedagogos que, por desdicha, abundan entre nosotros. ¿ Cómo ? Por ese camino derrumbamos todo el organismo educacionista que, por ser vetusto, se nos debe representar como venerable e intangible. ¿ Cómo ? ¡ No tomamos, rectificando la conducta de nuestros padres, por medida de la importancia del estudio, el disgusto que éste proporciona a los niños ! ¡ Se deja paso libre a las iniciativas del niño como camino que derechamente conduce a conseguir su cultura, sin raspar el elemento típico que individualiza su sér, en vez de someter el cerebro del educando al molde de los antojos de padres y profesores !

No hay más remedio. La verdad tiene sabor a retama para sus enemigos. Una concepción más verdadera y más optimista de la vida del hombre ha obligado a los pedagogos a modificar sus ideas.

En individuos y colectividades donde ha penetrado la cultura moderna, se ve la vida desde un punto de vista contrario a las enseñanzas del sentido cristiano. La idea de que la vida es

una cruz, una enojosa y pesada carga, la cual tiene que tolerarse hasta que la providencia se harte de vernos sufrir, radicalmente desaparece.

La vida, se nos dice, es para gozar de la vida, para vivirla. Lo que atormenta y produce dolor débese rechazar como mutilador de la vida. El que pacientemente lo acepta es merecedor de que se le considere como un atávico degenerado, o de ser un desdichado inmoral, si tiene conocimiento de lo que hace.

El supremo deber individual que preside a la conciencia del hombre es el deber de nutrirse en todos los aspectos de nuestra vida. El supremo deber colectivo es irradiar la vida por todas partes.

Esa hermosa tendencia tiene que cuajar y arraigar en las generaciones del porvenir, y el medio único y expedito de hacerlo consiste en llevar a la educación el sentido de Froebel: todo juego bien dirigido se convierte en trabajo, como todo trabajo en juego.

Por otra parte, los juegos sirven para dar a conocer el carácter del niño y a lo que viene llamado a funcionar en la vida.

Los padres y los pedagogos tienen que ser hasta cierto punto *pasivos* en la obra educadora. Las observaciones del padre y las indicaciones del profesor no deben convertirse en precepto imperativo a la manera de orden mecánica ni militar o mandato dogmático religioso. Unos y otros dan, en el educando, con una vida particular. No se la puede gobernar con dirección arbitraria; se la debe desenvolver dinámicamente, de adentro para afuera, nada

más que ayudando a que sus disposiciones nativas se desarrollen.

Por eso el educante no ha de proponerse *a priori*, sin la consulta previa, paciente y detenida de la naturaleza del niño, que éste estudie para marino, o agricultor, o médico, etc. ¿Puédese destinar a los niños, por el mero deseo de la voluntad del que los condiciona, a que sean poetas, a que estudien para filósofos o a que revelen en música extraordinarias disposiciones geniales? Pues para el caso lo mismo da.

El estudio de los juegos de los niños demuestran su gran semejanza con las ocupaciones más serias de sus mayores. Los niños combinan y ejecutan sus juegos con un interés y una energía que sólo abate el cansancio. Trabajan por imitar cuantas cosas puedan concebir que hacen los grandes. Construyen casas, hacen pasteles de barro, van a la ciudad, juegan a la escuela, dan baile, hacen de médico, visten muñecas, lavan la ropa, dan funciones de circo, venden frutas y bebidas, forman jardines, trabajan en minas de carbón, escriben cartas, se hacen burlas, discuten, pelean, etc.

El ardor y vehemencia con que hacen esto muestra cuán profundamente real es para ellos, y revela además que los instintos en los niños no difieren absolutamente de los instintos a la edad viril. El juego espontáneo, que es de la preferencia del niño, predice su ocupación o disposiciones nativas. El niño juega a hombre, y cuando llega a la edad viril hace en serio aquello que de niño le divertía.

Taylor dice: «Debiérase enseñar a los niños

a jugar con el mismo cuidado con que se les enseñará más tarde a trabajar...» «No pocas muchachas se han hecho excelentes costureras cortando y haciendo vestidos para sus muñecas; y muchos muchachos aprenden el uso de las herramientas más usuales jugando a los carpinteros. Una amiguita mía llegó a ser una verdadera artista después de haber jugado con sus pinceles y pinturas de color. Otro niño declamaba cosas interesantes jugando a las comedias, y algunos años después dió su examen brillante en el colegio utilizando los conocimientos que había adquirido en el juego. Así también muchas de las imágenes poéticas de algunos autores denuncian los recuerdos de los juegos y aventuras de la niñez.»

Además, el juego es apto para desenvolver en los niños el sentido altruísta. El niño, por lo general, es egoísta, interviniendo en tan fatal disposición muchas concausas, siendo entre todas, la principal, la ley de la herencia. De la cualidad indicada se desprende el natural despótico de los niños, que les lleva a querer mandar arbitrariamente a sus demás amiguitos.

En el juego es en donde se debe orientar a los niños a que practiquen la ley de la solidaridad. Las prudentes observaciones, consejos y reconvenciones de padres y profesores débense encaminar, en los juegos de los niños, a probarles que se saca más utilidad con ser tolerante y condescendiente con el amiguito que intransigente con él: que la ley de la solidaridad beneficia a los demás y al mismo que la produce. — R. Columbié.

VIII

El Profesorado

Otra dificultad grave se me presentó con el personal.

Por útil que fuera la formación del programa para el planteamiento de la enseñanza y de la educación racional, venía después la necesidad de buscar personas aptas para su ejecución, y la práctica me demostró que esas personas no existían. ¡Cuán verdad es que la necesidad crea el órgano!

Había maestros, ¡cómo no! Al fin, aunque no muy lucrativa, la pedagogía es una carrera que mantiene su hombre, no siendo siempre verdad el dicho vulgar que sirve para designar un desgraciado con esta frase: «¡tiene más hambre que un maestro de escuela!» porque la verdad es que en muchos, muchísimos pueblos de España, el maestro forma parte de la junta caciquil en unión del cura, el médico, el boticario y el usurero, personaje este último que no siempre es el mayor contribuyente aunque sea el más rico del lugar, y en resumen el maestro

tiene una paga municipal, igualas con los vecinos y también cierta influencia que puede traducirse a veces en beneficios materiales, y en las poblaciones importantes, si al maestro no le satisface la paga municipal, suele dedicarse a la industria de la enseñanza en colegios particulares, donde, de acuerdo con el Instituto provincial, prepara burgueses jóvenes para el bachillerato, y si no alcanza una posición privilegiada vive en condiciones de defensa como la generalidad de los ciudadanos.

Había también maestros dedicados a la llamada enseñanza laica, denominación importada de Francia, donde tiene su razón de ser, porque allí la instrucción primaria, antes de ser laica, era exclusivamente clerical y ejercida por congregaciones religiosas, lo que no sucedía en España, donde, por cristiana que fuera la enseñanza, siempre era profesada por maestros civiles. Pero los maestros laicos españoles, inspirados y alentados por la propaganda librepensadora y el radicalismo político se manifestaban más bien como anticatólicos y anticlericales que como verdaderos racionalistas.

Ello es que los profesionales de la enseñanza, para adaptarse a la enseñanza científica y racional, habían de sufrir una preparación, difícil en todo caso y no siempre realizable por los impedimentos de la rutina, y los que sin previas nociones pedagógicas, entusiasmados por la idea, acudían a ofrecernos su concurso necesitaban también y tal vez con mayor motivo su preparación.

El problema era de solución dificilísima,

porque no había más medio de preparación y adaptación que la escuela racional misma.

Pero ¡ oh maravilla de la bondad del sistema ! Creada la Escuela Moderna por inspiración individual, con recursos propios y con la vista fija en el ideal como criterio fijo, las dificultades se allanaban, toda imposición dogmática era descubierta y rechazada, toda incursión o desviación hacia el terreno metafísico era inmediatamente abandonada, y poco a poco la experiencia iba formando esa nueva y salvadora ciencia pedagógica, y esto, no sólo por mi celo y vigilancia, sino por los primeros profesores, y en ocasiones hasta por dudas e ingenuas manifestaciones de los mismos alumnos.

Bien puede decirse que si la necesidad crea el órgano, al fin el órgano satisface la necesidad.

No obstante, dispuesto a llevar mi obra hasta el fin, creé una Escuela Normal racionalista para la enseñanza de maestros, bajo la dirección de un maestro experimentado y con el concurso de los profesores de la Escuela Moderna, donde se matricularon varios jóvenes de ambos sexos y empezó a funcionar con buen éxito hasta que la arbitrariedad autoritaria, obedeciendo la instigación de misteriosos y poderosos enemigos, se opuso a nuestra marcha, forjándose la engañadora ilusión de haber triunfado para siempre.

Como complemento de las ideas expuestas en este capítulo, juzgo conveniente incluir las que acerca de la pedagogía individual expuso en el

Boletín mi amigo Domela Niewenhuis, en el siguiente escrito:

«Nunca se hará bastante en pro de los niños. Quien no se interesa por los niños no es digno de que nadie se interese por él, porque los niños son el porvenir. Pero los cuidados para los niños deben ser guiados por el buen sentido; no basta tener buena voluntad; se necesita también saber y experiencia.

¿Quién cultiva plantas, flores y frutos sin saber algo de lo que les corresponde?

¿Quién cría animales, por ejemplo, perros, caballos, gallinas, etc., sin saber lo que es bueno y conveniente para cada especie?

Pero en la educación de los niños, la cosa más difícil del mundo, casi todo el mundo piensa que se tiene competencia para ello por el hecho de ser padre de familia.

El caso es verdaderamente extraño: un hombre y una mujer se conciertan para vivir juntos, procrean un hijo y hételes convertidos de repente en educadores, sin haberse tomado la molestia de instruirse en lo más elemental del arte de la educación.

No somos de los que dicen con Rousseau que es bueno todo lo que viene del creador de las cosas: que todo degenera en las manos del hombre.

Ante todo no podemos decir que todo es bueno, y después declaramos que no conocemos un creador de las cosas, ni menos un creador que tenga manos con las que haga como un hábil obrero que copia un modelo. Y además pregun-

tamos: ¿ Por qué se dice que todo degenera? ¿ Qué significa degenerar? ¿ Qué idea se tiene de un creador cuyo trabajo puede ser estropeado por los hombres que se consideran como un producto de las manos del creador? ¡ Conque es decir que uno de los productos puede estropear los otros! Si un obrero diese un producto así a su patrón, pronto sería despedido por inhábil y torpe.

Preséntanse siempre dos lados: el positivo y el negativo; y más se estropea generalmente por el lado positivo que por el negativo.

Hacer algo puede ser útil, pero también perjudicial; pero si impide algo, la naturaleza suele corregir lo que el niño hace mal.

El célebre pedagogo Frœbel decía: «Vivamos para los niños».

La intención fué buena sin duda, y sin embargo no comprendía el secreto de la educación. Ellen Key, quien en su gran libro *El Siglo del Niño* nos da tanto que pensar, tiene más razón cuando dice: «Dejemos que los niños vivan por sí mismos».

Comiéncese la instrucción cuando el mismo niño la pida. Todo el programa escolar, que es el mismo para todas las regiones de Francia, por el ejemplo, es ridículo. A las nueve de la mañana sabe el ministro de Instrucción pública que todos los niños leen, escriben o calculan; pero ¿ tienen todos los niños y también los profesores el mismo deseo a la misma hora? ¿ Por qué no dejar al profesor la iniciativa de hacer lo que parezca, ya que ha de conocer sus alumnos mejor que el señor ministro o cualquier bu-

rócrata, y debe tener la libertad necesaria para arreglar la instrucción a su gusto y al de sus discípulos? La misma ración para todos los estómagos, la misma ración para todas las memorias, la misma ración para todas las inteligencias; los mismos estudios, los mismos trabajos.

Víctor Considerant, el discípulo de Carlos Fourier, escribió un importante libro, ya olvidado, pero que merece ser resucitado, *Teoría de la Educación natural y atractiva*, en que pregunta: «Qué adiestrador de perros somete a la misma regla sus perros de muestra, sus lebreles, sus corredores, sus falderillos y sus mastines? ¿Quién exige de tan diversas especies servicios idénticos? ¿Qué jardinero ignora que unas plantas necesitan más sombra, otras más sol, unas más agua, otras más aire, ni que aplique a todas los mismos sustentáculos y las mismas ligaduras, que pode a todas de la misma manera y en la misma época o que practique el mismo injerto sobre todos los arbolillos silvestres? ¿Vale menos la naturaleza humana que la vegetal o la animal, para que dediquéis menos atención a la cría de los niños que a la de las espinacas, las lechugas o los perros?»

Acostumbramos a buscar lejos lo que está a nuestro alcance si queremos y podemos ver y observar. Las cosas suelen ser sencillas, pero nosotros las hacemos complicadas y difíciles.

Sigamos a la naturaleza y cometeremos menos faltas. La Pedagogía oficial ha de ceder el puesto a la individual. Ellen Key deseaba un diluvio que anegara a todos los pedagogos, y si el arca salvara únicamente a Montaigne, Rous-

seau y Spencer progresaríamos algo. Entonces los hombres no edificarían «escuelas» sino que plantarían viñas en las cuales la labor de los profesores sería levantar los racimos a la altura de los labios de los niños, en vez de hacer que los niños no puedan gustar, como sucede en el día, más que el mosto de la cultura cien veces atenuado.

En el huevo hay un germen: según su naturaleza ha de abrirse; pero no se abrirá sino en el caso de que el huevo se halle colocado en una temperatura conveniente. En el niño hay muchos gérmenes de facultades industriales, de numerosas vocaciones, pero esas vocaciones no se manifestarán sino en el medio y en las circunstancias favorables a su exteriorización.

Si tenemos órganos, preciso es que se formen y se desarrollen; preciso es dejar a los niños la ocasión de desplegar la naturaleza, y la tarea de los padres y de los educadores consiste en no impedir su desarrollo. Sucede como con las plantas: cada cosa tiene su tiempo; primero las yemas y las hojas, después las flores y los frutos; pero mataréis la planta si la sujetáis a procedimientos artificiales para obligarla a invertir el orden natural de su desarrollo. Preservad, sostened, regad; he ahí la labor de los educadores.

Los grandes iniciadores del socialismo comprendieron que el principio de todo es la educación. Fourier y Robert Owen dieron ideas originales que no han sido comprendidas o que han sido descuidadas. En ningún manual de pedagogía se hallan esos nombres, y sin embargo merecen el puesto de honor, porque todas las ideas

de educación moderna que actualmente se propagan, se hallan en sus escritos.

La grandeza de aquellos héroes del pensamiento aumenta cuanto más se profundiza en sus obras. Admira su clarividencia; pero se explica considerando que han estudiado la naturaleza.

Una vez más: seguid la naturaleza y seguiréis el mejor camino».

Ya en los primeros números del *Boletín de la Escuela Moderna* se empezó la publicación de los siguientes anuncios:

A LA JUVENTUD

La Escuela Moderna, en vista del buen éxito obtenido con su instituto inicial, y deseando extender progresivamente su acción salvadora, invita a los jóvenes de ambos sexos que deseen dedicarse a la enseñanza científica y racional y tengan aptitud para ello a que lo manifiesten personalmente o por escrito, a fin de preparar la apertura de sucursales en varios distritos de esta capital.

AL PROFESORADO LIBRE

Los profesores y jóvenes de ambos sexos que deseen dedicarse a la enseñanza racional y científica y se hallen despojados de preocupaciones, supersticiones y creencias tradicionales absurdas, pueden ponerse en comunicación con el Director de la Escuela Moderna para la provisión de plazas vacantes en varias escuelas.

IX

La Renovación de la Escuela

Dos medios de acción se ofrecen a los que quieren renovar la educación de la infancia: trabajar para la transformación de la escuela por el estudio del niño, a fin de probar científicamente que la organización actual de la enseñanza es defectuosa y adoptar mejoras progresivas; o fundar escuelas nuevas en que se apliquen directamente principios encaminados al ideal que se forman de la sociedad y de los hombres los que reprueban los convencionalismos, las crueldades, los artificios y las mentiras que sirven de base a la sociedad moderna.

El primer medio presenta grandes ventajas, responde a una concepción evolutiva que defenderán todos los hombres de ciencia y que, según ellos, es la única capaz de lograr el fin.

En teoría tienen razón y así estamos dispuestos a reconocerlo.

Es evidente que las demostraciones de la psicología y de la fisiología deben producir importantes cambios en los métodos de educación;

que los profesores, en perfectas condiciones para comprender al niño, podrán y sabrán conformar su enseñanza con las leyes naturales. Hasta concedo que esta evolución se realizará en el sentido de la libertad, porque estoy convencido de que la violencia es la razón de la ignorancia, y que el educador verdaderamente digno de ese nombre obtendrá todo de la espontaneidad, porque conocerá los deseos del niño y sabrá secundar su desarrollo únicamente dándole la más amplia satisfacción posible.

Pero, en la realidad, no creo que los que luchan por la emancipación humana puedan esperar mucho de ese medio. Los gobiernos se han cuidado siempre de dirigir la educación del pueblo, y saben mejor que nadie que su poder está casi totalmente basado en la escuela, y por eso la monopolizan cada vez con mayor empeño. Pasó el tiempo en que los gobiernos se oponían a la difusión de la instrucción y procuraban restringir la educación de las masas. Esa táctica les era antes posible porque la vida económica de las naciones permitía la ignorancia popular, esa ignorancia que facilitaba la dominación. Pero las circunstancias han cambiado: los progresos de la ciencia y los multiplicados descubrimientos han revolucionado las condiciones del trabajo y de la producción; ya no es posible que el pueblo permanezca ignorante; se le necesita instruído para que la situación económica de un país se conserve y progrese contra la concurrencia universal Así reconocido, los gobiernos han querido una organización cada vez más completa de la escuela, no porque es-

peren por la educación la renovación de la sociedad, sino porque necesitan individuos, obreros, instrumentos de trabajo más perfeccionados para que fructifiquen las empresas industriales y los capitales a ellas dedicados. Y se ha visto a los gobiernos más reaccionarios seguir ese movimiento; han comprendido perfectamente que la táctica antigua era peligrosa para la vida económica de las naciones y que había que adaptar la educación popular a las nuevas necesidades.

Grave error sería creer que los directores no hayan previsto los peligros que para ellos trae consigo el desarrollo intelectual de los pueblos, y que, por tanto, necesitaban cambiar de medios de dominación; y, en efecto, sus métodos se han adaptado a las nuevas condiciones de vida, trabajando para recabar la dirección de las ideas en evolución. Esforzándose por conservar las creencias sobre las que antes se basaba la disciplina social, han tratado de dar a las concepciones resultantes del esfuerzo científico una significación que no pudiera perjudicar a las instituciones establecidas, y he ahí lo que les ha inducido a apoderarse de la escuela. Los gobernantes, que antes dejaban a los curas el cuidado de la educación del pueblo, porque su enseñanza, al servicio de la autoridad, les era entonces útil, han tomado en todos los países la dirección de la organización escolar.

El peligro, para ellos, consistía en la excitación de la inteligencia humana ante el nuevo espectáculo de la vida, en que en el fondo de las conciencias surgiera una voluntad de eman-

cipación. Locura hubiera sido luchar contra las fuerzas en evolución; era preciso encauzarlas, y para ello, lejos de obstinarse en antiguos procedimientos gubernamentales, adoptaron otros nuevos de evidente eficacia. No se necesitaba un genio extraordinario para hallar esta solución; el simple curso de los hechos llevó a los hombres del poder a comprender lo que había que oponer a los peligros presentados: fundaron escuelas, trabajaron por esparcir la instrucción a manos llenas y, si en un principio hubo entre ellos quienes resistieron a este impulso,—porque determinadas tendencias favorecían a algunos de los partidos políticos antagónicos, — todos comprendieron pronto que era preferible ceder y que la mejor táctica consistía en asegurar por nuevos medios la defensa de los intereses y de los principios. Viéronse, pues, producirse luchas terribles por la conquista de la escuela; en todos los países se continúan esas luchas con encarnizamiento; aquí triunfa la sociedad burguesa y republicana, allá vence el clericalismo. Todos los partidos conocen la importancia del objetivo y no retroceden ante ningún sacrificio para asegurar la victoria. Su grito común es: «¡Por y para la escuela!» Y el buen pueblo debe estar reconocido a tanta solicitud. Todo el mundo quiere su elevación por la instrucción, y su felicidad por añadidura. En otro tiempo podían decirle algunos: «Esos tratan de conservarte en la ignorancia para mejor explotarte; nosotros te queremos instruído y libre.» Al presente eso ya no es posible: por todas partes se construyen escuelas, bajo toda clase de títulos.

En ese cambio tan unánime de ideas, operado entre los directores respecto de la escuela, hallo los motivos para desconfiar de su buena voluntad, y la explicación de los hechos que ocasionan mis dudas sobre la eficacia de los medios de renovación que intentan practicar ciertos reformadores. Por lo demás, esos reformadores se cuidan poco, en general, de la significación social de la educación; son hombres que buscan con ardor la verdad científica, pero que apartan de sus trabajos cuanto es extraño al objeto de sus estudios. Trabajan pacientemente por conocer al niño y llegarán a decirnos — todavía es joven su ciencia — qué métodos de educación son más convenientes para su desarrollo integral.

Pero esta indiferencia en cierto modo profesional, en mi concepto, es perjudicialísima a la causa que piensan servir.

No les considero en manera alguna inconscientes de las realidades del medio social, y sé que esperan de su labor los mejores resultados para el bien general. «Trabajando para revelar los secretos de la vida del sér humano — piensan —, buscando el proceso de su desarrollo normal físico y psíquico, impondremos a la educación un régimen que ha de ser favorable a la liberación de las energías. No queremos ocuparnos directamente de la renovación de la escuela; como sabios tampoco lo conseguiríamos, porque todavía no sabríamos definir exactamente lo que debiera hacerse.»

«Procederemos por gradaciones lentas, convencidos de que la escuela se transformará a

medida de nuestros descubrimientos, por la misma fuerza de las cosas. Si nos preguntáis cuáles son nuestras esperanzas, nos manifestaremos de acuerdo con vosotros en la previsión de una evolución en el sentido de una amplia emancipación del niño y de la humanidad por la ciencia, pero también en este caso estamos persuadidos de que nuestra obra se prosigue completamente hacia ese objeto y le alcanzará por las vías más rápidas y directas.»

Este razonamiento es evidentemente lógico: nadie puede negarlo, y, sin embargo, en él se mezcla una gran parte de ilusión. Preciso es reconocerlo; si los directores, como hombres, tuviesen las mismas ideas que los reformadores benévolos, si realmente les impulsara el cuidado de una reorganización continua de la sociedad en el sentido de la desaparición progresiva de las servidumbres, podría reconocerse que los únicos esfuerzos de la ciencia mejorarían la suerte de los pueblos; pero lejos de eso, es harto manifiesto que los que se disputan el poder no miran más que la defensa de sus intereses, que sólo se preocupan de la propia ventaja y de la satisfacción de sus apetitos. Mucho tiempo hace que dejamos de creer en las palabras con que disfrazan sus ambiciones; todavía hay cándidos que admiten que hay en ellos un poco de sinceridad, y hasta imaginan que a veces les impulsa el deseo de la felicidad de sus semejantes; pero éstos son cada vez más raros y el positivismo del siglo se hace demasiado cruel para que puedan quedar dudas sobre las verdaderas intenciones de los que nos gobiernan.

Del mismo modo que han sabido arreglarse cuando se ha presentado la necesidad de la instrucción, para que esta instrucción no se convirtiese en un peligro, así también sabrán reorganizar la escuela de conformidad con los nuevos datos de la ciencia para que nada pueda amenazar su supremacía. Ideas son éstas difíciles de aceptar, pero se necesita haber visto de cerca lo que sucede y cómo se arreglan las cosas en la realidad para no dejarse caer en el engaño de las palabras. ¡ Ah ! ¡ Qué no se ha esperado y se espera aún de la instrucción ! La mayor parte de los hombres de progreso todo lo esperan de ella, y hasta estos últimos tiempos algunos no han comenzado a comprender que la instrucción sólo produce ilusiones. Cáese en la cuenta de la inutilidad positiva de esos conocimientos adquiridos en la escuela por los sistemas de educación actualmente en práctica ; compréndese que se ha esperado en vano, a causa de que la organización de la escuela, lejos de responder al ideal que suele crearse, hace de la instrucción en nuestra época el más poderoso medio de servidumbre en mano de los directores. Sus profesores no son sino instrumentos conscientes o inconscientes de sus voluntades, formados además ellos mismos según sus principios ; desde su más tierna edad y con mayor fuerza que nadie han sufrido la disciplina de su autoridad ; son muy raros los que han escapado a la tiranía de esa dominación, quedando generalmente impotentes contra ella, porque la organización escolar les oprime con tal fuerza que no tienen más remedio que obe-

decer. No he de hacer aquí el proceso de esta organización, suficientemente conocida para que pueda caracterizársele con una sola palabra: Violencia. La escuela sujeta a los niños física, intelectual y moralmente para dirigir el desarrollo de sus facultades en el sentido que se desea, y les priva del contacto de la naturaleza para modelarles a su manera. He ahí la explicación de cuanto dejo indicado: el cuidado que han tenido los gobiernos en dirigir la educación de los pueblos y el fracaso de las esperanzas de los hombres de libertad. Educar equivale actualmente a domar, adiestrar, domesticar. No creo que los sistemas empleados hayan sido combinados con exacto conocimiento de causa para obtener los resultados deseados, pues eso supondría genio; pero las cosas suceden exactamente como si esa educación respondiera a una vasta concepción de conjunto realmente notable: no podría haberse hecho mejor. Para realizarla se han inspirado sencillamente en los principios de disciplina y de autoridad que guían a los organizadores sociales de todos los tiempos, quienes no tienen más que una idea muy clara y una voluntad, a saber: que los niños se habitúen a obedecr, a creer y a pensar según los dogmas sociales que nos rigen. Esto sentado, la instrucción no puede ser más que lo que es hoy. No se trata de secundar el desarrollo espontáneo de las facultades del niño, de dejarle buscar libremente la satisfacción de sus necesidades físicas, intelectuales y morales; se trata de imponerle pensamientos hechos; de impedirle para siempre pensar de otra manera

que la necesaria para la conservación de las instituciones de esta sociedad; de hacer de él, en suma, un individuo estrictamente adaptado al mecanismo social.

No se extrañe, pues, que semejante educación no tenga influencia alguna sobre la emancipación humana. Lo repito, esa instrucción no es más que un medio de dominación en manos de los directores, quienes jamás han querido la elevación del individuo, sino su servidumbre, y es perfectamente inútil esperar nada provechoso de la escuela de hoy día. Y lo que se ha producido hasta hoy continuará produciéndose en el porvenir; no hay ninguna razón para que los gobiernos cambien de sistema: han logrado servirse de la instrucción en su provecho, así seguirán aprovechándose también de todas las mejoras que se presenten. Basta que conserven el espíritu de la escuela, la disciplina autoritaria que en ella reina, para que todas las innovaciones les beneficien. Para que así sea vigilarán constantemente; téngase la seguridad de ello.

Deseo fijar la atención de los que me leen sobre esta idea: todo el valor de la educación reside en el respeto de la voluntad física, intelectual y moral del niño. Así como en ciencia no hay demostración posible más que por los hechos, así también no es verdadera educación sino la que está exenta de todo dogmatismo, que deja al propio niño la dirección de su esfuerzo y que no se propone sino secundarle en su manifestación. Pero no hay nada más fácil que alterar esta significación, y nada más difícil que respetarla. El educador impone, obliga,

violenta siempre; el verdadero educador es el que, contra sus propias ideas y sus voluntades, puede defender al niño, apelando en mayor grado a las energías propias del mismo niño.

Por esta consideración puede juzgarse con qué facilidad se modela la educación y cuan fácil es la tarea de los que quieren dominar al individuo. Los mejores métodos que puedan revelárseles, entre sus manos se convierten en otros tantos instrumentos más poderosos y perfectos de dominación. Nuestro ideal es el de la ciencia y a él recurriremos en demanda del poder de educar al niño favoreciendo su desarrollo por la satisfacción de todas sus necesidades a medida que se manifiesten y se desarrollen.

Estamos persuadidos de que la educación del porvenir será una educación en absoluto espontánea; claro está que no nos es posible realizarla todavía, pero la evolución de los métodos en el sentido de una comprensión más amplia de los fenómenos de la vida, y el hecho de que todo perfeccionamiento significa la supresión de una violencia, todo ello nos indica que estamos en terreno verdadero cuando esperamos de la ciencia la liberación del niño.

¿Es este el ideal de los que detentan la actual organización escolar; es lo que se proponen realizar, aspiran también a suprimir las violencias? No, sino que emplearán los medios nuevos y más eficaces al mismo fin que en el presente; es decir, a la formación de seres que acepten todos los convencionalismos, todas las preocupaciones, todas las mentiras sobre las cuales está fundada la sociedad.

No tememos decirlo: queremos hombres capaces de evolucionar incesantemente; capaces de destruir, de renovar constantemente los medios y de renovarse ellos mismos; hombres cuya independencia intelectual sea la fuerza suprema, que no se sujeten jamás a nada; dispuestos siempre a aceptar lo mejor, dichosos por el triunfo de las ideas nuevas y que aspiren a vivir vidas múltiples en una sola vida. La sociedad teme tales hombres: no puede, pues, esperarse que quiera jamás una educación capaz de producirlos.

* * *

¿Cuál es, pues, nuestra misión? ¿Cuál es, pues, el medio que hemos de escoger para contribuir a la renovación de la escuela?

Seguiremos atentamente los trabajos de los sabios que estudian el niño, y nos apresuraremos a buscar los medios de aplicar sus experiencias a la educación que queremos fundar, en el sentido de una liberación cada vez más completa del individuo. Mas ¿cómo conseguimos nuestro objeto? Poniendo directamente manos a la obra, favoreciendo la fundación de escuelas nuevas donde en lo posible se establezca este espíritu de libertad que presentimos ha de dominar toda la obra de la educación del porvenir.

Se ha hecho ya una demostración que por el momento puede dar excelentes resultados. Podemos destruir todo cuanto en la escuela actual responde a la organización de la violencia, los

medios artificiales donde los niños se hallan alejados de la naturaleza y de la vida, la disciplina intelectual y moral de que se sirven para imponerle pensamientos hechos, creencias que depravan y aniquilan las voluntades. Sin temor de engañarnos podemos poner al niño en el medio que le solicita, el medio natural donde se hallará en contacto con todo lo que ama y donde las impresiones vitales reemplazarán a las fastidiosas lecciones de palabras. Si no hiciéramos más que esto, habríamos preparado en gran parte la emancipación del niño.

En tales medios podríamos aplicar libremente los datos de la ciencia y trabajar con fruto.

Bien sé que no podríamos realizar así todas nuestras esperanzas; que frecuentemente nos veríamos obligados, por carencia de saber, a emplear medios reprobables; pero una certidumbre nos sostendría en nuestro empeño, a saber: que sin alcanzar aún completamente nuestro objeto, haríamos más y mejor, a pesar de la imperfección de nuestra obra, que lo que realiza la escuela actual. Prefiero la espontaneidad libre de un niño que nada sabe, a la instrucción de palabras y la deformación intelectual de un niño que ha sufrido la educación que se da actualmente.

Lo que hemos intentado en Barcelona, otros lo han intentado en diversos puntos, y todos hemos visto que la obra era posible. Pienso, pues, que es preciso dedicarse a ella inmediatamente. No queremos esperar a que termine el estudio del niño para emprender la renovación de la escuela; esperando nada se hará jamás.

Aplicaremos lo que sabemos y sucesivamente lo que vayamos aprendiendo. Un plan de conjunto de educación racional es ya posible, y en escuelas tales como las concebimos pueden los niños desarrollarse, libres y dichosos, según sus aspiraciones. Trabajaremos para perfeccionarlo y extenderlo.

Tales son nuestros proyectos: no ignoramos lo difícil de su realización; pero queremos comenzarla, persuadidos de que seremos ayudados en nuestra tarea por los que luchan en todas partes para emancipar a los humanos de los dogmas y de los convencionalismos que aseguran la prolongación de la inicua organización social actual.

X

Ni premio ni castigo

La enseñanza racional es ante todo un método de defensa contra el error y la ignorancia. Ignorar verdades y creer absurdos es lo predominante en nuestra sociedad, y a ello se debe la diferencia de clases y el antagonismo de los intereses con su persistencia y su continuidad.

Admitida y practicada la coeducación de niñas y niños y ricos y pobres, es decir, partiendo de la solidaridad y de la igualdad, no habíamos de crear una desigualdad nueva, y, por tanto, en la Escuela Moderna no había premios ni castigos, ni exámenes en que hubiera alumnos ensoberbecidos con la nota de «sobresaliente», medianías que se conformaran con la vulgarísima nota de «aprobados» ni infelices que sufrieran el oprobio de verse despreciados por incapaces.

Esas diferencias sostenidas y practicadas en las escuelas oficiales, religiosas e industriales existentes, en concordancia con el medio ambiente y esencialmente estacionarias, no podían

ser admitidas en la Escuela Moderna, por razones anteriormente expuestas.

No teniendo por objeto una enseñanza determinada, no podía decretarse la aptitud ni la incapacidad de nadie. Cuando se enseña una ciencia, un arte, una industria, una especialidad cualquiera que necesite condiciones especiales, dado que los individuos puedan sentir una vocación o tener, por distintas causas, tales o cuales aptitudes, podrá ser útil el examen, y quizá un diploma académico aprobatorio lo mismo que una triste nota negativa puedan tener su razón de ser, no lo discuto ; ni lo niego ni lo afirmo. Pero en la Escuela Moderna no había tal especialidad ; allí ni siquiera se anticipaban aquellas enseñanzas de conveniencia más urgente encaminadas a ponerse en comunión intelectual con el mundo ; lo culminante de aquella escuela, lo que la distinguía de todas, aun de las que pretendían pasar como modelos progresivos, era que en ella se desarrollaban amplísimamente las facultades de la infancia sin sujeción a ningún patrón dogmático, ni aun lo que pudiera considerarse como resumen de la convicción de su fundador y de sus profesores, y cada alumno salía de allí para entrar en la actividad social con la aptitud necesaria para ser su propio maestro y guía en todo el curso de su vida.

Claro es que por incapacidad racional de otorgar premios, se creaba la imposibilidad de imponer castigos, y en aquella escuela nadie hubiera pensado en tan dañosas prácticas si no hubiera venido la solicitud del exterior. Allí

venían padres que profesaban este rancio aforismo: «la letra con sangre entra», y me pedían para su hijo un régimen de crueldad; otros, entusiasmados con la precocidad de su prole, hubieran querido, a costa de ruegos y dádivas, que su hijo hubiera podido brillar en un examen y ostentar pomposamente títulos y medallas; pero en aquella escuela no se premió ni se castigó a los alumnos, ni se satisfizo la preocupación de los padres. Al que sobresalía por bondad, por aplicación, por indolencia o por desorden se le hacía observar la concordancia o discordancia que pudiera haber con el bien o con el mal propio o el de la generalidad, y servían de asunto para una disertación a propósito del profesor correspondiente, sin más consecuencias; y los padres fueron conformándose poco a poco con el sistema, habiendo de sufrir no pocas veces que sus mismos hijos les despojaran de sus errores y preocupaciones.

No obstante, la rutina surgía a cada punto con pesada impertinencia, viéndome obligado a repetir mis razonamientos, sobre todo con los padres de los nuevos alumnos que se presentaban, por lo que publiqué en el *Boletín* el siguiente escrito:

POR QUÉ LA ESCUELA MODERNA NO CELEBRA EXÁMEMES

Los exámenes clásicos, aquellos que estamos habituados a ver a la terminación del año escolar y a los que nuestros padres tenían en gran

predicamento, no dan resultado alguno, y si lo producen es en el orden del mal.

Estos actos, que se visten de solemnidades ridículas, parecen ser instituídos solamente para satisfacer el amor propio enfermizo de los padres, la supina vanidad y el interés egoísta de muchos maestros y para causar sendas torturas a los niños antes del examen, y después, las consiguientes enfermedades más o menos prematuras.

Cada padre desea que su hijo se presente en público como uno de los tantos sobresalientes del colegio, haciendo gala de ser un sabio en miniatura. No le empece que para ello su hijo, por espacio de quince días o un mes, sea víctima de exquisitos tormentos. Como se juzga por el exterior, se viene a la consideración que los dichos tormentos no son tales, porque no dejan como señal el más pequeño rasguño ni la más insignificante cicatriz en la piel.....

La inconsciencia en que se vive con relación a la naturaleza del niño y a lo inicuo de ponerle en condiciones forzadas para que saque de su flaqueza psicológica fuerzas intelectuales, sobre todo en la esfera de la memoria, impide a los padres ver que un rato de satisfacción de amor propio, puede ser la causa, como ha sucedido muchas veces, de enfermedad, de la muerte moral y de la material de sus hijos.

A la mayoría de los profesores, por otra parte, esteriotipadores de frases hechas, inoculadores mecánicos, más que *padres morales* del educando, lo que les interesa en los exámenes es su propia personalidad y su estado económico; su

objeto es hacer ver a los padres y demás concurrentes a los exámenes, que el alumno, bajo su égida, sabe muchísimo, que sus conocimientos en extensión y calidad exceden a lo que se podía esperar de sus cortos años y al poco tiempo que hace ha estado en el colegio de tan peritísimo profesor.

Además de esa miserable vanidad, satisfecha a costa de la vida moral y física del alumno, se esfuerzan, esos determinados maestros, en arrancar plácemes del vulgo de los padres y demás concurrentes ignaros de lo que pasa en la realidad de las cosas, como un reclamo eficacísimo que les garantiza el crédito y el prestigio de la *Tienda Escolar*.

En crudo, somos adversarios impenitentes de los indicados exámenes. En el colegio todo tiene que ser efectuado en beneficio del estudiante. Todo acto que no consiga ese fin, debe ser rechazado como antitético a la naturaleza de una positiva enseñanza. De los exámenes no saca nada bueno y recibe, por el contrario, gérmenes de mucho malo el alumno. A más de las enfermedades físicas susodichas, sobre todo las del sistema nervioso y acaso de una muerte temprana, los elementos morales que inicia en la conciencia del niño ese acto inmoral calificado de examen son: la vanidad enloquecedora en los altamente premiados; la envidia roedora y la humillación, obstáculo de sanas iniciativas, en los que han claudicado; y en unos y en otros, y en todos, los albores de la mayoría de los sentimientos que forman los matices del egoísmo.

Hé aquí razonado nuestro pensamiento por una escritora profesional, en el siguiente artículo tomado del *Boletín* :

EXÁMENES Y CONCURSOS

Al finalizar el año escolar hemos oído, como los años anteriores, hablar de concursos, de exámenes, de premios. Hemos vuelto a ver el desfile de niños cargados de diplomas y de volúmenes rojos, adornados con follajes verdes y dorados ; hemos pasado revista a la multitud de mamás angustiadas por la incertidumbre, y de niños aterrorizados por las temibles pruebas del examen, donde han de comparecer ante un tribunal inflexible a sufrir tremendo interrogatorio, circunstancias que dan al acto cierta desdichada analogía con los que se celebran diariamente en la Audiencia territorial.

Ese es el símbolo de todo el sistema actual de enseñanza.

Porque no se interrumpe solamente nuestro trabajo para sancionarle por marcas y clasificaciones en una época del año, ni en una edad de la vida, sino durante todos nuestros años de estudio y para muchas profesiones durante toda la vida.

Comienza la cosa desde que cumplimos cinco o seis años, cuando se nos enseña a leer : ya en tan tierna edad, se nos obliga a preocuparnos, no tanto de las «historias» que ese nuevo ejercicio nos permite conocer, ni el dibujo más o menos interesante de las letras, como del premio de la lectura que hemos de disputar ; y lo

peor es que se nos hace enrojecer de vergüenza si quedamos rezagados, o se nos infla de vanidad si hemos vencido a los otros, si nos hemos atraído la envidia y la enemistad de nuestros compañeros.

Mientras estudiábamos gramática, cálculo, ciencia y latín, los maestros y nuestros padres no descansaban, como impulsados por acuerdo tácito, procurando persuadirnos que estábamos rodeados de rivales que combatir, de superiores que admirar o de inferiores que despreciar. ¿Con qué objeto trabajábamos? se nos ocurría preguntar alguna vez, y se nos contestaba que ya obtendríamos el beneficio de nuestros esfuerzos o soportaríamos las consecuencias de nuestra pereza; y todas las excitaciones y todos los actos nos inspiraban la convicción de que si alcanzásemos el primer puesto, si lográsemos ser más que los otros, nuestros padres, parientes y amigos, el profesor mismo, nos daría distinguidas muestras de preferencia. Como consecuencia lógica, nuestros esfuerzos se dirigían exclusivamente al premio, al éxito. De ese modo no se desarrollaba en nuestro sér moral más que la vanidad y el egoísmo.

La gravedad del mal aumenta considerablemente en la época en que se entra en la vida. El bachillerato es poco peligroso; se reduce a poco más de una formalidad, pero abre la puerta a gran número de carreras en que los concurrentes se disputan cruelmente el derecho a la existencia. Hasta entonces no comprende el joven que trabaja para sí, que necesita asegurarse por sí mismo su porvenir, y se convencerá cada vez

más que para ello necesita « vencer » a los otros, ser más fuerte o más astuto. De semejante concepción se resiente toda la vida social.

Hemos encontrado en la sociedad hombres de toda condición y de diferentes edades que no hubieran dado un paso ni hecho el menor esfuerzo si no hubieran tenido la íntima convicción de que todos sus méritos les serían contados y pagados íntegramente un día.

Los hombres de gobierno lo saben perfectamente ya que obtienen tanto de los ciudadanos por las recompensas, avances, distinciones y condecoraciones que otorgan. Eso es un resto vivaz del cristianismo. El dogma de la gloria eterna ha inspirado la Legión de Honor. A cada paso encontramos en la vida premios, concursos, exámenes y oposiciones : ¿ hay algo más triste, más feo ni más falso ?

Hay algo más anormal que el trabajo de preparación de los programas : el exceso de trabajo moral y físico que tiene por efecto deformar las inteligencias, desarrollando hasta el exceso ciertas facultades en detrimento de otras que quedan atrofiadas. El menor reproche que se les pueda dirigir consiste en que son una pérdida de tiempo, y frecuentemente llega hasta romper las vidas, hasta prohibir toda otra preocupación personal, familiar o social. Los candidatos serios no deben aceptar las distracciones artísticas, ni pensar en el amor, ni interesarse en la cosa pública, so pena de un fracaso.

¿ Y qué diremos de las pruebas mismas de los concursos, que no sea universalmente conocido ? No hablaré de las injusticias intenciona-

les, aunque de ellas puedan citarse ejemplos; basta que la injusticia sea esencial a la base del sistema. Una nota o una clasificación dada en condiciones determinadas, sería diferente si ciertas condiciones cambiasen; por ejemplo, si el jurado fuese otro, si el ánimo de tal juez, por cualquier circunstancia, hubiese variado. En este asunto la casualidad reina como señora absoluta, y la casualidad es ciega.

Suponiendo que se reconociese a ciertos hombres, en razón de su edad y de sus trabajos, el derecho muy contestable de juzgar el valor de otros hombres, de medirle y sobre todo de comparar entre sí los valores individuales, necesitarían aún estos jueces establecer su veredicto sobre bases sólidas. En lugar de esto, se reducen al mínimum los elementos de apreciación: un trabajo de algunas horas, una conversación de algunos minutos, y con esto basta para declarar si un hombre es más capaz que otro de desempeñar tal función, de dedicarse a tal estudio, o a tal trabajo.

Reposando sobre la casualidad y la arbitrariedad, los concursos y los dictámenes que de ellos resultan gozan de un prestigio y de una autoridad universales, que se imponen, no sólo a los individuos sino también a sus esfuerzos y a sus trabajos. La misma ciencia se halla diplomada: hay una ciencia escogida alrededor de la cual no hay sino medianía; únicamente la ciencia marcada y garantida asegura al hombre que la posee el derecho a vivir.

Denunciamos con complacencia los vicios de este sistema, porque en él vemos una herencia

del pasado tiránico. Siempre la misma centralización, la misma investidura oficial.

Séanos permitido idear sin ser tachados de utopistas, una sociedad en que todos los que quieran trabajar puedan hacerlo, en que la jerarquía no exista, y en que se trabaje por el trabajo y por sus frutos legítimos.

Comencemos por introducir desde la escuela tan saludables costumbres; dedíquense los pedagogos a inspirar el amor al trabajo sin sanciones arbitrarias, ya que hay sanciones naturales e inevitables que bastará poner en evidencia. Sobre todo evitemos dar a los niños la noción de comparación y de medida entre los individuos, porque para que los hombres comprendan y aprecien la diversidad infinita que hay entre los caracteres y las inteligencias es necesario evitar a los escolares la concepción inmutable de *buen* alumno a la que cada uno debe tender, pero de la cual se aproxima *más o menos* con mayor o menor mérito.

Suprimamos, pues, en las escuelas las clasificaciones, los exámenes, las distribuciones de premios y las recompensas de toda clase. Este será el principio práctico.

EMILIA BOIVIN

En el número 6, año quinto, del *Boletín* creí necesario publicar lo siguiente:

NO MÁS CASTIGOS

Recibimos frecuentes comunicaciones de Centros obreros instructivos y Fraternidades repu-

blicanas, quejándose de algunos profesores que castigan a los niños en sus escuelas.

Nosotros mismos hemos tenido el disgusto de presenciar, en nuestras cortas y escasas excursiones, pruebas materiales del hecho que motiva la queja, viendo niños de rodillas o en otras actitudes forzadas de castigo.

Esas prácticas irracionales y atávicas han de desaparecer ; la Pedagogía moderna las rechaza en absoluto.

Los profesores que se ofrecen a la Escuela Moderna y solicitan su recomendación para ejercer la profesión en las escuelas similares, han de renunciar a todo castigo material o moral, so pena de quedar descalificados para siempre. La severidad gruñona, la impaciencia, la ira rayana a veces hasta la sevicia han debido desaparecer con el antiguo *dómine*. En las escuelas libres todo ha de ser paz, alegría y confraternidad.

Creemos que este aviso bastará para desterrar en lo sucesivo tales prácticas, impropias de personas que han de tener por único ideal la formación de una generación apta para establecer una sociedad verdaderamente fraternal, solidaria y justa.

XI

Laicismo y Biblioteca

Tratándose de instituir una escuela racional para preparar dignamente el ingreso de la infancia en la libre solidaridad humana, el problema inmediato al de la determinación de su programa, era el de su biblioteca.

Todo el bagaje instructivo de la antigua pedagogía era una mezcla incoherente de ciencia y fe, de razón y absurdo, de bien y mal, de experiencia humana y de revelación divina, de verdad y error; en una palabra, inadaptable en absoluto a la nueva necesidad creada por el intento de la institución de la nueva escuela.

Si la escuela había estado en todo tiempo, desde la más remota antigüedad, supeditada, no a la enseñanza en su amplio sentido de comunicar a la generación naciente la suma del saber de las generaciones anteriores, sino a la enseñanza concordada con la autoridad y la conveniencia de las clases dominadoras, y por tanto destinada a hacer obedientes y sumisos, es evidente que nada de lo escrito a tal fin podía ser utilizable.

Mas la severidad lógica de tal afirmación no pudo convencerme por el pronto. Resistíame a creer que la democracia francesa, que tan activamente trabajaba por la separación de la Iglesia y del Estado, que de tal modo se había concitado las iras clericales y que había adoptado la enseñanza obligatoria y laica, incurriese en el absurdo de la semi-enseñanza o de la enseñanza sofisticada; pero hube de rendirme a la evidencia contra todo resto de preocupación, primero por la lectura de gran parte de las obras inscriptas en el catálogo del laicismo francés, en que Dios era reemplazado por el Estado, la virtud cristiana por el deber cívico, la religión por el patriotismo, la sumisión y la obediencia al rey, al aristócrata y al clero por el acatamiento al funcionario, al propietario y al patrón; después por la consulta que hice a un notable librepensador que desempeñaba un elevado cargo en el ministerio francés de instrucción pública, quien, expuesto mi deseo de conocer los libros destinados a la enseñanza y depurados de todo error convencional, tras una completa exposición de mi pensamiento y de mis propósitos, me declaró con franqueza y con sentimiento que no había uno siquiera; todos, con un artificio más o menos hábil e insidioso, deslizaban el error, que es el necesario cimiento de la desigualdad social. Preguntado además el mismo sujeto si, ya que el ídolo divino estaba en plena decadencia oficial por haberle sustituído con el ídolo de la dominación oligárquica, había algún libro destinado a enseñanza del origen de la religión, me contestó que no había

ninguno pedagógico destinado a tal objeto, pero después de evocar sus recuerdos, me dijo que conocía uno que me serviría, *Science et Religion*, de Malvert, lo que me proporcionó la satisfacción de comunicarle que ya estaba traducido al español destinado a libro de lectura de la Escuela Moderna, con el título de *Origen del cristianismo*.

Entre la literatura pedagógica española vi algunos trataditos de un ilustrado escritor, versado en ciencias, que había recurrido a escribir más para el negocio de los editores que para la educación e ilustración de los niños. Algunos de aquellos libritos fueron utilizados en un principio en la Escuela Moderna, pero, sin poder rechazarlos por erróneos, adolecían de la falta de inspiración en el ideal emancipador de la razón y del método consiguiente. Busqué al citado autor con el propósito de interesarle en mi propósito y de encargarle que escribiera para la nueva biblioteca, pero un editor le tenía sujeto por un contrato y no pudo complacerme.

En resumen, se inauguró la Escuela Moderna antes de que la creada biblioteca hubiera producido su primera obra, pero ésta, que se publicó poco después, fué una brillante creación que ejerció gran influencia sobre la institución reciente; se trata de *Las Aventuras de Nono*, por Juan Grave, especie de poema en que se parangona con graciosa ingenuidad y verdad dramática una fase de las delicias futuras con la triste realidad de la sociedad presente, las dulzuras del país de Autonomía con los horrores del reino de Argirocracia. El genio de Grave

ha elevado su obra adonde no pueden llegar las censuras de los escépticos antifuturistas, así como ha presentado los males sociales con toda verdad y sin la menor exageración. Su lectura encantaba a los niños, y la profundidad de sus pensamientos sugería a los profesores múltiples y oportunísimos comentarios. Los niños en sus recreos reproducían las escenas de Autonomía, y los adultos, en sus afanes y sufrimientos, veían reflejadas su causa en la constitución de aquella Argirocracia donde imperaba Monadio.

En el *Boletín de la Escuela Moderna* y en diversos periódicos políticos se anunciaron concursos para la adopción y publicación de libros para la enseñanza racional, pero los escritores se retrajeron, limitándome aquí a consignar el hecho sin aventurarme a juzgarle ni a inquirir su causa.

Dos libros edité a continuación dedicados a la lectura escolar. No se escribieron para las escuelas, pero a la Moderna dediqué su traducción, también con éxito brillante: uno el *Cuaderno manuscrito*, otro *Patriotismo y Colonización*, ambos colección de pensamientos de escritores de todos los países presentando las injusticias del patriotismo, los horrores de la guerra y las iniquidades de la conquista. Comprueba el acierto de la elección de tales obras la benéfica influencia ejercida en la inteligencia de los niños, manifestada en la recopilación de pensamientos infantiles publicados en el *Boletín*, y la inquina con que fueron denunciados por la prensa reaccionaria y por los cangrejos del Parlamento.

Muchos han considerado que entre la enseñanza laica y la racionalista no hay diferencia apreciable, y en muchos artículos y discursos de propaganda se ha hablado de esas enseñanzas como perfectamente análogas. Para desvanecer ese error publiqué en el *Boletín* el siguiente artículo :

LA ENSEÑANZA LAICA

La idea *enseñanza* no debiera de ir seguida de ningún calificativo ; responde únicamente a la necesidad y al deber que siente la generación que vive en la plenitud de sus facultades de preparar a la generación naciente, entregándole el patrimonio de la sabiduría humana.

Esto, que es perfectamente racional, se practicará ampliamente en épocas posteriores, que gozarán la dicha de haberse desembarazado de supersticiones y privilegios.

Hallándonos aún en camino de ese ideal, nos vemos frente a frente de la enseñanza religiosa y de la enseñanza política, y a éstas es necesario oponer la racional y científica.

Como tipo de la enseñanza religiosa existe la que se da en las congregaciones monásticas de todos los países, consistente en la menor cantidad posible de conocimientos útiles y recargada de doctrina cristiana e historia sagrada.

Como enseñanza política hay la establecida en Francia poco después de la caída del imperio, encaminada a exaltar el patriotismo y a presentar la administración pública actual como instrumento de buen gobierno.

Se aplica a la enseñanza en determinadas circunstancias la calificación de *libre* o *laica* de una manera abusiva y apasionada, con el fin de extraviar la opinión pública: así llaman los religiosos *escuelas libres* las que pueden fundar contrariando la tendencia verdaderamente libre de la moderna enseñanza, y se denominan *escuelas laicas* muchas que no son más que políticas o esencialmente patrióticas y antihumanitarias.

La enseñanza racional se eleva dignamente sobre tan mezquinos propósitos.

En primer lugar no ha de parecerse a la enseñanza religiosa, porque la ciencia ha demostrado que la creación es una leyenda y que los dioses son mitos, y por consiguiente se abusa de la ignorancia de los padres y de la credulidad de los niños, perpetuando la creencia en un sér sobrenatural, creador del mundo, y al que puede acudirse con ruegos y plegarias para alcanzar toda clase de favores.

Ese engaño, desgraciadamente tan generalizado aún, es causa de graves males, cuyos efectos se han de prolongar todavía en relación con la existencia de la causa.

La misión de la enseñanza consiste en demostrar a la infancia, en virtud de un método puramente científico, que cuanto más se conozcan los productos de la naturaleza, sus cualidades y la manera de utilizarlos, más abundarán los productos alimenticios, industriales, científicos y artísticos útiles, convenientes y necesarios para la vida, y con mayor facilidad y profusión saldrán de nuestras escuelas hom-

bres y mujeres dispuestos a cultivar todos lo ramos del saber y de la actividad, guiados por la razón e inspirados por la ciencia y el arte, que embellecerán la vida y justificarán la sociedad.

No perdamos, pues, el tiempo pidiendo a un dios imaginario lo que únicamente puede procurarnos el trabajo humano.

No ha de parecerse tampoco nuestra enseñanza a la política, porque habiendo de formar individuos en perfecta posesión de todas sus facultades, ésta le supedita a otros hombres, y así como las religiones, ensalzando un poder divino han creado un poder positivamente abusivo y han dificultado la emancipación humana, los sistemas políticos la retardan acostumbrando a los hombres a esperarlo todo de las voluntades ajenas, de energías de supuesto orden superior, de los que por tradición o por industria ejercen la profesión de gobernantes.

Demostrar a los niños que mientras un hombre depende de otro hombre se cometerán abusos y habrá tiranía y esclavitud, estudiar las causas que mantienen la ignorancia popular, conocer el origen de todas las prácticas rutinarias que dan vida al actual régimen insolidario, fijar la reflexión de los alumnos sobre cuanto a la vista se nos presenta, tal ha de ser el programa de las escuelas racionalistas.

No perdamos, pues, el tiempo pidiendo a otros lo que nos corresponde y podemos obtener nosotros mismos.

Trátase en suma de inculcar a los cerebros infantiles la idea de que al ser mayores obten-

drán más bienestar en la vida social cuanto más se instruyan, cuanto mayores sean los esfuerzos que ellos mismos hagan para procurárselo ; y que más cerca estará el día de la felicidad general cuanto más pronto se hayan desprendido de todas las supersticiones religiosas y similares que hasta ahora han sido la causa de nuestro malestar moral y material.

Por esta razón suprimimos en nuestras escuelas toda repartición de premios, de regalos, de limosnas, todo porte de medallas, triángulos y cintajos por ser imitaciones religiosas y patrióticas, propias únicamente para mantener la fe en talismanes y no en el esfuerzo individual y colectivo de los seres conscientes de su valor y de su saber.

La enseñanza racional y científica ha de persuadir a los futuros hombres y mujeres que no han de esperar nada de ningún sér privilegiado (ficticio o real); y que pueden esperar todo lo racional de sí mismos y de la solidaridad libremente organizada y aceptada.

A fin de dar la necesaria extensión a la biblioteca de la Escuela Moderna, publiqué en el *Boletín* y en la prensa local los siguientes anuncios:

A LOS INTELECTUALES

La Escuela Moderna hace un llamamiento vehemente a cuantos escritores amen la ciencia y se interesen por el porvenir de la humanidad, para que propongan obras de texto dirigidas a

emancipar al espíritu de todos los errores de nuestros antepasados y encaminar la juventud hacia el conocimiento de la verdad y la práctica de la justicia, librando al mundo de dogmas autoritarios, sofismas vergonzosos y convencionalismos ridículos, como los que desgraciadamente forman el mecanismo de la sociedad presente.

CONCURSO DE ARITMÉTICA

Considerando que de la manera como ha sido comprendido hasta el presente el estudio de la aritmética, es uno de los más poderosos medios de inculcar a los niños las falsas ideas del sistema capitalista, que tan pesadamente gravita sobre la sociedad actual; que por él se incita a los alumnos a atribuir al dinero un valor que no debe tener, la Escuela Moderna abre un Concurso para la renovación del estudio de la aritmética e invita a que a él concurran los amigos de la enseñanza racional y científica que se ocupan especialmente de matemáticas para la composición de una recopilación de problemas fáciles, verdaderamente prácticos y en los cuales no se trate de dinero, de ahorro ni de ganancia. Los ejercicios deberán versar sobre la producción agrícola y manufacturera, la buena repartición de las materias primeras y de los objetos fabricados, los medios de comunicación y de transporte de las mercancías, el trabajo humano comparado con el mecánico y ventajas de las máquinas, los trabajos públicos, etc., etc. En una palabra, la Escuela Moderna desea un conjunto de problemas por el

que la aritmética resulte lo que debe ser en realidad: la ciencia de la economía social, tomando la palabra *economía* en su sentido etimológico de *buena distribución.*

Los ejercicios se desarrollarán sobre las cuatro operaciones fundamentales (números enteros, decimales y fraccionarios), el sistema métrico, las proporciones, mezclas y aleaciones, los cuadrados y cubos de los números y la extracción de raíces cuadradas y cúbicas.

Considerando que las personas que respondan a este llamamiento, más han de inspirarse en el sentimiento altruista de educar y enseñar bien a la infancia, que en una idea de beneficio individual, y deseando separarse de la rutina generalmente seguida en estos casos, no nombraremos jurado calificador ni prometeremos premios. La Escuela Moderna editará la Aritmética que más responda a su objeto y se entenderá amistosamente con el autor para la recompensa.

A LOS SEÑORES PROFESORES

A cuantos se dedican a la enseñanza con el noble propósito de educar racionalmente las nuevas generaciones y de iniciarlas en la práctica de sus deberes, para estimularlas a que no abdiquen jamás del goce de sus derechos, rogamos fijen su atención en los anuncios del *Compendio de Historia Universal,* por Clemencia Jacquinet, y las *Aventuras de Nono,* por Juan Grave, insertas en la cubierta.

Las obras que la Escuela Moderna edita y las

que se propone seguir editando, se destinan a instituciones libres de enseñanza racionalista, círculos de estudios sociales y padres de familia, enemigos de la limitación intelectual que el dogma en sus diversas manifestaciones de religioso, político y social impone para que continúe preponderante y victorioso el privilegio a expensas de la ignorancia de los desheredados.

Todos los enemigos del jesuitismo y de las mentiras convencionales, así como de los errores transmitidos por la tradición y la rutina, hallarán en nuestras publicaciones la verdad sancionada por la evidencia.

Como no inspiramos nuestros propósitos en la idea de lucro, las condiciones de venta apenas representan el valor intrínseco o el coste material, y si algún beneficio resultase a la larga siempre quedaría a beneficio de las publicaciones sucesivas.

En el número 6 del año 2.º del *Boletín*, publiqué el siguiente artículo y la contestación de Reclus a una demanda que le hice, que me complazco en insertar a continuación por la elevación con que trata un asunto interesantísimo relacionado íntimamente con mi concepto de la enseñanza racionalista:

LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA

Toda la historia de la ciencia moderna, comparada con la escolástica de la Edad Media, puede resumirse en una palabra: «vuelta a la naturaleza.» Para aprender, tratemos antes de

comprender. En vez de raciocinar sobre lo inconcebible, comencemos por ver, por observar y estudiar lo que se halla a nuestra vista, al alcance de nuestros sentidos y de nuestra experimentación.

Sobre todo en geografía, es decir, precisamente en el estudio de la naturaleza terrestre, conviene proceder por la vista, por la observación directa de esta Tierra que nos ha hecho nacer y que nos da el pan que nos alimenta; pero la enseñanza de la geografía, como viene continuándose aún en nuestras escuelas, lleva la marca de los tiempos escolásticos: el profesor pide al alumno un acto de fe, pronunciado además en términos cuyo sentido no domina; recita de corrido los nombres de los «cinco ríos de Francia, de tres cabos, de dos golfos y de un estrecho», sin referir esos nombres a ninguna realidad precisa. ¿Cómo podría hacerlo, si el maestro jamás le presenta ninguna de las cosas de que habla y que se hallan, no obstante, en la misma calle, ante la puerta de la escuela, en los arroyos y los charcos de agua que forman las lluvias?

¡Volvamos, pues, a la naturaleza!

Si tuviese la dicha de ser profesor de geografía para niños, sin verme encerrado en un establecimiento oficial o particular, me guardaría bien de comenzar por poner libros y mapas en manos de mis infantiles compañeros; quizá ni pronunciaría ante ellos la palabra griega «geografía», pero sí les invitaría a largos paseos comunes, feliz de aprender en su compañía.

Siendo profesor, pero profesor sin título, cui-

daría mucho de proceder con método en esos paseos y en las conversaciones suscitadas por la vista de los objetos y de los paisajes. Es evidente que el primer estudio debe variar en sus detalles según la comarca que se habite: nuestras pláticas no tendrían el mismo aspecto en un país llano que en otro montañoso, en las regiones graníticas que en las calcáreas, en una playa o a la orilla de un río que en un páramo; en Bélgica no hablaría lo mismo que en los Pirineos o en los Alpes. Nuestro lenguaje en ninguna parte sería absolutamente idéntico, porque en todas hay rasgos particulares e individuales que señalar, observaciones preciosas que recoger que nos servirían de elementos de comparación en otros distritos.

Por monótono y pobre que fuese nuestro punto de residencia, no faltaría la posibilidad de ver, si no montañas o colinas, al menos algunas rocas que rasgaran la vestidura de tierras más recientemente depositadas; por todas partes observaríamos cierta diversidad de terrenos, arenas, arcillas, pantanos y turbas, probablemente también areniscas y calcáreas; podríamos seguir el margen de un arroyo o de un río, ver una corriente que se pierde, un remolino que se desarrolla, un reflujo que devuelve las aguas, el juego de las arrugas que se forma en la arena, la marcha de las erosiones que despojan parte de una ribera y de los aluviones que se depositan sobre los bajíos. Si nuestra comarca fuese tan poco favorecida por la naturaleza que careciese de arroyo en nuestras inmediaciones, a lo menos habría alguna vez agua-

ceros que nos suministrarían arroyos temporales con sus cauces, acantilados, rápidos, contenciones, compuertas, circuitos, revueltas y confluentes; en fin, la variedad infinita de fenómenos hidrológicos.

¿Pues y en el cielo? En él podemos estudiar la serie infinita de los movimientos de la Tierra y de los Astros: la mañana, el medio día, el crepúsculo y la obscuridad en que se descubren las estrellas; las nieves y las nubes que reemplazan al cielo azul, y luego los grandes y raros espectáculos de la tempestad, el relámpago, el arco iris y acaso la aurora boreal. Todos esos movimientos celestes comenzarán a precisarse en nuestro entendimiento por una matemática inicial, ya que todos los astros siguen un camino trazado de antemano y que les vemos pasar sucesivamente por el meridiano, dándonos así la ocasión de precisar los puntos cardinales y de reconocer los diversos puntos del espacio.

A estos paseos alrededor de nuestra residencia habitual, las circunstancias de la vida podrían añadir largas excursiones, verdaderos viajes, dirigidos con método, porque no se trata de correr al azar, como aquellos americanos que dan su «vuelta al Mundo Antiguo», y que suelen hacerse más ignorantes a fuerza de amontonar desordenadamente lugares y personas en sus cerebros, confundiéndose todo en sus recuerdos: los bailes de París, la revista de la guardia de Postdam, las visitas al papa y al sultán, la subida a las pirámides y la adoración al Santo Sepulcro. Tales viajes son de lo más funesto que pueda imaginarse, porque matan la

potencia de admiración que ha de crecer en el individuo al mismo tiempo que su conocimiento, y acaban por estragarle de modo que llega a despreciar toda belleza. Recuerdo, a propósito, la sensación de horror que experimenté oyendo a un joven guapo, muy instruído, muy desdeñoso, y tan tonto como sabio, decir perezosamente acerca del mont Blanc: «¡Ah sí; es necesario que yo vea esa camama!»

Para evitar semejantes aberraciones es importante proceder a las excursiones y a los viajes con el mismo cuidado del método que en el estudio ordinario para la enseñanza; pero es preciso evitar también todo pedantismo en la dirección de los viajes, porque ante todo el niño ha de encontrar en ellos su alegría: el estudio debe presentarse únicamente en el momento psicológico, en el preciso instante en que la vista y la descripción entren de lleno en el cerebro para grabarse en él para siempre. Preparado de ese modo, el niño se encuentra ya muy adelantado, aunque no haya seguido lo que se llama un curso: el entendimiento se halla abierto y tiene deseo de saber.

* * *

Tarde o temprano, siempre demasiado pronto, llega el tiempo en que la cárcel de la escuela encierra al niño entre sus cuatro paredes; y digo *cárcel*, porque el establecimiento de educación lo es casi siempre, ya que la palabra *escuela* perdió hace mucho tiempo su primera significación griega de *recreo* o de *fiesta*. Apare-

cen los libros y con ellos la primera lección oficial de geografía que pronuncia el profesor ante sus alumnos; ha llegado el momento de someterse a la rutina y de poner en las manos del niño un atlas sellado por el Consejo de Instrucción pública. Por mi parte me guardaré de tocarle; ante todo deseo ser perfectamente lógico en mis explicaciones: después de haber dicho que la Tierra es redonda, que es una bola que rueda en el espacio como el sol y la luna, no había de presentar su imagen en forma de una hoja de papel cuadrangular con figuras coloreadas que representan Europa, Asia, Africa, Australia, ¡las dos mitades del Nuevo Mundo!

¿Cómo salir de esta contradicción flagrante? Habré de imitar a los antiguos magos pidiendo que se me crea bajo la fe de mi palabra, o me veré obligado a intentar que los niños comprendan que la esfera se ha cambiado en planisferio; es decir, a ver si comprendo bien la asociación de estas dos palabras *esfera plana*; pero la explicación quedará forzosamente coja, porque sólo es posible por medio de las altas matemáticas, no accesibles aún a los niños. Es preciso que el profesor, en el umbral de su clase, no atente al perfecto compañerismo de inteligencia que debe existir entre los alumnos y él para la comprensión de las cosas.

Además, sé por experiencia que esos mapas, de escalas y de proyecciones desiguales, harían tanto daño a mis alumnos como el que causaron a mí mismo, y el que sin duda habrán causado al lector; porque nadie logra borrar completamente las impresiones contradictorias

que recibió por esos diversos mapas, ya que según las proyecciones que hemos visto sucesivamente, las formas geográficas han tomado un aspecto flotante e indeciso, y las proporciones entre las diferentes comarcas no se presentan con limpieza a nuestra consideración, porque las hemos percibido en los atlas de toda clase con múltiples deformaciones, infladas o enflaquecidas, estiradas, prolongadas o truncadas en diversos sentidos, y por consecuencia, nuestra fuerza de prensión intelectual queda embotada: seguros de antemano de no alcanzar la precisión de vista, ni siquiera tratamos de obtenerla.

Para evitar esa indiferencia que impide la sinceridad y el ardor en el estudio, es, pues necesario, indispensable, proceder a la fijación de las formas y de los puntos mayores de la geografía por el empleo de globos escolares, respecto del cual el profesor debe observar una intransigencia absoluta, siéndole verdaderamente imposible servirse de mapas sin traicionar la causa misma de la enseñanza que se le ha confiado.

¿Cuál es el globo mejor como objeto escolar? En mi concepto, una simple bola sostenida sobre un aparato de madera al lado del maestro, quien la toma, la mueve y la confía a sus alumnos. Las líneas que trace en ella han de ser sencillas: dos achatamientos indican los polos: una línea negra sobre el vientre marca el ecuador; después, cuando llega el caso de hablar del vaivén de las estaciones, se añade el trazado de la eclíptica de una parte y de otra del ecuador: nada de meridianos ni paralelos

de latitud; eso vendrá después; basta indicar el punto en que se encuentra la escuela, corresponda a Bruselas o cualquiera otra población de la superficie de la Tierra; además, puede trazarse de polo a polo sobre ese primer punto el meridiano inicial. Tal ha de ser el primer globo, que estará impregnado de barniz graso que se pueda dibujar con yeso y borrar, lo que permitirá al maestro hacer sus demostraciones y marcar sus viajes teóricos sobre la redondez planetaria.

Después utilizarán los alumnos otros globos con ventaja, sobre todo si los han manejado ellos mismos y han trazado con propia mano los continentes, los mares y todo cuanto se les enseñó en la escuela. En esto consiste el verdadero método: ver, crear de nuevo, y no repetir mnemónicamente.

No cabe dudarlo: por la vista directa del globo, reproducción proporcional y exacta de la Tierra misma, ha de procederse a la primera educación geográfica del niño; pero esta enseñanza será pronto detenida por la exigüidad del instrumento. Un globo a la 40 millonésima, de un metro de circunferencia, no deja de ser una máquina pesada, difícil de manejar, sobre todo por niños, y la dificultad crece en proporción geométrica con las dimensiones del objeto, porque si el globo se construye a la escala de la 20 millonésima, con dos metros de circunferencia, se necesita suspenderle del techo para moverle con el dedo, según las necesidades de la enseñanza. Por último, un instrumento esférico de mayores dimensiones, bajo la forma ordina-

ria, se hace de tal manera incómodo que no se sabe donde guardarle, acabando por quedar olvidado en el depósito de los trastos inútiles. Así acabaron los grandes globos de Olearius y de Coronelli, que, por otra parte, carecerían de valor geográfico en nuestros días.

Pero si las esferas de esas dimensiones considerables estorban demasiado para que se les coloque en las salas de nuestras escuelas y de nuestras bibliotecas y en las naves de nuestros institutos, no por eso se les debe descuidar en la enseñanza; al contrario, conviene establecerlas como monumentos distintos, con su arquitectura especial y original, constituyendo una nueva rama del arte moderno, como parece empieza a comprenderse ya, a pesar de que los resultados hasta ahora obtenidos no pasan de medianos. Los grandes globos construídos, especialmente el de 40 metros de circunferencia (escala a la millonésima) que se vió en la exposición de París de 1889, no tenían absolutamente significación desde el punto de vista de la geografía precisa, y su único mérito, que no era de desdeñar, consistía en mostrar a los paseantes admirados la enormidad de los mares, comparados con nuestros pequeños territorios políticos, y el valor relativo en extensión de las diversas comarcas. La obra del porvenir impondrá a cada gran ciudad la construcción de un globo de grandes dimensiones a la millonésima, a la 500,000.ª, a la 100,000.ª, o más aún; reproduciendo la verdadera forma de la corteza terrestre con su relieve exacto. Proyectos detallados de esas construcciones futuras

han sido ya presentados al público, y estamos en época en que la ejecución puede comenzarse con toda seguridad. Los astrónomos, anticipándose a los geógrafos modernos, han comprendido la conveniencia de la construcción del relieve lunar en grandes proporciones.

Es indudable que esos monumentos científicos serán imprescindibles para la enseñanza del público adulto; pero aquí hablamos de las lecciones dedicadas a los alumnos de nuestras escuelas, donde no caben los globos de gran diámetro. No importa: si hay dificultad de exhibir el globo, ¿quién nos impide mostrar fragmentos? Si un globo es demasiado grande, se pueden hacer cortes de todas dimensiones. ¡He aquí un segmento a la 10 millonésima! ¡otro a la 5 millonésima! ¡Hasta la 100 milésima, la Suiza de Person, parte de un globo de 400 metros de circunferencia!

Ya que se han encontrado los medios industriales, pueden en lo sucesivo hacerse discos de todas las escalas en la proporción conveniente, y, nótese bien, no se trata sólo de geografía, sino también de astronomía, y vosotros, escrutadores de lo que se llama la «esfera celeste», tendréis ventajas en serviros de discos globulares en hueco como nosotros la hemos tenido sirviéndonos de los discos convexos. Los errores de los mapas planos son los mismos para vosotros que para nosotros; puedo, pues, en toda confianza contar con vosotros para tomar parte en el movimiento pacíficamente revolucionario que intentamos en las escuelas y matapotecas.

Hablamos de progreso, pero considerado desde cierto punto de vista, nos hallamos en un período, si no de retroceso, al menos de mudanzas desagradables, y hemos de recorrer mucho camino para alcanzar un período correspondiente en grandeza al de las edades babilónicas. Los recuerdos más lejanos de la antigüedad nos presentan la Caldea, aquel país donde en cada población sobresalía una «Torre de Estrellas». Sobre las habitaciones bajas se elevaba siempre el observatorio; los hermosos jardines aéreos de la legendaria Semíramis poetizaban con su frondosa vegetación y con el canto de sus pájaros la alta torre superior desde la que los astrónomos interrogaban los espacios celestes. No había ciudad completa si no poseía uno de esos templos de la ciencia consagrados al estudio de la Tierra y del Cielo.

Una leyenda harto conocida refiere que los hombres, unidos en un solo pueblo y trabajando a la erección de uno de esos edificios del saber, la torre de Babel, se encontraron repentinamente afectos de ignorancia mutua los unos por los otros, y no comprendiéndose, partieron cada uno por su lado y quedaron convertidos en extranjeros y enemigos. Actualmente hablamos de nuevo una lengua común, la del estudio científico; nada nos impide unirnos aún más estrechamente que nunca; ya hemos llegado al tiempo en que sin temor podemos renovar la construcción comenzada. De esperar es que en un porvenir próximo cada población construirá su nueva «Torre de Estrellas» donde los ciudadanos acudan a observar cómoda-

mente los fenómenos del Cielo e instruirse en las maravillas de la Tierra, el planeta natal.

ELÍSEO RECLUS

Después de leído el precedente artículo, escribí al Instituto Geográfico de Bruselas pidiéndole me recomendara un libro de texto para la enseñanza de la geografía, cuya petición fué contestada por el insigne geógrafo Reclus con la siguiente carta:

SR. FERRER GUARDIA:

Querido amigo: En mi concepto no hay texto para la enseñanza de la geografía en las escuelas primarias. No conozco uno solo que no esté inficionado del veneno religioso, del patriótico, o, lo que es peor aún, de la rutina administrativa.

Por otra parte, cuando los niños tienen la dicha, que seguramente tendrán en la Escuela Moderna, de hallarse bajo la dirección de profesores inteligentes y amantes de su profesión, ganan con no tener libros. La enseñanza oral, sugestiva, dada por el que sabe a los que comprenden, es la mejor. Después de haber recogido la semilla dan la cosecha por la redacción de notas y la construcción de mapas. No obstante, puede admitirse que, hasta para los profesores, la literatura geográfica se enriquezca con un manual que sirva de guía y de consejo en la enseñanza de esta ciencia.

¿Quiere V. que me dirija para ello a N..., persona que me parece capaz de escribir esta obra perfectamente en el criterio indicado?

Le saluda cordialmente su amigo

ELÍSEO RECLUS

Bruselas 26 de febrero de 1903.

En el número 7 del *Boletín* publiqué el siguiente prefacio al segundo libro de lectura titulado

ORIGEN DEL CRISTIANISMO

La antigua pedagogía, la que tenía por objeto positivo, aunque no declarado, enseñar al pueblo la inutilidad del saber, a fin de que, acomodándose a las privaciones materiales en la vida, soñase compensaciones celestiales de felicidad imperecedera o temiese castigos eternos, solía rellenar los libros de primera lectura de la infancia con cuentecillos, anécdotas, relatos de viajes, trozos de literatura clásica, etc.

Con esa mezcla de lo bonito y lo útil iba el error; se llenaba un fin social inicuo; puesto que lo único que arraigaba en la inteligencia era la idea mística, la que establece relaciones entre un poder sobrenatural y los hombres por mediación de sus sacerdotes, base fundamental de la existencia de privilegiados y desheredados en la sociedad, culpable de todas las injusticias que, según su posición, sufren y practican los hombres.

Entre muchos libros de la clase indicada, afectos todos del mismo mal, recordamos uno que inserta un discurso académico, maravilla de elocuencia española, destinado a ensalzar la Biblia, cuya síntesis, entre galas insuperables de lenguaje, es la bárbara sentencia de Omar condenando al fuego la Biblioteca de Alejandría: «en el libro santo está la verdad única y absoluta: si todos esos libros son verdaderos, sobran; si no lo son, merecen el fuego.»

La Escuela Moderna, que aspira a formar inteligencias libres, responsables, aptas para vivir en el desarrollo total de las facultades humanas, fin exclusivo de la vida, necesariamente había de adoptar para el caso concreto de la formación de su libro de segunda lectura una composición diferente, de acuerdo con su método de enseñanza, y a este fin, enseñando verdades comprobadas, sin desinteresarse de la lucha entablada entre la luz y las tinieblas, ha creído necesario presentar un trabajo crítico que, con datos positivos e irrefutables, ilumine la inteligencia del alumno, si no en el período de la infancia, después, hombre ya, cuando intervenga en el mecanismo social, y en él tropiece con los errores, los convencionalismos, la hipocresía y las infamias que se ocultan bajo el manto del misticismo.

Abona esta composición la circunstancia importante de que nuestros libros no se dirigen exclusivamente a la infancia, sino que sirven también para las escuelas de adultos que por todas partes se crean por iniciativa de multitud de sociedades obreras, librepensadoras, coope-

rativas, recreativas, círculos de estudios sociales y cuantas agrupaciones progresivas e ilustradas existen y se forman, ansiosas de combatir ese analfabetismo que sostiene la tradición y es naturalmente refractario al progreso.

Al efecto juzgamos perfectamente adecuado el presente extracto que, con el título de *Origen del Cristianismo,* hemos formado del libro, *Ciencia y Religión,* de Malvert, donde los mitos, los dogmas y las ceremonias se presentan en su sencillez primitiva, unas veces como símbolo exotérico que oculta una verdad para el iniciado y deja al ignorante una conseja, y otras como una adaptación de creencias anteriores, impuesta por la torpe rutina y conservada por la malicia utilitaria.

Firmes en nuestra convicción, posesionados con la prueba de la evidencia de que nuestro propósito y nuestro trabajo es racional y útil, lo damos al público, deseando que dé todo el fruto que de él nos hemos prometido, restándonos observar que algunas supresiones necesarias para la infancia, indicadas con puntos suspensivos, pueden hallarlas los hombres en la edición completa.

F. FERRER GUARDIA»

XII

Conferencias dominicales

No se limitó la Escuela Moderna a la acción pedagógica. Sin olvidar un momento su carácter predominante y su objeto primordial, se dedicó también a la instrucción popular, organizando una serie de conferencias dominicales públicas, a que acudían los alumnos, sus familias y gran número de trabajadores deseosos de aprender.

Las primeras conferencias carecieron de método y de la continuidad necesaria, por haber de recurrir a conferenciantes, competentes en determinados asuntos, que exponían en una sola conferencia sin relación con la anterior ni con la siguiente. Otras veces, por falta de conferenciantes se daban interesantes lecturas que suplían, sin desventaja, a las conferencias orales.

El público concurría con asiduidad, y los anuncios, previamente publicados en la prensa liberal de la localidad, eran perfectamente atendidos.

En vista de estos resultados y deseando aprovechar tan buenas disposiciones populares,

celebré un convenio con los doctores D. Andrés Martínez Vargas y D. Odón de Buen, catedráticos de la Universidad de Barcelona, para crear en la Escuela Moderna una Universidad popular, en la que aquella ciencia que en el establecimiento del Estado se da, o mejor dicho, se vende a la juventud privilegiada, se diera gratuíta al pueblo, como una especie de restitución, ya que todo sér humano tiene derecho a saber, y la ciencia no debe vincularse en una clase para ser producto de los observadores, sabios y trabajadores de todas las épocas y de todos los países.

En efecto, las conferencias adquirieron entonces continuidad y verdadera regularidad, con arreglo a la especialidad de los conocimientos de ambos conferenciantes. El Dr. Martínez Vargas explicó fisiología e higiene y el Dr. De Buen, geografía y ciencias naturales, alternando, desde entonces, los domingos, hasta que se inició la persecución, y sus explicaciones eran ávidamente recogidas por los alumnos de la Escuela Moderna y por los asiduos concurrentes, formando aquel auditorio de niños y adultos un bellísimo conjunto que en una de las reseñas que de las conferencias se publicaban constantemente en la prensa liberal de Barcelona, fué calificado por un periodista, de «misa de la ciencia».

Los eternos apaga-luces, los que fundan sobre las tinieblas de la ignorancia popular el sostenimiento de sus privilegios, sufrieron mucho al ver aquel foco de ilustración que brillaba con tanta intensidad, y no sería poca su complacen-

cia al ver a la autoridad, puesta a su servicio, extinguirle brutalmente.

Al dedicar este recuerdo a aquellos grandiosos hechos me anima el propósito de renovarlos sobre bases más firmes que pueden llegar a ser indestructibles.

Recuerdo con sensación placentera aquella hora semanal dedicada a la confraternidad por la cultura.

Inauguró las conferencias el 15 de diciembre de 1901, D. Ernesto Vendrell, presentando a Hipatía, como mártir de las ideas generales de Ciencia y de Belleza, víctima de aquel fanatismo del obispo Cirilo.

Siguieron en los domingos sucesivos diferentes conferenciantes, como queda indicado, hasta que en 5 de octubre de 1902 se normalizaron las conferencias constituyendo dos cursos científicos.

En aquel día el Dr. D. Andrés Martínez Vargas, catedrático de enfermedades de la infancia en la Facultad de Medicina de Barcelona, dió su primera lección disertando sobre la higiene escolar, exponiendo en términos sencillos, al alcance de la inteligencia de los niños, las principales nociones higiénicas, y el Dr. D. Odón de Buen, catedrático de la Facultad de Ciencias, expuso la utilidad del estudio de la Historia Natural.

La prensa en general se manifestó simpática a la Escuela Moderna ; pero a la aparición del programa del tercer año escolar desentonaron dos diarios locales : *El Noticiero Universal* y el *Diario de Barcelona*. Dijo éste y aquél repro-

dujo lo siguiente, que merece recordarse como manera típica con que la prensa conservadora trata los asuntos progresivos:

«Hemos visto el prospecto de un centro de enseñanza establecido en nuestra ciudad, en el que se prescinde de «dogmas y sistemas», pues se propone librar al mundo de «dogmas autoritarios, sofismas vergonzosos y convencionalismos ridículos.» Nos parece que todo eso quiere decir que lo primero que se enseñará a los alumnos y alumnas, pues la escuela es mixta, es a negar la existencia de Dios, con lo que se formarán buenos hijos, y en particular jóvenes destinadas a ser buenas esposas y madres de familia a su manera...» Continuando con irónico estilo, argumenta como mejor le parece y termina con esta insidiosa indicación: «La tal escuela cuenta con el concurso de dos doctores, catedrático el uno de Ciencias Naturales (don Odón de Buen), y el otro de la Facultad de Medicina. A este no le nombramos por si se hubiese padecido algún error al incluir su nombre entre los que prestan su apoyo a semejante obra.»

Afortunadamente los daños que causa la prensa se remedian con la prensa misma, y a la insidia clerical respondió *El Diluvio* con amplitud y energía.

LOS CLERICALES DESPECHADOS

El *Brusi* como autor y *El Noticiero* por tijeretearlo, ambos han cometido el más ridículo dislate con la publicación de un suelto contra

una escuela laica que funciona en Barcelona con aplauso de todos los ciudadanos liberales, que son mayoría en esta democrática ciudad; nos referimos a la Escuela Moderna, la cual, con motivo de la inauguración del próximo curso, ha pasado circulares repartidas como encaje en todos los periódicos locales, excepto, suponemos, en el *Brusi* y en su apéndice *El Noticiero*, que, con objeto, sin duda, de halagar su clientela, han tirado contra la entidad laica de la calle de Bailén.

No vamos a defender a la Escuela Moderna, porque nuestros lectores no necesitan para enterarse de la bondad de ella el reclamo, que, por otra parte, no hace falta a la Escuela; sus invectivas han sólo demostrado que el *Brusi*, con toda su religiosidad, no está exento de odios ni despechos, ni de mentir de la manera descubierta que lo hace en el suelto aquel que rezuma mala fe por todos lados. Dice el rancio periódico que en la Escuela expresada se enseña a no creer en Dios, a hacer escarnio de la religión y no sabemos cuántos horrores más que el *Diario* vetusto ha visto espantado en las palabras «Ni dogmas ni sistemas» con que la entidad de referencia revela su organización, del todo independiente. No, rancio periódico, no; anda usted muy desconcertado y falta a la verdad al decir que en aquel centro de enseñanza se niega a Dios e inculca tal creencia en los niños; eso no lo ha leído en ningún párrafo del prospecto de referencia. Lo que ha escocido al *Brusi*, haciéndole derramar todo el despecho y mala fe impropios de un cristiano de veras, es

este párrafo : «Ni dogmas ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva ; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, esto es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento y, aplicadas a la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivismos repugnantes. »

Eso le ha llegado a la entraña al *Diario de Barcelona*, que no puede resignarse a que la enseñanza laica barra a la clerical; a que los rezos de las escuelas conventuales se conviertan en cánticos a la Libertad y a la Ciencia pura; a que el párroco ignorante y el religioso astuto, ladrón de inteligencias y tirano de cerebros cohibidos, sean sustituídos por el profesor independiente que deja a un lado la religión para infundir conocimientos en absoluto laicos basados en la Naturaleza y en la Ciencia. El *Brusi* sabe con toda certeza que en esas escuelas laicas cuyo avance ya le arredra, no se enseña nada contra la religión ni el dogma ; no preocupan allí tales cuestiones porque creen que los sentimientos religiosos deben nacer e infundirse a los pequeñuelos en el seno del hogar doméstico ; hay en tales centros de enseñanza la sana convicción de que en ellos debe formarse el hombre de ciencia y de conocimientos humanos, al paso que la familia, y la sociedad luego,

deben formar al hombre de creencias religiosas si esas son sus inclinaciones. Y no venga el rancio periódico con afirmaciones de que en tales enseñanzas (en las ateas) se han formado los anticlericales, porque ahí están los Voltaire, los Volney, los Darwin, los Víctor Hugo, los Zola, los Combes y demás pléyade de hombres insignes y espíritus independientes que, educados todos por jesuitas, frailes o curas, y conocedores profundos del mal disfrazado de bien en que se criaron, se han vuelto contra aquéllos y han demolido el edificio clerical con la fuerza de su talento, con las armas de su saber y las energías de su voluntad. Ni venga, por tanto, el *Brusi* con alarmas y razones infundadas que pueden hacer mella en familias apocadas o en cerebros menguados; reconozca con nobleza que la educación clerical pierde bríos a medida que invade el terreno de la enseñanza la escuela liberal; y al menos cállese y resígnese ante la propaganda lícita que hacen los ciudadanos liberales en pro de la enseñanza laica frente a frente de la otra, de la monástica, retrógrada y medioeval, en pugna con las sociedades y conocimientos progresivos actuales. Créanos el vetusto *Diario*: si continúa su insensata labor, el vacío que há tiempo le rodea le dejará solo y aislado, aun por parte de aquellos que, siguiéndole por tradición, no llevan tan lejos su mojigatería ni juzgan prudente enseñar la oreja en tanta cantidad.

XIII

Resultados positivos

Al comenzar el segundo año escolar publiqué e hice circular el siguiente programa:

Confirmamos nuestro programa anterior: probado por el éxito, sancionada la teoría por la práctica, el criterio que desde un principio informó nuestro propósito y que preside la vida de la Escuela Moderna, queda firme e invariable.

La ciencia es la exclusiva maestra de la vida: inspirada en este lema, la Escuela Moderna se propone dar a los niños sometidos a su cuidado *vitalidad cerebral propia,* a fin de que cuando se emancipen de su racional tutoría, continúen siendo en el mundo social enemigos mortales de prejuicios de toda clase, propendiendo a formarse convicciones razonadas, propias, sobre todo lo que sea objeto del pensamiento.

Además, como no se educa cumplidamente disciplinando sólo la inteligencia, sino que ha de contarse con el sentimiento y la voluntad, en la educación del alumno ponemos exquisito cuidado para que las representaciones intelectuales sugeridas al educando, se transformen en jugo de sentimiento; porque éste, cuando adquiere cierto grado de intensidad, se difunde de modo inefable por todo el sér, colorando y perfilando el carácter de la persona. Y como la vida práctica, o sea la conducta del hombre,

gira indefectiblemente dentro del círculo del carácter, el joven educado por semejante manera ha de convertir la ciencia en maestra única y benéfica de la vida.

Para completar nuestro criterio es necesario indicar que somos entusiastas partidarios de la enseñanza *mixta*, que consiste en que los niños y las niñas obtengan idéntica educación. De esa manera se compenetrarán hondamente la humanidad femenina y la masculina, llegando a ser la mujer, en la vida privada y social *la compañera del hombre* en el trabajo humano, que tiene por fin el mejoramiento y la felicidad de la especie.

El trabajo indicado, limitado casi exclusivamente al hombre, ha sido incompleto hasta el día, y, por tanto, ineficaz; en lo sucesivo ha de ser encomendado al hombre y a la mujer. Para esto se necesita que la mujer no esté recluída en el hogar; que se extienda el radio de su acción hasta donde llega la sociedad. Mas para que la compañera del hombre, con su influencia moral, produzca intensos y benéficos frutos, han de ser los conocimientos que se le den, en cantidad y calidad, los mismos que el hombre se proporciona.

La ciencia, penetrando en el cerebro de la mujer, alumbrará, dirigiéndole certeramente, el rico venero de sentimiento que es nota saliente y característica de su vida; ese elemento, separado de su natural aplicación con miras antiprogresivas, ha de convertirse en buena nueva de paz y de felicidad en el porvenir para el mundo moral.

Sabiendo lo conveniente que es, en nuestro país sobre todo, la difusión de los conocimientos de Ciencias Naturales y de Higiene; en particular de los niños, la Escuela Moderna se propone coadyuvar a la realización de este fin. Para ello cuenta con el concurso de dos peritísimos catedráticos. El Sr. De Buen, catedrático de Ciencias Naturales, y el Sr. Martínez Vargas, catedrático de Enfermedades de los Niños, quienes darán conferencias alternativamente, acerca de sus respectivas materias científicas, en el local de este centro de enseñanza.

En el *Boletín* de 30 de junio de 1903 pude publicar la siguiente declaración:

UN AÑO MÁS

Contamos ya dos años de vida, de exposición de nuestros propósitos, de su justificación con nuestra práctica, de crédito y prestigio entre cuantas personas nos han favorecido con su cooperación.

No ya una garantía de triunfo, sino un triunfo positivo representa el hecho de poder afirmar con seguridad y firmeza lo que dejamos consignado.

Puestos en esta vía, desvanecidos los obstáculos que a nuestro paso oponían el interés y la preocupación, animados con la idea de que a quien ha hecho lo difícil, no le será costoso perseverar en lo ya fácil, y contando siempre con esa solidaridad intelectual progresiva que desvanece con su potente luz las negras obscuridades de la ignorancia, continuaremos nuestra

obra en septiembre próximo, tras el reposo de la vacación veraniega.

Nos complace en extremo poder repetir lo que en idéntica circunstancia y lugar dijimos el año pasado.

La Escuela Moderna y su *Boletín* rebosan vida, porque a una necesidad hondamente sentida han correspondido con un medio de satisfacerla perfectamente: no necesitábamos tanto para perseverar, como, sin formular promesas ni programas, perseveraremos hasta el límite de lo posible.

LA REDACCIÓN

En el mismo número apareció la siguiente clasificación por sexos y número de alumnos presentes en la Escuela Moderna durante los dos primeros años escolares:

MESES	NIÑAS en		NIÑOS en		TOTALES	
	1901-2	1902-3	1901-2	1902-3	Año 1.º	Año 2.º
Día de apertura	12	·	18	—	30	··
Septiembre .	16	23	23	40	39	63
Octubre. . . .	18	28	25	40	43	68
Noviembre .	21	31	29	40	50	71
Diciembre. .	22	31	30	40	52	71
Enero . . .	22	31	32	44	54	75
Febrero. . . .	23	31	32	48	55	79
Marzo	25	33	34	47	59	80
Abril.	26	32	37	48	63	80
Mayo.	30	33	38	48	68	81
Junio.	32	34	38	48	70	82

Con especial complacencia, en prueba del adelanto triunfal de la Escuela Moderna, inserto los dos artículos siguientes, que publiqué en el *Boletín*, año 3.º número 1:

INAUGURACIÓN DEL AÑO ESCOLAR

El día 8 del corriente se celebró la inauguración del presente curso.

Gran concurrencia de alumnos, sus familias y ese público simpático a nuestra institución que asiste con asiduidad a las conferencias públicas; llenaban los recientemente ampliados salones, y antes de la hora señalada contemplaba las colecciones que les dan aspecto de museo científico.

Comenzó el acto por un breve discurso del director declarando abierto el tercer curso escolar, en el que, facilitado por la práctica y la experiencia y fortalecido por el éxito, se proseguirá con energía y convicción el propósito que anima a la Escuela Moderna.

El Sr. de Buen se felicitó por las mejoras materiales introducidas en la Escuela, ratificando el ideal de que la enseñanza refleje fielmente la naturaleza, ya que el conocimiento no puede ser otra cosa que la percepción que de lo existente adquiere nuestra inteligencia.

Expuso, por encargo especial de sus hijos, alumnos de esta Escuela y residentes aún en la estación veraniega, las manifestaciones de fraternal compañerismo para sus condiscípulos, para quienes desean alcanzar la posibilidad de

vivir en plena naturaleza, a la orilla del mar, internándose en el bosque, corriendo por la llanura, trepando por los riscos de escarpada montaña, observando y estudiando sin cesar las maravillas naturales.

Dijo que aun en la enseñanza oficial, o mejor en parte de los profesores a ella dedicados, a pesar de lo que tiene de arcaica como representación de las antiguas clases sociales, existen iguales tendencias que las sustentadas por la Escuela Moderna, como lo prueba la asistencia del mismo orador, la del Dr. Martínez Vargas y también la de algunos maestros presentes al acto.

Anunció que la Escuela Moderna tiene ya una análoga en Guadalajara, donde se abrirá próximamente una escuela dirigida al mismo fin, producto del legado de un altruista que al morir quiso contribuir a la redención de la infancia, librándola de la ignorancia y de la superstición, y manifestó la esperanza y el vivísimo deseo de que los ricos al morir comprenderán al fin que, mejor que el loco egoísmo de dedicar sus riquezas a la fundación de una felicidad ilusoria de ultratumba, deben restituirlas a la sociedad en beneficio de los desheredados.

El Dr. Martínez Vargas afirmó, contra quienes crean lo contrario, que la enseñanza puramente científica y racional de la Escuela Moderna es base positiva de la buena educación, inmejorable para la relación de los niños con sus familias y con la sociedad, y única para la formación moral e intelectual del hombre futuro.

Se congratuló de que la higiene escolar, practicada ya en la Escuela Moderna en años anteriores por medio del examen periódico de los alumnos, en evitación de las enfermedades infecciosas, y expuesta teóricamente en las conferencias públicas, haya tenido sanción solemne en el congreso higiénico recientemente celebrado en Bruselas.

Al hacer el resumen de sus conferencias y con el propósito de auxiliar la explicación oral con la percepción visual, recurrió a las proyecciones luminosas, presentando una serie de figuras que representan ejercicios higiénicos, tipos característicos de varias enfermedades, órganos enfermos, etc., que el conferenciante explicaba detalladamente. Un incidente ocurrido en el aparato proyector, subsanable fácilmente para conferencias sucesivas, interrumpió la presentación de las figuras, aunque no la explicación, que continuó versando sobre la maléfica influencia del corsé, lo ocasionado que es a la infección microbiana el polvo producido por el arrastre de los vestidos, el inconveniente de que los niños jueguen con tierra por el peligro de dicha infección, las habitaciones y talleres insalubres, etc., terminando con la promesa de continuar durante el curso que se inaugura la serie de sus explicaciones higiénicas.

La concurrencia manifestó su complacencia al terminar el acto, y los alumnos, radiantes de alegría, ofrecían animadísimo cuadro, que era como un consuelo para las penas de la triste realidad presente y la esperanza de una humanidad mejor para lo porvenir.

UNA EXCURSIÓN ESCOLAR AL PAÍS DE LA INDUSTRIA

¡Qué grande, qué hermoso, qué útil es el trabajo!

Tales exclamaciones brotaban espontáneas de labios de niñas y niños, alumnos de la Escuela Moderna, en la alegre campiña de Sabadell, el día 30 de julio próximo pasado, después de haber visitado varias fábricas, donde se relacionaron afectuosísimamente con obreras y obreros, que acogieron a los infantiles visitantes con amor y respeto, y por último, cuando después de campestre y fraternal banquete, reunidos todos en torno del encargado del resumen de la excursión instructiva, pudieron admirar las consideraciones a que la misma se prestaba.

El hombre primitivo, formado tras larguísima y progresiva evolución, se encontraba en los albores de la humanidad inexperto, sin recursos y con necesidades apremiantes. En medio de una naturaleza abundante y fecunda, aunque poco dispuesta a conceder gratuitamente sus tesoros, vegetaba más bien que vivía en las costas, en los bosques, en las montañas, refugiado en las cavernas donde procuraba librarse de las inclemencias atmosféricas y de la voracidad de las fieras.

Cuando, relacionando ideas que insensiblemente se clasificaban en su memoria, pudo formar el primer pensamiento, promovido por la necesidad, principal si no única impulsora de

la actividad intelectual, le ofreció a la naturaleza, que se mostró satisfecha y dispuesta a otorgarle sus dones, y a cambio de un pensamiento que produjo la celada o el arma arrojadiza le dió la caza, y por otro adecuado al objeto, le dió la pesca, y por haber discurrido enterrar la semilla, le dió el fruto. Con esto, no sólo no se moriría ya de hambre, sino que aprendía a rechazar la agresión de animales feroces, y aun concebía los primeros esbozos de la sociabilidad.

Necesitaba vestirse, y tal vez la utilización de las fibras de las plantas textiles, después de haber utilizado las pieles de los animales devorados, sucias, informes y pronto inútiles faltas del conveniente curtido, le inspiró el pensamiento de utilizar las fibras de la lana, tejerlas en aquel telar embrionario, donde los hilos se tendían tirantes entre dos palos, y la trama se entretejía a mano, por no conocerse aún los lizos, que abren la cala, ni la lanzadera, que deposita el hilo que forma la trabazón del tejido.

Surgió la hilandera, que supone un inmenso adelanto social; porque con ella tenemos convertida en sedentaria la tribu nómada que salía de un territorio agotado en busca de otro virgen y abundante, no encontrándolo siempre, antes bien sufría enormes penalidades en el camino, o lo encontraba ocupado por otra tribu, a la que tenía que despojar en guerra cruel o perecer en la demanda.

La hilandera, pues, supone la familia, el hogar, el campo cultivado, el rebaño, el vestido,

el alimento regular de pan, legumbres, hortalizas, frutas, leche, queso y carne; supone además el hierro, la fragua, la herramienta, el trabajo, la moralidad y la paz.

Si a esa altura del progreso no hubieran surgido, como enfermedades capaces de viciar el organismo, el sacerdote, el mandarín y el guerrero, los progresos se hubieran ido sucediendo en escala regularmente ascendente, y aquellos ideales que hoy vislumbramos como aspiración lejana contarían ya siglos de práctica.

Conócese el tipo de la hilandera por representación artística y aun visual, porque todavía hay hilanderas en aquellos apartados repliegues del territorio donde apenas llega el influjo civilizador: sentada, enhiesta la rueca que contiene el vellón lavado y cardado, toma el hilo que retuerce y consolida por medio del huso, que se desliza rápido y suave entre sus dedos, siendo unas veces anciana decrépita, hermosa matrona o tímida doncella.

Con tal representación en la mente comparaban y apreciaban los niños las maravillas mecánicas que se ofrecían a su ingenua admiración, y en la dificultad de apreciar las explicaciones y detalles técnicos que con claridad y amabilidad exponían el cicerone de la expedición y los obreros de las diferentes secciones, parecíales obra de hadas bienhechoras aquella transformación de la lana burda, sucia, recién esquilada, en finísimos tejidos de elegantes muestras y ricos colores que vieron en breve espacio de tiempo, pasando por los diversos artefactos, sin dejar apenas idea de la dificultad

de las operaciones ni de las penalidades del trabajo.

Preciso fué traerles a la realidad y fijar su atención en el mecanismo que toma la lana en bruto, la lava pasándola mecánicamente por una serie de pilas, en cada una de las cuales progresa la limpieza hasta alcanzar nívea blancura; viene luego la carda, donde la simple vedija que todos conocemos se disuelve en las infinitas unidades sueltas y perfectamente individualizadas de las tenues fibrillas; sigue el hilado con sus carros que van y vienen llenos de husos, haciendo en un minuto una cantidad de trabajo que costaría meses a la hilandera tradicional; a continuación el torcido, que da al hilo solidez e igualdad; luego el urdido, preparación para el telar; después éste, coronado por el ingenioso mecanismo de Jacquard, que, cual si fuera un cerebro impulsor de una voluntad, como un artista que manejase pinceles y colores, mueve agujas y cartones y con ellos produce los coloridos dibujos que embellecen las telas que usamos como vestidos y ornamentos de varias clases.

Completaba aquel laborioso cuadro el aprovechamiento de desechos, desperdicios y retales que, sometidos a las operaciones primitivas, renovaban en cierto modo la fibra usada, para dedicarla a telas baratas, para los pobres, es decir, como recompensa para los productores.

Un himno al progreso, a la civilización, al trabajo, se formulaba espontáneo en las exaltadas imaginacioncitas de los excursionistas escolares, manifestándose en las exclamaciones de

admiración en que prorrumpían a cada paso, con notas argentinas moduladas por sus frescas e infantiles gargantas.

Necesario fué retenerles en la realidad una segunda vez. Un incidente dió la ocasión: varios niñas y niños, molestados por el calor y el olor desagradable de materiales e ingredientes, no quisieron entrar en el último departamento visitado, y esto dió ocasión a una consideración final.

Las obreras y obreros que trabajan en esas fábricas han empezado su aprendizaje siendo niños, mucho antes de haber consolidado y fortalecido su organismo y antes de haber completado su educación e instrucción; también les molestaría el calor y el hedor de los materiales, pero sobre la molestia se imponía la necesidad, y ahí han de estar hasta que mueran, triste final que ocurre siempre antes de la época generalmente fijada por las condiciones esenciales del organismo humano.

Cierto es y admirable que la ciencia y la industria unidas, han realizado maravillas como las que se efectúan por medio de esas máquinas; mas desgraciadamente ha de oponérseles un *pero* terrible: sus beneficios no se distribuyen equitativamente; a la vista está: esos obreros que han de soportar continuamente esas condiciones para algunos niños insoportables, que pasan muchas penalidades y que acaban por lo general de muerte prematura, disfrutan de un esquilmado jornal; en tanto que los dueños legales de las máquinas, de los productos y de las utilidades, cuando el negocio

no fracasa, se enriquecen y gozan ellos y los suyos de las ventajas consiguientes, lo que indica que para que la justicia social se eleve siquiera a la altura del adelanto científico industrial, hemos de trabajar cuantos tengamos empeño en elevar la especie humana a la altura de la dignidad y de la positiva felicidad.

Tales fueron las consideraciones sumariamente expuestas, que impresionaron a nuestros alumnos en esta agradable excursión, que constituyó uno de los varios complementos instructivos usados en esta escuela.

XIV

En legítima defensa

He aquí el programa del tercer año escolar 1903-1904:

Fomentar la evolución progresiva de la infancia evitando los atavismos regresivos, que son como rémoras que opone el pasado a los avances francos y decididos hacia el porvenir, es en síntesis, el propósito culminante de la Escuela Moderna.

Ni dogmas ni sistemas, moldes que reducen la vitalidad a la estrechez de las exigencias de una sociedad transitoria que aspira a definitiva; soluciones comprobadas por los hechos, teorías aceptadas por la razón, verdades confirmadas por la evidencia, eso es lo que constituye nuestra enseñanza, encaminada a que cada cerebro sea el motor de una voluntad, y a que las verdades brillen por sí en abstracto, arraiguen en todo entendimiento y, aplicadas a la práctica, beneficien a la humanidad sin exclusiones indignas ni exclusivismos repugnantes.

Dos años de éxito nos sirven de garantizador testimonio, descollando en primer término la bondad de la enseñanza mixta, brillante resultado, triunfo pudiéramos decir, alcanzado por el más elemental sentido común sobre la preocupación y la rutina.

Considerando conveniente, sobre todo para que el alumno se forme concepto cabal de cuanto le rodea, la difusión de los conocimientos de las Ciencias Físicas y Naturales y de Higiene, la Escuela Moderna cuenta, como en cursos anteriores, con el concurso de los doctores Sr. de Buen, catedrático de Ciencias Naturales, y el Sr. Martínez Vargas, Catedrático de la Facultad de Medicina de esta Universidad, quienes darán alternativamente, acerca de sus respectivas materias científicas, conferencias dominicales de once a doce en el local de la Escuela, que servirán de ampliación y complemento a las lecciones que sobre dichas Ciencias recibirán los alumnos durante el curso.

Réstanos manifestar que, celosos siempre del buen éxito de nuestra obra de regeneración intelectual y volitiva, hemos enriquecido nuestro material de enseñanza con la adquisición de nuevas colecciones que, a la vez que faciliten la comprensión, hagan agradables los conocimientos científicos, y que, resultando insuficiente el local por el número creciente de alumnos, hemos tomado nuevas habitaciones para ensanchar las salas de clase y acoger favorablemente las demandas de inscripción recibidas.

La publicación de este programa, como queda indicado, fijó la atención de la prensa reaccionaria y fué contestado por la liberal. Mas para dar patente muestra de la fortaleza racional de la Escuela Moderna, inserté en el *Boletín* el siguiente artículo :

ANTAGONISMO PEDAGÓGICO

La moderna pedagogía, despojada de tradiciones y convencionalismos, ha de ponerse a la altura del concepto racional del hombre, de los actuales conocimientos científicos y del consiguiente ideal humano.

Si por cualquier género de influencias se diera otro sentido a la enseñanza y a la educación, y el maestro no cumpliera su deber, sería preciso denunciarle como embaucador, y declarar que la pedagogía no pasa de artificio para domar hombres a beneficio de sus dominadores.

Por desgracia esto último es lo que principalmente ocurre: la sociedad está organizada y se sostiene, más que como dirigida hacia la satisfacción de una necesidad general y al cumplimiento de un ideal, como entidad que tiene especial empeño en conservar sus formas primitivas, defendiéndose tenazmente contra toda reforma, por racional y apremiante que sea.

Ese afán de inmovilidad da a los antiguos errores el carácter de creencias sagradas, los rodea del mayor prestigio, les da autoridad dogmática, y sucede que después de crear perturbaciones y conflictos, las verdades científicas quedan sin aplicación, o la tienen escasa, y en vez de extenderse iluminando todas las inteligencias y traduciéndose en instituciones y costumbres de utilidad común, se estancan abusivamente en la esfera del privilegio; de modo que en nuestros días, como en los tiempos de la teocracia egipcia, hay una doctrina esotérica

para los superiores y otra exotérica para las clases bajas, las destinadas al trabajo, a la defensa y a la más degradante miseria.

Por eso tenemos la doctrina mística y mítica, cuya dominación y extensión es únicamente comprensible y explicable en los primeros tiempos de la humanidad, gozando aún de todos los respetos, al paso que la doctrina científica, a pesar de su evidencia, queda reducida a la limitada esfera en que viven los intelectuales, y a lo sumo es reconocida en secreto por ciertos hipócritas que, por no sufrir perjuicios en su posición, han de hacer pública ostentación de la contraria.

Para patentizar ese antagonismo absurdo, nada más a propósito que el siguiente parangón, en que la ampulosidad imaginativa del crédulo ignorante contrasta con la sencillez racional del sabio:

LA BIBLIA

En la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó los

EL ANTROPISMO

La atrasada filosofía de los dogmas tradicionales extrae su fuerza principal del antropismo o antropomorfismo. Por esta palabra entiendo «el poderoso y grande conjunto de nociones erróneas que tienden a poner el organismo humano, considerado como de esencia divina, en oposición con todo el resto de la naturaleza, haciendo de él el fin previamente asignado a la creación orgánica, de la cual es radicalmente diferente.»

Una crítica profunda de este

mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la Naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio vense pasar unas en pos de otras a la vista de Dios todas las generaciones y unos en pos de otros todos los pueblos. Las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes, y los imperios con sus emperadores, Babilonia pasa con su abominación, Nínive con su pompa, Menfis con su sacerdocio, Jerusalém con sus profetas y su templo, Atenas con sus artes y con sus héroes, Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

. . . .

Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo conjunto de nociones demuestra que éstas se fundan sobre tres dogmas que denomino *antropocéntrico, antropomórfico* y *antropolátrico* (1).

1.° *El dogma antropocéntrico* afirma que el hombre es el centro, el objeto final previamente asignado a toda la vida terrestre, y, ensanchando esta concepción, a todo el Universo. Como este error satisface el egoísmo humano, y como está íntimamente ligado a los mitos de las tres grandes religiones mediterráneas, *mosaica, cristiana* y *mahometana*, domina aún la mayor parte del mundo civilizado.

2.° *El dogma antropomórfico* compara la creación del Universo y el gobierno del mundo por Dios a las creaciones artísticas de un técnico hábil o de un ingeniero mecánico y a la administración de un prudente jefe de Estado. Dios, el Señor, creador, conservador y administrador del Universo, está concebido en absoluta conformidad, en su modo de pensar y de obrar, sobre el modelo humano. De donde resulta recíprocamente que el hombre es semejante a Dios, y por eso afirma el dogma: «Dios creó el hombre a su imagen.» La cándida mitología

(1) *Antropos* (hombre), palabra radical combinada con las terminaciones *centro, morfo* (forma) y *latria* (adoración).

antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta o predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas.

DONOSO CORTÉS

Discurso de recepción académica, incluído en un volumen titulado *La Elocuencia*, recopilación de escritos notables destinado a la lectura escolar.

primitiva es un puro *homoteismo* y confiere a sus dioses la forma humana y les da carne y sangre. La reciente teosofía mística adora al dios personal como «invisible» — en realidad en forma gaseosa — y al mismo tiempo le hace pensar, hablar y obrar a la manera humana, yendo a parar al absurdo del «vertebrado gaseoso.»

3.º *El dogma antropolátrico* resulta naturalmente de la comparación de las actividades humana y divina, terminando en el culto religioso del organismo humano, en el delirio antropista de las grandezas, del cual resulta la creencia en la inmortalidad personal del alma, lo mismo que el dogma dualista de la doble naturaleza del hombre, cuya alma inmortal sólo temporalmente reside en nuestro cuerpo.

Estos tres dogmas antropistas, desarrollados de diferente modo y adaptados, según circunstancias de tiempo y lugar, a las formas variables de las diferentes religiones, han tomado en el curso de los años extraordinaria importancia y han sido y son manantial de los más peligrosos errores.

ERNESTO HÆCKEL

De *Los Enigmas del Universo*, de donde se ha tomado el extracto inserto al final de la *Cartilla*, primer libro de lectura de la Escuela Moderna.

Ante ese antagonismo, sostenido tanto por ignorancia como por interés, la pedagogía positiva, la que se propone enseñar verdades para que resulte justicia práctica, debe metodizar y sistematizar los conocimientos positivos de la naturaleza, inculcarlos en la infancia y preparar así elementos para la sociedad equitativa, para aquella que, como expresión exacta de la sociología, ha de funcionar en beneficio individual y recíproco de todos los asociados.

Necesario es que Moisés o quien fuese autor del Génesis y con él todos los dogmatizantes, con sus días de la creación sacada de la nada por la potencia de un creador que pasó antes eternidades en inacción absoluta, ceda el puesto a Copérnico, que demostró el doble movimiento de los planetas sobre sí mismos y alrededor del sol; a Galileo, que proclamó que el sol y no la tierra es el centro del mundo planetario; a Colón y con él a cuantos partiendo de la esfericidad de la tierra se lanzaron a recorrerla en todos sentidos para formar su inventario y dar fundamento práctico a la fraternidad humana; a Cuvier y a Linneo, fundadores de la historia natural; a Laplace, inventor del no desmentido y subsistente sistema cosmogónico, a Darwin, autor de la doctrina transformista que explica la formación de las especies por selección natural, y a todos los que por la observación y el estudio desmienten la supuesta revelación y exponen con verdad demostrable lo que son el universo, los mundos, la tierra y la vida.

Contra los males producidos por las generaciones sumergidas en el error y la superstición,

de los cuales si muchos individuos se libran es para caer en antisocial escepticismo, es eficacísimo remedio, sin desechar otros no menos eficaces, educar e instruir la generación naciente en los principios puramente humanistas y en el conocimiento positivo y racional de esta naturaleza de que forma parte.

Mujeres así educadas serán madres en el verdadero sentido natural y social, no transmisoras de supersticiones tradicionales, y enseñarán a sus hijos la integridad de la vida, la dignidad de la libertad, la solidaridad social, no el acatamiento a doctrinas aniquiladas y esterilizadas por agotamiento y la sumisión a jerarquías absolutamente ilegítimas.

Los hombres emancipados del misterio, del milagro, de la desconfianza de sí mismos y la de sus semejantes y en perfecta posesión del concepto de que han nacido, no para morir, según la nefasta síntesis del misticismo, sino para vivir, llegarán a facilitar las condiciones sociales para dar a la vida toda su amplísima extensión.

De este modo, conservando el recuerdo de otras generaciones y otros estados intelectuales como enseñanza y aun como escarmiento, cerraremos de una vez y para siempre el período religioso para entrar de modo definitivo en el puramente natural y racional.

A pesar de todas las dificultades, en el *Boletín* de 30 de junio de 1904 publiqué la siguiente declaración:

EL TERCER AÑO

Tres años de práctica floreciente y progresiva, con tendencia a ver espontáneamente generalizado nuestro método, dan a la Escuela Moderna de Barcelona, no sólo el carácter de institución perfectamente consolidada, sino el de suscitadora de energías poderosas y de iniciativas salvadoras, capaces de transformar la nueva generación, despojándola de atavismos, y disponiéndola para que, al llegar a la plenitud de la vida, se sobreponga a los errores dominantes y abra vía a la ciencia, a la razón, a la justicia, y obtenga como recompensa la paz y la felicidad.

Terminado este tercer año de nuestra existencia, y al entrar en el período anual de descanso, el *Boletín de la Escuela Moderna* consigna con satisfacción tan brillante resultado, manifiesta su gratitud a cuantos a él han cooperado y repite su propósito de perseverar hasta el fin en el cumplimiento de la obra emprendida.

LA REDACCIÓN

En el mismo número presenté el siguiente resumen:

Clasificación por sexos y número de alumnos presentes en la Escuela Moderna durante los tres primeros años escolares.

MESES	NIÑAS en 1901 a 1902	NIÑAS en 1902 a 1903	NIÑAS en 1903 a 1904	NIÑOS en 1901 a 1902	NIÑOS en 1902 a 1903	NIÑOS en 1903 a 1904	TOTALES Año 1.°	TOTALES Año 2.°	TOTALES Año 3.°
Día de apertura	12	—	—	18	—	—	30	—	
Septiembre.	16	23	24	23	40	40	39	63	64
Octubre....	18	28	43	25	40	59	43	68	102
Noviembre.	21	31	44	29	40	59	50	71	103
Diciembre..	22	31	45	30	40	59	52	71	104
Enero.....	22	31	47	32	44	60	54	75	107
Febrero....	23	31	47	32	48	61	55	79	108
Marzo.....	25	33	49	34	47	61	59	80	110
Abril......	26	32	50	37	48	61	63	80	111
Mayo......	30	33	51	38	48	62	68	81	113
Junio......	32	34	51	38	48	63	70	82	114

Poblaciones y número de Escuelas que tienen como de texto los libros de la Escuela Moderna.

Villanueva y Geltrú.	Sociedad Cooperativa . .	1	escuela.
Tarragona..	Escuela laica «La Educación».	1	»
Sevilla.....	Escuela laica	1	»
Sestao.....	Escuela laica	1	»
Reus......	Centro Instructivo Obrero.	1	»
Portbou....	Escuela laica «Progreso» .	1	»
Palamós....	Escuela laica	1	»
Mongat....	Escuela libre	1	»
Mazarrón...	Escuela laica. Sociedad de Oficios varios.	2	»

Mataró	Ateneo Obrero	1 escuela.
Málaga	Escuela laica de Julián Vargas	1 »
Mahón	Federación Obrera . . .	1 »
La Unión . .	Sociedades Obreras . . .	1 »
Gaucín	Sociedad de Obreros «La Verdad»	1 »
Granollers . .	Escuela laica	1 »
Granada . . .	Asociación Obrera «La Obra»	1 »
Esplugas . . .	Academia libre «La Nueva Humanidad».	1 »
Córdoba	Sociedades Obreras . . .	1 »
Casares	Centro Instructivo Obrero.	1 »
Cartagena . .	Federación Obrera. Escuela laica del Llano del Real.	2 »
Barcelona . . .	Escuela libre de Hostafranchs. Colegio «Germinal» Sociedad de Albañiles. Sociedad de Albañiles de Gracia. Enseñanza mutua. Escuela libre del Poblet. Fraternidad Republicana Sansense. Escuela colectiva de San Martín. Ateneo Republicano del Fuerte Pío .	9 »
Aznalcóllar .	Centro Instructivo Obrero.	1 »
	TOTAL. . . .	32 escuelas

XV

Ingenuidad infantil

En el *Boletín* de 30 de septiembre de 1903 se insertaron los trabajos de los alumnos de las diferentes secciones de la Escuela Moderna, leídos en la sesión de clausura del segundo curso escolar.

Ha de tenerse en cuenta que en estos escritos, en que sus infantiles autores se veían obligados a buscar un asunto al que aplicar su naciente criterio, el esfuerzo intelectual se imponía predominando el razonamiento inexperto, ingenuo e inspirado en el sentimiento de lo justo, sobre la aplicación de las reglas de forma; resultando que si los juicios no alcanzan el perfeccionamiento racional se debe únicamente a falta de datos, a carencia de conocimientos indispensables para formar un razonamiento perfecto; lo contrario de lo que sucede en las opiniones dominantes, que no tienen otra base que la preocupación fundada en tradiciones, intereses y dogmas.

Así un niño de 12 años establece un criterio para juzgar las naciones, en las siguientes palabras:

Una Nación o Estado, para ser civilizado, es preciso que carezca de lo siguiente:

Suspendemos aquí el enunciado para observar que a la palabra *civilizado* da el autor la significación de *justo*, y sobre todo que, despojado de preocupaciones, ve males evitables, que señala, considerando su desaparición como condición esencial para que resulte la justicia, las cuales son:

1.º La coexistencia de pobres y ricos, y como consecuencia la explotación.
2.º El militarismo, medio de destrucción empleado por unas naciones contra otras, debido a la mala organización de la sociedad.
3.º La desigualdad, que permite a unos gobernar y mandar y obliga a otros a humillarse y obedecer.
4.º El dinero, que hace unos ricos y les somete a los pobres.

Claro que este criterio es primordial y sencillo, como corresponde a una inteligencia escasamente documentada, y no puede resolver un problema complejo de sociología; pero tiene la ventaja de que deja libre acceso a cuantas observaciones racionales se presenten: es como si se le preguntase: — ¿Qué necesita un enfermo para recobrar la salud? y respondiese: — que desaparezca el dolor: cándida y natural respuesta que no daría seguramente un niño influído por la metafísica espiritualista, que necesita ante todo contar con la voluntad arbitraria de supuestos seres extranaturales.

Claro es que tan sencilla manera de plantear el problema de la vida social no excluye en definitiva una solución razonable, antes bien lo uno reclama lógicamente lo otro, como lo demuestra el mismo escrito que comentamos con esta conclusión :

No se entienda que porque no haya ricos, ni militares, ni gobiernos, ni dinero, las gentes hayan de pelearse y abusar de la libertad y del bienestar, sino que disfrutando todos de un alto grado de civilización, reinaría la cordialidad, todos serían amigos, y seguramente la ciencia adelantaría muchísimo más, por no haber guerras ni entorpecimientos políticos.

Una niña de 9 años presenta esta sensata observación, que entresacamos de la explicable incorrección de su lenguaje :

Al criminal se le condena a muerte : si el homicidio merece esa pena, el que condena y el que mata al criminal igualmente son homicidas ; lógicamente deberían morir también, y así se acabaría la humanidad.

Mejor sería que en vez de castigar al criminal cometiendo otro crimen, se le diesen buenos consejos para que no lo hiciese más. Sin contar que si todos fuéramos iguales no habría ladrones, ni asesinos, ni ricos, ni pobres, sino todos iguales, amantes del trabajo y de la libertad.

La sencillez, claridad y trascendencia de este pensamiento no permiten comentario ; así se explica la admiración que causó oirlo de labios de una tierna y bellísima niña, que, más que realidad viviente, semejaba simbólica representación de la verdad y de la justicia.

Un niño de 12 años trata de la sinceridad y dice :

El que no es sincero no vive tranquilo: siempre teme ser descubierto; al paso que si es sincero, aunque haya hecho algo malo, su declaración sincera descarga su conciencia.

Si se empieza a mentir desde la infancia, se llegará a grande diciendo grandes mentiras que pueden causar males enormes.

Hay casos en que no se debe ser sincero. Por ejemplo: un hombre llega a nuestra casa huyendo de la policía. Si después se nos pregunta si hemos visto a aquel hombre, debemos negarlo; lo contrario sería una traición y una cobardía.

Triste es que para una inteligencia naciente, que considera la verdad como un bien inapreciable «sin el cual no se puede vivir», la gravedad de los abusos autoritarios le hayan inducido a considerar en ciertos casos la mentira como una virtud.

Una niña de 13 años trata del fanatismo, y después de considerarlo como mal característico de un país atrasado, busca y halla su causa, diciendo:

El fanatismo es producido por el estado de ignorancia y atraso en que se halla la mujer; por eso los católicos no quieren que la mujer se instruya, ya que la mujer es su principal sostén.

Observación profunda ésta que busca la causa del fanatismo, y halla la causa de la causa, considerando que si la ignorancia produce el fanatismo, la ignorancia de la mujer perpetúa la ignorancia general.

Contra tan grave daño, señala un remedio eficaz otra niña de 13 años con este pensamiento que insertamos íntegro:

LA ESCUELA MIXTA

La escuela mixta o de ambos sexos es sumamente necesaria. El niño que se educa, trabaja y juega en compañía de la niña, aprende insensiblemente a respetarla y a ayudarla, y recíprocamente la niña; mientras que educados separadamente, indicándole al niño que es mala la compañía de la niña y a ésta que es peor la de aquél, sucederá que el niño, hombre ya, no respetará a la mujer y la considerará como un juguete o como una esclava, que es a lo que se ve reducída la mujer en la actualidad. Así, pues, contribuyamos todos a la fundación de escuelas mixtas en todas partes en que sea posible, y donde no, allanemos las dificultades que a ello se opongan.

A pensamiento tan bien razonado y condensado con tal sobriedad, nada podemos añadir sino que juzgamos debe ser atendida la excitación con que termina su escrito esta pensadora de 13 años.

Un niño de 12 años considera la escuela como digna de todo respeto, porque en ella se aprende a leer, escribir y pensar y sirve de base a la moralidad y a la ciencia, y añade :

Si no fuera por la escuela, viviríamos en el bosque, andaríamos desnudos, comeríamos hierbas y carne cruda, y nos refugiaríamos en cuevas y en árboles; es decir, llevaríamos una vida brutal.

Con el tiempo y como consecucncia de la escuela, todo el mundo será más inteligente, y no habrá guerras, ni poblaciones incendiadas, y la gente recordará con horror al guerrero considerando que es el obrero de la muerte y de la destrucción.

Es una desgracia que debiera evitarse que haya niños que jueguen por la calle sin ir a la escuela, y cuan do llegan a hombres son muy desgraciados.

Así, pues, agradezcamos a nuestros profesores la paciencia que emplean en enseñarnos y miremos con respeto la escuela.

Razonamiento justo y sentimiento bien aplicado, que indican un estado psíquico en equilibrio. Si este niño conserva y desarrolla las facultades que descubre, armonizará debidamente el egoísmo y el altruismo en bien propio y en el de la sociedad.

Una niña de 11 años lamenta que las naciones se destruyan mutuamente por las guerras; lamenta igualmente que haya diferencia de clases sociales y que los ricos sometan al trabajo y a la privación a los pobres, y termina:

¿Por qué los hombres en lugar de matarse en las guerras, y de odiarse por la diferencia de clases, no se dedican con alegría al trabajo y a descubrir cosas para bien de la humanidad? Los hombres deben unirse y amarse para vivir fraternalmente.

He ahí un reproche infantil que debiera avergonzar a cuantos persisten en el sostenimiento de las causas del daño que tan dolorosamente afecta el tierno corazón de esa niña.

Un niño de 10 años, en un escrito casi correcto que podríamos insertar íntegro, y que no lo hacemos por no dar excesivas dimensiones a este trabajo y porque coincide con pensamientos de condiscípulos ya expuestos, habla de la escuela y del alumno, diciendo:

Reunidos bajo un mismo techo, deseosos de aprender lo que ignoramos, sin distinción de clases, somos hermanos guiados por un mismo fin... El ignorante es

una nulidad; poco o nada puede esperarse de él. Sírvanos esto de estímulo, y no perdamos el tiempo; por el contrario, aprovechémosle, y en su día nos proporcionará la merecida recompensa... No olvidemos jamás los frutos de una buena escuela, y honrando a nuestros maestros, a la familia y a la sociedad, viviremos satisfechos.

Hermosa sensatez, que a los 10 años se armoniza con la alegría infantil.

Una niña de 10 años filosofa sobre las faltas del género humano evitables, a su juicio, con la instrucción y la voluntad, y dice:

Entre las faltas del género humano se encuentran la mentira, la hipocresía y el egoísmo. Si los hombres estuvieran más instruídos y principalmente las mujeres, enteramente iguales al hombre, esas faltas desaparecerían. Los padres no enseñarían sus hijos en escuelas religiosas, que inculcan ideas falsas, sino que los llevarían a las escuelas racionales donde no se enseña lo sobrenatural, lo que no existe; ni tampoco a guerrear, sino a solidarizarse todos y a practicar el trabajo en común.

Sobre un principio de crítica de la sociedad se vislumbra en ese pensamiento el ideal que sirve de guía al progreso humano.

Terminamos esta recopilación con el siguiente escrito de una señorita de 16 años, que por su corrección y por su fondo puede insertarse sin mutilación alguna:

LA SOCIEDAD PRESENTE

¡Qué desigualdad hay en esta sociedad! Unos trabajando desde la mañana hasta la noche, sin más descanso que el preciso para comer sus deficientes ali-

mentos; otros recibiendo el producto de los trabajadores para recrearse con lo superfluo.

¿Y por qué ha de ser esto así? ¿No somos todos iguales? Indudablemente que lo somos, aunque la sociedad no lo reconozca, ya que unos parecen destinados al trabajo y al sufrimiento, y otros a la ociosidad y al goce. Si algún trabajador se revela al ver la explotación a que vive sujeto, es despreciado y castigado cruelmente mientras otros sufren con resignación la desigualdad.

El obrero necesita instruirse, y para lograrlo es necesario fundar escuelas gratuitas, sostenidas por ese dinero que desperdician los ricos.

De ese modo se conseguiría que el obrero adelantase cada vez más hasta lograr verse considerado como merece, porque en resumen él es quien desempeña la misión más útil en la sociedad.

Cualquiera que sea el valor racional de estos pensamientos, resulta patente de esta colección lo que la Escuela Moderna se proponía como objeto predominante, a saber: que la inteligencia del alumno, influída por lo que ve y documentada por los conocimientos positivos que vaya adquiriendo, discurra libremente, sin prejuicios ni sujeción sectaria de ningún género, con autonomía perfecta y sin más traba que la razón, igual para todos, sancionada en último término, cuando alcanza la verdad, por el brillo hermoso de la evidencia, ante el cual desaparecen las negruras del sofisma y de la imposición dogmática.

El Congreso obrero ferroviario, celebrado en Barcelona en diciembre de 1903, anunció que formaba parte de su programa una visita a la Escuela Moderna.

La idea fué acogida con júbilo por todos los alumnos, y para sacar de ella una utilidad, se les invitó a que formularan, cuantos se sintieran inspirados, un pensamiento adecuado a la circunstancia, los cuales serían leídos por sus autores en el acto de la visita.

Por causas imprevistas no se realizó la visita anunciada, mas habiendo recogido un hermoso ramillete de pensamientos infantiles que exhala el delicado perfume de la sinceridad del juicio despreocupado, matizado además por la gracia de la ingenuidad intuitiva, se publicó en el *Boletín*.

Hay que observar que se partía del tema obligado del saludo a obreros congresistas reunidos para tratar de mejorar sus condiciones de trabajo y de existencia, y resultó que los alumnos, a pesar de no existir indicio siquiera de sugestión y sin previa consulta mutua, como si se inspirasen en un criterio único, manifestaron una gran conformidad en sus afirmaciones, diferenciándose algo, no mucho, en la argumentación, por lo que se extractaron sus escritos, haciendo las supresiones necesarias para evitar la repetición, aunque dejando subsistente la ingenuidad y casi siempre la incorrección original.

Una niña de 9 años escribió:

Os saludo, queridos obreros, por el trabajo que hacéis en bien de la sociedad.

A vosotros y a todos los obreros hay que agradecer el trabajo con que se hace todo lo necesario para la vida, y no a los ricos, que os pagan un jornal mísero, y no os lo pagan para que viváis, sino porque si vosotros no trabajarais tendrían que trabajar ellos.

Un niño de 9 años, después de cariñoso saludo, dice:

La tierra debe pertenecer a los obreros lo mismo que a los demás. La naturaleza no ha creado hombres para que se queden con todo. La tierra debería cultivarse sin que el que trabaja fuera explotado y otro se comiera sus frutos. El obrero habita en casa pequeña y obscura, come poco y mal y no va en coche como el burgués. Si el obrero quisiera, todo sería suyo: si no, que se cuenten los obreros y los burgueses, ¿de cuáles hay más? Pues como los obreros son más, pronto, o mejor dicho, en seguida obtendrían su deseo.

Estos niños de 9 años, en esa cándida explosión del juicio, demuestran que pudieran ser maestros de muchos caducos economistas que inspiran su entendimiento en el respeto de lo existente sólo por serlo, sin considerar si en razón y en justicia tiene derecho a ser.

Niña de 11 años:

Llegará día en que sea más repartido el trabajo, domine la razón, prevalezca la ciencia y desaparezcan las clases sociales... El deber del hombre es hacer todo el bien posible, ya por medios manuales, ya intelectuales, con lo que sale beneficiado, y el que hace lo contrario es inhumano... La instrucción es la base de la humanidad y la redentora del hombre, pues ella le reintegrará en todos los derechos.

Niño de 11 años:

¡Salud, representantes del trabajo!... Vosotros, como obreros ferroviarios, guiáis potentes máquinas como si fueran inofensivos animalillos. Esas máquinas, como producto de la civilización humana y que a la humanidad debieran pertenecer, son propiedad de unos cuantos potentados a quienes nada ha costado su posesión, que ha sido adquirida con la explotación

de los trabajadores... Mientras vosotros sufrís el sol, la lluvia y la nieve cumpliendo vuestro trabajo, los satisfechos burgueses, quejándose de la poca velocidad del tren, se estiran en su coche-cama.

Niña de 11 años:

Celebro que os dediquéis a los trabajos ferroviarios para que adelante la industria y haya trenes que transporten viajeros, productos y muchas cosas de un pueblo a otro. Los que se dedican a esos trabajos y a los descubrimientos sí que hacen bien a la humanidad, y sin embargo, hay quien considera mejor a un general que ha ganado una batalla.

Niño de 11 años:

El trabajador, que debiera ser la admiración del mundo, es el más despreciado por nuestra sociedad. El nos proporciona vestido, casa y muebles; apacenta el ganado que nos suministra lana y carne; con trenes o buques nos lleva de un punto a otro, y nos presta muchos otros servicios. A él debemos la vida.

Niño de 11 años, que coincidiendo con algunos pensamientos expuestos dice:

Los parásitos que consumen y no producen pensando siempre en la explotación, desprecian al trabajador, que gana un jornal muy reducido trabajando muchas horas diarias casi sin poder mantener su familia. Si la sociedad estuviera organizada de otro modo, no habría quien se muriera de fastidio (modismo catalán), mientras los ricos están disfrutando.

En este grupo de intelectuales de 11 años se encuentran elementos para desarrollar un tratatado de sociología. En él se halla lo más importante: exposición de hechos, crítica y censura consiguiente, terminando con hermosa y sencilla afirmación del ideal.

Niño de 12 años :

¿ Quiénes son los que disfrutan del trabajo producido por los obreros ? Los ricos. ¿ Para que sirven los ricos ? Estos hombres son improductivos, por lo que se les puede comparar con las abejas, sino que éstas tienen más conocimiento, porque matan a los parásitos.

Niña de 12 años :

El trabajador es esclavo del burgués... Mientras los ricos se recrean por jardines y paseos, hay trabajadores a quien sus hijos les piden pan y no tiene para dárselo. ¿ Por qué sucede ésto ? Porque los ricos lo acaparan todo.

Niño de 12 años :

El obrero, además de trabajar ha de ir a la guerra, que es un gran mal, y mientras va a la guerra, sus padres quedan sin su ayuda ; pudiendo suceder que vuelva inútil para el trabajo. El día que se modifique la sociedad de modo que cada uno, cumpliendo sus deberes sociales, tenga asegurada la satisfacción de las necesidades, no habrá pobres ni ricos y todos serán felices.

Niña de 12 años :

Obreros que con vuestro trabajo acortáis las distancias por medio de las vías férreas, y tal vez llegará el día en que podáis hacer que desaparezcan las fronteras que separan una nación de otra, bien venidos seáis, porque con los ferrocarriles puede haber mucha industria y mucho adelanto, pueden también comunicarse sus pensamientos los ausentes hasta los países más remotos.

Niño de 12 años :

La mala organización social marca entre los hombres una separación injusta, pues hay dos clases de hombres, los que trabajan y los que no trabajan...

Cuando hay una huelga no se ven más que civiles a las puertas de las fábricas dispuestos a hacer uso del mauser. ¿ No valdría más que en vez de emplearse en eso se dedicaran a un oficio útil ?

Niña de 12 años :

Para que el obrero sea respetado como lo debe ser todo hombre y prevalezcan sus derechos sin ser insultado ni menospreciado, debe instruirse.

Niño de 12 años :

¿ Los hijos de los burgueses y los de los trabajadores, no son todos de carne y hueso ? pues ¿ por qué en la sociedad han de ser unos diferentes de otros ?

Sin faltar en este grupo nada de lo expuesto en el anterior, hay cierta nota de gran energía y más intensidad de sentimiento, sobresaliendo un pensamiento en que hay profundidad, verdad y una concisión correcta y bellísima.

Niña de 13 años :

La explotación del hombre por el hombre es despiadada, inhumana y cruel... ha de llegar día en que los trabajadores se unan para exigir de la burguesía que cese para siempre tan inicua explotación.

Niña de 14 años :

El deber de todo hombre es buscar y descubrir cuanto pueda ser útil para sí y para sus semejantes, ayudándoles en cuanto le sea posible y consolándoles en sus aflicciones. El que no obra así no merece el nombre de sér humano. La solidaridad, la fraternidad y la igualdad son las máximas aspiraciones de la sociedad futura.

Niña de 17 años :

Saludo y felicito a los obreros ferroviarios como representantes del trabajo y como amantes de la igual-

dad, cosas que concuerdan mal con esta sociedad egoísta, hipócrita y vana. Deseo que la obra emprendida en su congreso tenga éxito cumplido y que logren disminución de horas de trabajo y aumento de jornal, de que tanto necesitan para sus necesidades y para atender a su instrucción.

En la manera como las nacientes inteligencias desarrolladas en la Escuela Moderna, respondían a la excitación que se les había dirigido para que se manifestaran libremente acerca de la representación de una de las más importantes ramas del trabajo, no debe verse más que una demostración de saber positivo, ni menos una orientación en determinado sentido de la opinión, sino la genial espontaneidad con que los alumnos exteriorizaban su manera peculiar de sentir, libres de preocupaciones y convencionalismos.

La enseñanza racionalista progresaba. Hé aquí una bella manifestación de su progreso, tomada del *Boletín*:

CONFRATERNIDAD ESCOLAR

Los alumnos de la Clase elemental del Ateneo Obrero de Badalona han dirigido a los de la Escuela Moderna la siguiente carta:

A los niños de la Escuela Moderna - Barcelona

Queridos compañeros: Deseando ponernos en relación con niños de otras escuelas para trabar amistades e instruirnos mutuamente, nos dirigimos a vosotros para principiar nuestros propósitos.

Hace pocos días hemos empezado a leer *Las Aventuras de Nono*, que nos gustan muchísimo, y como nuestro profesor nos ha dicho que vosotros hace tiempo que las leéis, deseamos nos indiquéis algo de lo que habéis sacado de su lectura.

Aprovechamos esta ocasión para ofrecernos como buenos amigos vuestros, y sabed que estamos deseosos de conoceros, y que nuestro profesor nos ha prometido llevarnos a Barcelona a ver la Colección Zoológica del Parque; allí podremos vernos. Ya os lo anunciaremos.

Recibid de estos, ya vuestros amigos que esperan deseosos vuestras contestaciones, muchos abrazos para todos.

Os desean Salud y Amor, los niños de la Clase Elemental del Ateneo Obrero de Badalona.

En su nombre
FRANCISCO RODRÍGUEZ

Badalona 16 de febrero de 1904.

La lectura de esa carta en clase por el profesor badalonés, causó vivísima impresión en nuestros alumnos; todos, desde los párvulos a los de la superior, sintieron intensa simpatía por aquellos niños que les ofrecían confraternidad, y quedaron deseando el momento de demostrarlo prácticamente.

Invitados por los profesores a contestar a la feliz iniciativa de los niños badaloneses, como corresponde a pensamientos y a sentimientos tan humanamente bellos, cada cual tomó la pluma y todos hicieron su contestación.

Para dar una colectiva que forme una respuesta común con el elemento fundamental de cada individuo, como ha de suceder en todo

acto humano comunista, en que, como en aritmética, toda cantidad es la reunión de las unidades íntegras que la forman, tenemos 56 cartas; 16 de niñas y 11 de niños de la clase elemental, y 10 de niñas y 19 de niños de la clase superior: la alegría con que se recibe el saludo de amor y la idea de recíproca presentación en un día de recreo es unánime; la respuesta acerca de «lo que han sacado nuestros alumnos de *Las Aventuras de Nono*», quizá no es muy categórica, porque la mayor parte se contentan con decir que el libro les gusta mucho y refieren las escenas que son más de su agrado; no obstante hay varios, niñas y niños, no exclusivamente los mayores, que profundizan hasta formar juicios parciales y alguno general de la obra.

Lo notable en esta recopilación de contestaciones es que no hay nada contradictorio, cada alumno expone su impresión, y el que alcanza poco, aunque no sepa expresarlo, siente lo mismo que el que alcanza más; pudieran expresarse los pensamientos por una escala ascendente con una dirección única. Los hay que se encantan con el idilio de Autonomía, y quien se apena con la tiranía e insolidaridad de Argirocracia; uno se fija en la descripción del hogar de la familia de Nono; otro en la belleza de la práctica de la solidaridad que expresa magistralmente el cárabo con estas palabras: «sin darte cuenta de ello has puesto en práctica la gran ley de la solidaridad universal que quiere que todos los seres se ayuden mutuamente». Todo está tenido en cuenta y para cada nota hay su intérprete: la libertad del trabajo, la

igualdad social, el inconveniente y las consecuencias del vicio y de la falta de recíproca sinceridad, la gracia consecuencia de la felicidad general y armónica, el heroismo de los solidarios, la grata sensación de la belleza natural y de la poesía, hasta la nota cómica se halla apuntada: no falta a quien le haya caído en gracia el golpe que dió Nono a la nariz de Monadio.

Con todos esos elementos y con frases textuales levemente corregidas de la mayor parte, y no de todos para evitar repeticiones, se compuso la siguiente carta, que si no podían firmar todos por la integridad de su forma, sí podían hacerlo por su fondo de pensamiento y de sentimiento.

A los niños de la Clase Elemental
del Ateneo Obrero de Badalona

Queridos compañeros:

Lo mismo que vosotros deseamos ponernos en relación con niños bien educados para practicar la amistad y la solidaridad.

Aceptamos con alegría vuestra proposición y esperamos impacientes el momento de conoceros, de jugar con vosotros, de comunicarnos nuestros conocimientos y de hablar de ese hermoso libro *Las Aventuras de Nono* que tanto os gusta ahora que empezáis a leerlo, y que tanto amamos nosotros que ya le hemos leído.

Considerad que hemos de esforzar nuestras inteligencias para llevar esta sociedad más cerca de los propósitos que tuvieron nuestros padres y que no han podido conseguir; a eso estamos llamados.

¡Qué hermoso es el país de Autonomía! Allí se está muy bien; se trabaja, se descansa y se juega cuando se quiere; cuando uno hace lo que desea, como debiera hacerse entre los hombres; no hay dinero, ni centi-

nelas, ni guardas rurales, ni soldados que tengan cara de garduña o de hiena, ni ricos que vivan en palacios y se paseen en coche junto a pobres que vivan en malas habitaciones y mueran de hambre después de trabajar mucho; no hay ladrones, porque todo es de todos y no se practica la explotación del hombre por el hombre. En país tan delicioso quisiéramos vivir todos. Ese país lo sueña Nono, hoy no es posible pero vendrá un día que lo será; para que lo sea pronto debemos trabajar todos, porque Autonomía es un ejemplo de la sociedad futura. Hemos deducido que es de aquella manera como se tiene que vivir, no de la manera que vivimos actualmente, tan lejos de la verdadera y completa civilización.

Argirocracia es una repetición de lo que sucede en la sociedad actual; todos los países, unos más que otros, todos imitan a Argirocracia, país fatal donde existe la explotación, donde hay quien trabaja y quien se recrea, donde unos sirven a otros y se encierra en la cárcel a los que hablan de la felicidad con que se vive en Autonomía.

En resumen: *Las Aventuras de Nono* es un libro instructivo que ha de leerse con mucho cuidado, y que casi todo él quiere decir que un país donde todos trabajan para uno y uno para todos, y no hay dinero, ni ladrones, ni quien imponga las leyes que les plazca, ni armas, y donde se fomenta la ciencia y el arte es como habría de ser todo el mundo.

Esperando el momento de conoceros, repetimos vuestra despedida:

Salud y Amor.

ALUMNAS Y ALUMNOS
DE LA ESCUELA MODERNA

Barcelona.

XVI

Boletín de la Escuela Moderna

La Escuela Moderna necesitó y tuvo su órgano en la prensa.

La prensa política o la de información, lo mismo cuando nos favorecía que cuando empezó a señalar esta institución como peligrosa, no solía mantenerse en la recta imparcialidad, llevando las alabanzas por la vía de la exageración o de la falsa interpretación, o revistiendo las censuras con los caracteres de la calumnia. Contra estos daños no había más remedio que la sinceridad y la claridad de nuestras propias manifestaciones, ya que dejarlos sin rectificación era una causa perenne de desprestigio, y el *Boletín de la Escuela Moderna* llenó cumplidamente su misión.

Por la Dirección se insertaban en él los programas de la escuela, noticias interesantes de la misma, datos estadísticos, estudios pedagógicos originales de sus profesores, noticias del progreso de la enseñanza racional en el propio país o en distintos países, traducciones de artículos

notables de revistas y periódicos extranjeros concordantes con el carácter predominante de la publicación, reseñas de las conferencias dominicales y en último término los avisos de los Concursos públicos para completar nuestro profesorado y los anuncios de nuestra Biblioteca.

Una de las secciones del *Boletín* que mayor éxito alcanzaron, fué la destinada a la publicación de pensamientos de los alumnos. Más que una exposición de sus adelantos, en cuyo concepto jamás se hubieran publicado, era la manifestación espontánea del sentido común. Niñas y niños, sin diferencia apreciable en concepto intelectual por causa del sexo, en el choque con la realidad de la vida que les ofrecían las explicaciones de los profesores y las lecturas, consignaban sus impresiones en sencillas notas que si a veces eran juicios simplistas e incompletos, muchas más resultaban de incontrastable lógica que trataban asuntos filosóficos, políticos o sociales de importancia.

Al principio se distribuía gratuitamente a los alumnos y servía también de cambio con diversas publicaciones, empezando luego a ser solicitada su adquisición, por lo que fué necesario abrir una subscripción pública.

Llegado este caso, el *Boletín*, a la vez que órgano de la Escuela Moderna, adquirió el carácter de revista filosófica, en que perseveró con regular aceptación, hasta que llegó el momento de la persecución y cierre de la Escuela.

Como prueba de la importante misión del *Boletín*, además de su utilidad ya demostrada por los datos y artículos preinsertos, véase el

que publiqué en el núm. 5 del año 4.º, aplicando un correctivo a ciertos profesores laicos que iniciaron inconscientemente una desviación:

EL AHORRO ESCOLAR

En la escuela de un Ateneo Obrero se ha introducido la novedad de la fundación de una caja de ahorros administrada por los niños.

La noticia, difundida por la prensa en tono laudatorio y como pidiendo admiración e imitación, nos induce a manifestar nuestra opinión sobre el asunto, pensando que si unos tienen derecho a hacer y a decir, el mismo derecho tenemos nosotros a juzgar, contribuyendo así a dar consistencia racional a la opinión pública.

Ante todo hemos de observar que la idea *economía* es muy diferente, por no decir antitética, de la idea *ahorro*; y si se trata de inspirar a los niños el conocimiento y la práctica de la economía, no se conseguirá enseñándoles a ahorrar.

Economía significa uso prudente, metódico y previsor de los bienes, y *ahorro* es reducción y limitación del uso de esos bienes. *Economizando* se evita el derroche; *ahorrando*, el que no dispone de lo superfluo, se priva siempre de lo necesario.

¿Poseen lo superfluo esos niños a quienes se quiere enseñar la práctica del ahorro? El título de la corporación que auspicia esa escuela nos da contestación negativa. Los obreros socios de

ese Ateneo que envían sus hijos a esa escuela, viven del salario, cantidad mínima que, determinada por la oferta y la demanda, pagan los capitalistas por el trabajo; y con el salario, no sólo no se llega jamás a lo superfluo, sino que, hallándose monopolizada por los privilegiados la riqueza social, distan mucho los trabajadores de alcanzar lo que necesitan para disfrutar vida regular en concordancia con los beneficios aportados a la generación presente por la civilización y el progreso.

Pues esos niños, hijos de obreros, futuros obreros, a quienes se enseña el ahorro, que es privación voluntaria con apariencia de interés, se les prepara, con esa enseñanza, a la sumisión al privilegio, y, queriendo iniciarles en el conocimiento de la economía, lo que se hace verdaderamente es convertirles en víctimas y cómplices del desbarajuste económico de la sociedad capitalista.

El niño obrero es un niño hombre, y como tal tiene derecho al desarrollo de todas sus aptitudes y facultades, a la satisfacción de todas sus necesidades morales y físicas, porque para eso está instituída la sociedad, la cual no ha de comprimir ni sujetar al individuo a su manera de ser, como por irracional egoismo intentan los privilegiados, los estacionarios, los que viven gozando de lo que los otros producen, sino que ha de representar el fiel de la balanza de la reciprocidad entre los derechos y los deberes de todos los asociados.

Sí; porque se pide al individuo que haga a la sociedad la ofrenda de sus derechos, de sus

necesidades y de sus placeres; porque semejante desorden se quiere que sea el orden por la paciencia, por el sufrimiento y aun por un falso raciocinio, enaltecemos la economía y censuramos el ahorro, y pensamos que no debe enseñarse a niños que han de ser trabajadores en una sociedad en donde el término medio de la mortalidad de los pobres que viven sin libertad, sin instrucción, sin alegría, tiene cifras espantosas, comparado con el de los parásitos que viven y triunfan a sus anchas.

Los que por *sociolatría* quieran menoscabar en lo más mínimo el derecho del hombre, lean este enérgico y bello apóstrofe de Pi y Margall: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas, y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.»

Partiendo de esas consideraciones y aplicándolas a la pedagogía, juzgamos necesario que los niños comprendan que derrochar toda clase de materiales y objetos es contrario al bienestar general; que si el niño malgasta papel, pierde plumas o estropea libros, impide sacar de ellos mayor utilidad e irroga un perjuicio a sus padres o a la escuela. Todavía puede inculcárseles la previsión respecto de abstenerse de adquirir cosas baladíes, y aun haciéndoles pensar en la falta de trabajo, en la enfermedad y aun en la vejez; pero no se diga, y menos lo diga un maestro, que con el salario, que no alcanza a satisfacer las necesidades de la vida, puede asegurarse la vida; porque eso es aritmética falsa.

Los trabajadores quedan privados de la ciencia universitaria; no frecuentan el teatro ni los conciertos; ni viajan; ni se extasían ante las maravillas del arte, de la industria y de la naturaleza esparcidas por el mundo; ni saturan sus pulmones durante una temporada de oxígeno reparador; ni tienen a su alcance el libro y la revista que establecen la común elevación del entendimiento, antes al contrario sufren todo género de privaciones y hasta pueden sufrir tremenda crisis por exceso de producción, y no han de ser los maestros quienes oculten esas tristes verdades a los niños y por añadidura les enseñen que una cantidad menor puede igualar y aun superar a otra mayor.

Hoy que por el poder de la ciencia y de la industria está patente que hay de sobra para todos en el banquete de la vida, no ha de enseñarse en la escuela, para servicio del privilegio, que los pobres han de organizar servilmente el aprovechamiento de las migajas y de los desperdicios.

No prostituyamos la enseñanza.

En mi propósito de evitar desviaciones en la enseñanza popular, me creí en el deber de dirigir desde el *Boletín* la siguiente censura:

A PROPÓSITO DE SUBVENCIONES

Tristeza e indignación nos causó leer la lista de subvenciones que el Ayuntamiento de Barcelona votó para ciertas sociedades populares que fomentan la enseñanza.

Vimos cantidades destinadas a Fraternidades Republicanas y otros Centros similares, y no solamente estas corporaciones no han rechazado la subvención, sino que han votado mensajes de agradecimiento al concejal del distrito o al Ayuntamiento en pleno.

Que suceda esto entre gente católica y ultra conservadora se comprende, ya que el predominio de la iglesia y de la sociedad capitalista puede sólo mantenerse gracias al sistema de caridad y protección bien entendidas con que dichas entidades saben contener al pueblo desheredado, siempre conformado y siempre confiado en la bondad de sus amos. Pero que los republicanos se transformen de revolucionarios que deben ser en pedigüeños, cual cristianos humildísimos, eso sí que no podemos verlo sin dar la voz de alerta a los que de buena fe militan en el campo republicano.

¡Alerta! les decimos: ¡alerta! que educáis mal vuestros hijos y seguís mal camino al pretender regeneraros recibiendo limosnas ¡Alerta! que no os emanciparéis ni emanciparéis a vuestros hijos confiando en fuerzas ajenas y en protecciones oficiales o particulares.

Pásese que por la ignorancia de la realidad de las cosas en que vegetan los católicos lo esperen todo de un dios, de un san José, o de otro mito semejante, ya que si bien no pueden asegurarse de la eficacia de sus plegarias en esta vida, se consuelan en la creencia de ser correspondidos después de muertos.

Pásese también que los jugadores a la lotería desconozcan el engaño de que son víctimas

moral y materialmente de parte de los gobiernos, puesto que cobran algo de lo mucho que en conjunto pierden, y se puede dispensar a la gente ignorante o jugadora que esperen su bienestar de la suerte y no de su energía.

Pero, que tiendan de ese modo la mano pedigüeña los hombres que en són de protesta revolucionaria se unen para cambiar de régimen; que admitan y agradezcan dádivas humillantes y no sepan confiar en la energía que ha de dar la convicción de su razón y de su fuerza, lo repetimos, entristece e indigna.

¡Alerta, pues, los hombres de buena fe! con tales procedimientos no se va a la enseñanza verdadera de la infancia, sino a su domesticidad.

Tras un año de suspensión, después de la clausura de la Escuela Moderna y durante mi proceso y prisión en Madrid, reapareció el *Boletín*, insertando en el primer número de su segunda época, 1.º de mayo de 1908, la siguiente declaración:

Á TODOS

Decíamos ayer...

Nunca con mayor oportunidad que en la ocasión presente, al dar a luz el primer número de la segunda época de nuestro *Boletín*, podríamos emplear esta histórica frase: La Escuela Moderna continúa su marcha, sin rectificar procedimientos, métodos, orientaciones ni propósi-

tos; continúa su marcha ascendente hacia el ideal, porque tiene la evidencia de que su misión es redentora y contribuye a preparar, por medio de la educación racional y científica, una humanidad más buena, más perfecta, más justa que la humanidad presente. Ésta se debate entre odios y miserias, aquélla será el resultado de la labor realizada durante siglos para la conquista de la paz universal.

No tenemos que rectificar una tilde de nuestra obra hasta el presente; es nuestra convicción íntima, cada vez más intensa, de que sin una absoluta reforma de los medios educadores no será posible orientar la humanidad hacia el porvenir. A ello vamos; por medio de escuelas, donde puedan crearse escuelas; por medio de nuestros libros, cuya Biblioteca aumenta día tras día intensificando la difusión de las verdades demostradas por la ciencia; por medio de la palabra, en conferencias que lleven a los cerebros la luz de la verdad contra los errores tradicionales; por medio de este *Boletín*, donde adquieren vida nuestras aspiraciones, para que la serenidad del estudio pueda tener su influencia por el vehículo de la palabra escrita.

Nuestros amigos, los que durante cinco años nos han acompañado en nuestra querida Escuela Moderna y se solidarizaron con los hombres progresivos del mundo entero para impedir la injusticia que la reacción pretendiera llevar a cabo en la persona de su fundador, no habrán de volver la vista atrás: al contrario, alta la frente, fija la mirada en un mañana de justicia y de amor, nos ayudarán con mayores energías

a realizar esta obra de verdadera y fecunda redención.

A la prensa, la expresión de nuestra solidaridad profesional y nuestro afectuoso saludo.

A los buenos, nuestra mano les estrecha efusiva en signo de paz.

Salud.

Como muestra de la labor del *Boletín*, inserto a continuación el siguiente artículo, traducido, que une a la competencia pedagógica, la clara visión del ideal de la enseñanza.

LA EDUCACIÓN DEL PORVENIR

La idea fundamental de la reforma que introducirá el porvenir en la educación de los niños, consistirá en reemplazar, en todos los modos de actividad, la imposición artificial de una disciplina de convención por la imposición natural de los hechos.

Considérese lo que se hace al presente: fuera de las necesidades del niño, se ha elaborado un programa de los conocimientos que se juzgan necesarios a su cultura, y, de grado o por fuerza, sin reparar en los medios, es preciso que los aprenda.

Pero únicamente los profesores comprenden ese programa y conocen su objeto y su alcance; no el niño. He ahí de dónde proceden todos los vicios de la educación moderna. En efecto, quitando a las voliciones y a los actos su razón natural, es decir, la imposición de la necesidad

o del deseo; pretendiendo reemplazarla por una razón artificial, un deber abstracto, inexistente para quien no puede concebirlo, se ha de instituir un sistema de disciplina que ha de producir necesariamente los peores resultados: constante rebeldía del niño contra la autoridad arbitraria de los maestros, distracción y pereza perpetuas, mala voluntad evidente. ¡Y a qué maniobras han de recurrir los profesores para dominar la irreductible dificultad! Por todos los medios, algunos indecorosos, procuran captar la atención del niño, su actividad y su voluntad, siendo los más ingeniosos en tales prácticas considerados como los mejores educadores.

Tiénense por dichosos cuando logran una apariencia de éxito; pero no se llega jamás sino a las apariencias, allí donde el objeto artificial reemplaza la razón única y superior de la acción, la necesidad que impone la necesidad. Todo el mundo ha podido sentir que sólo el trabajo que determina el deseo es realmente valedero. Cuando desaparece esta razón sobreviene la negligencia, la pena y la fealdad.

En nuestras sociedades la razón artificial del trabajo tiende a reemplazar por todas partes la imposición lógica y saludable de la necesidad, del deseo natural de conseguir un resultado, de realizar; la conquista del dinero aparece a los ojos de los hombres de nuestra época como el verdadero objeto del esfuerzo. Pero es lo cierto que la educación moderna no hace nada para reaccionar contra esa concepción perniciosa, sino todo lo contrario. Por eso aumenta de día

en día la caza única del dinero en sustitución del hermoso instinto del cumplimiento que se encuentra en los únicos hombres cuyas voliciones no hayan sido falseadas, a quienes ha quedado la razón normal del acto y que trabajan para realizar lo que han concebido, en un noble desprecio del dinero. ¿Cómo podría exigirse que unos individuos que han sido habituados desde la infancia a obrar por la voluntad ajena, bajo la opresión de la ley exterior, en vista de un resultado cuya importancia no comprenden, — ya que la significación del trabajo se define sencillamente por el castigo y la recompensa — fuesen capaces de interesarse en lo que hace la belleza, la nobleza del esfuerzo humano, su lucha eterna contra las fuerzas ciegas de la Naturaleza?

La mala concepción de la educación ha causado la enfermedad orgánica de nuestras sociedades: la necesidad de llegar a ser algo, de gozar; el desprecio, el odio al trabajo; el ansia de la vida, que no sabe cómo satisfacerse; la hostilidad espantosa de los seres que se odian y tratan de destruirse mutuamente. Se ha olvidado que lo que es preciso defender y conservar a toda costa en el hombre es el juego natural de sus actividades, las cuales, todas, deben dirigirse y desplegarse hacia el exterior en el sentido de todo el esfuerzo social. *¡La lucha por la existencia!* ¡Cómo se ha abusado de esa frase, y qué a propósito ha venido para excusar tantas infamias! Y también, ¡qué mal ha sido comprendida! Se entiende de manera que es hasta la negación de los principios naturales de

la sociedad: en ninguna parte en la Naturaleza se encuentra ejemplo de la aberración que se la quiere hacer que exprese. No hay organismo, no hay colonia animal donde los elementos individuales traten de destruirse mutuamente; al contrario, todos juntos luchan contra las influencias hostiles del medio, y las transformaciones funcionales que se cumplen entre ellos son diferenciaciones necesarias, cambios saludables en la organización general, no destrucciones.

Ante todo, es preciso que la vida sea tal, llegue a ser tal, que el hombre trabaje y luche únicamente por ser útil a sus semejantes: para ésto se necesita sencillamente que guarde y fortifique en sí mismo el instinto de defensa contra las fuerzas hostiles de la Naturaleza; que haya aprendido a amar el trabajo por los goces que procuran los cumplimientos queridos, propuestos y larga y obstinadamente trabajado para conseguirlos; que comprenda la extensión inmensa y la belleza sublime del esfuerzo humano. Nuestros grandes hombres, nuestros inventores, nuestros sabios, nuestros artistas, lo son porque han conservado la excelente cualidad de querer, no contra sus semejantes, sino para ellos. A los ojos de sus contemporáneos, pasan por seres extraños, y, siendo los que más en consonancia se hallan con el conjunto armónico de las leyes de la existencia, antes de alcanzar el éxito, son tenidos por visionarios.

Una educación racional será, pues, la que conserve al hombre la facultad de querer, de pensar, de idealizar, de esperar; la que esté

basada únicamente sobre las necesidades naturales de la vida; la que deje manifestarse libremente esas necesidades; la que facilite lo más posible el desarrollo y la efectividad de las fuerzas del organismo para que todas se concentren sobre un mismo objetivo exterior: la lucha por el trabajo para el cumplimiento que reclama el pensamiento.

Se renovarán, pues, por completo las bases de la educación actual: en lugar de fundar todo sobre la instrucción teórica, sobre la adquisición de conocimientos que no tienen significación para el niño, se partirá de la instrucción práctica, aquella cuyo objeto se le muestre claramente, es decir, se comenzará por la enseñanza del trabajo manual.

La razón de ello es lógica. La instrucción, por sí, no tiene utilidad para el niño. No comprende por qué se le enseña a leer, escribir, y se le atesta la cabeza de física, de geografía o de historia. Todo eso le parece completamente inútil, y lo demuestra resistiéndose a ello con todas sus fuerzas. Se llena de ciencia, y lo desecha lo más pronto posible, y nótese bien que en todas partes, lo mismo en la educación moral y física que en la educación intelectual, la razón natural ausente se reemplaza por la razón artificial.

Se trata de fundar todo sobre la razón natural. Para esto nos bastará recordar que el hombre primitivo ha comenzado su evolución hacia la civilización por el trabajo determinado por la necesidad de lo necesario; el sufrimiento le ha hecho crear medios de defensa y de

lucha, de donde han nacido poco a poco los oficios. El niño tiene en sí una necesidad atávica de trabajo suficiente para reemplazar las circunstancias iniciales, al que basta sencillamente con secundarle. Organícese el trabajo en su derredor, manténgase en él la disciplina lógica y legítima de su cumplimiento, y se llegará fácilmente a una educación completa, fácil y saludable,

No tendremos que hacer más que esperar que el niño venga a nosotros. Basta haber vivido un poco la vida del niño para saber que un irresistible deseo le impulsa al trabajo. ¡Y cuánto se hace para aniquilar en él esa buena disposición! ¿Quién osará después hablar de vicio y de pereza? Un hombre y un niño sanos tienen necesidad de trabajar: lo prueba la historia entera de la humanidad.

El niño abandona poco a poco el juego, que no es en sí más que una forma de trabajo, una manifestación innata de ese deseo de actividad que no ha encontrado dirección aún, o funda su razón de ser en el gusto atávico de la lucha subsistente desde los períodos primitivos de la vida humana; abandona el juego bajo el impulso de la necesidad que nace lentamente y del atractivo del ejemplo: se trabaja cerca de él y aspira con todas sus fuerzas al trabajo.

Entonces se interpone la influencia del educador; influencia oculta e indirecta; su ciencia de la vida le ayuda a comprender lo que sucede en el niño, a distinguir sus deseos, a suplir la incertidumbre y la inconsciencia de sus vo-

luntades; sabe ofrecerle lo que pide; le basta estudiar la vida primitiva de los salvajes para saber lo que desea hacer.

Y en la continuación todo será fácil, natural, sencillo. El oficio tiene su lógica inflexible: conduce el trabajo mejor que lo que podría hacerlo la alta ciencia; bastará que los profesores no le dejen, desviarse hacia las imperfecciones del trabajo primitivo, hacia un esfuerzo de ignorante, sino que le impondrán tal como ha llegado a través de los progresos de los pueblos avanzados hasta la voluntad del niño, exigiendo de él el esfuerzo de una realización en la cual se entrelazarán todos los conocimientos humanos necesarios.

Fácilmente se comprende que todo oficio en nuestros días, para ser convenientemente conocido y ejercido, se acompaña de un trabajo intelectual que necesita los conocimientos que constituyen precisamente el conjunto de esta instrucción que al presente se limitan a inculcar teóricamente. A medida que el niño avance en su aprendizaje, se le presentará la necesidad de saber, de instruirse, y entonces se tendrá cuidado de no ahogar esa necesidad, sino que, al contrario, una vez sentida y manifestada se le facilitarán los medios de satisfacerla, y entonces se instruirá lógicamente, en virtud de las necesidades mismas de su trabajo, teniendo siempre a la vista la causa determinante de su querer.

Es inútil insistir sobre la cualidad de semejante trabajo y los excelentes resultados que necesariamente ha de producir. Por la combi-

nación de los oficios, podrán adquirirse los conocimientos necesarios a una educación mucho más fuerte y sana que la compuesta toda de apariencias que se da actualmente.

¿Dónde queda la imposición a todo esto? El educador pedirá sencillamente ayuda a la Naturaleza, y donde quiera que halle dificultades indagará en qué pueda haberla contrariado; a ella confiará el cuidado de su disciplina y la será admirablemente conservada.

Trabajando así en la educación de los hombres es como infaliblemente puede esperarse una humanidad mejor, empeñada en su tarea; conservando todo el vigor de su voluntad, toda su salud moral; marchando siempre hacia nuevos ideales; una humanidad no mezquinamente dedicada a una lucha estúpida, no sórdidamente sujeta a la hartura de sus apetitos, miserablemente entregada a sus vicios y a sus mentiras, triste, rencorosa, depravada, sino siempre amante, bella y alegre.

XVII

Clausura de la Escuela Moderna

He llegado al punto culminante de mi vida y de mi obra.

Mis enemigos, que lo son todos los reaccionarios del mundo, representados por los estacionarios y los regresivos de Barcelona en primer término y luego de toda España, se creyeron triunfantes con haberme incluído en un proceso con amenaza de muerte y de memoria infamada y con cerrar la Escuela Moderna; pero su triunfo no pasó de un episodio de la lucha emprendida por el racionalismo práctico contra la gran rémora atávica y tradicionalista. La torpe osadía con que llegaron a pedir contra mí la pena de muerte, desvanecida, menos por la rectitud del tribunal que por mi resplandeciente inocencia, me atrajo la simpatía de todos los liberales, mejor dicho, de todos los verdaderos progresistas del mundo, y fijó su atención sobre la significación y el ideal de la Escuela Moderna, produciendo un movimiento universal de protesta y de admiración no interrumpido durante un año, de mayo de 1906 a mayo y junio de 1907, que refleja la prensa de todos los idio-

mas de la civilización moderna de aquel período con sus artículos editoriales o de distinguida colaboración, o con la reseña de mitins, conferencias o manifestaciones populares.

En resumen. los encarnizados enemigos de la obra y del obrero fueron sus más eficaces cooperadores, facilitando la creación del racionalismo internacional.

Reconocí mi pequeñez ante tanta grandiosidad. Iluminado siempre por la luz inextinguible del ideal, concebí y llevé a la práctica la creación de la Liga Internacional para la Educación racional de la Infancia, en cuyas secciones, extendidas ya por todo el mundo, se agrupan los hombres que representan la flor del pensamiento y la energía regeneradora de la sociedad, cuyo órgano es *L'Ecole Renovée,* de Bruselas, secundado por el *Boletín de la Escuela Moderna,* de Barcelona, y *La Scuola Laica,* de Roma, que exponen, discuten y difunden todas las novedades pedagógicas encaminadas a depurar la ciencia de todo contacto impuro con el error, a desaparecer toda credulidad, a la perfecta concordancia entre lo que se cree y lo que se sabe y a destruir el privilegio de aquel esoterismo que desde los más remotos tiempos venía dejando el exoterismo para la canalla.

De esa recopilación del saber, efectuada por esa gran reunión del querer, ha de brotar la gran determinante de una acción poderosa, consciente y combinada, que dé a la revolución futura el carácter de manifestación práctica de aplicación sociológica, sin apasionamientos ni

venganzas, sin tragedias terroríficas ni sacrificios heroicos, sin tanteos estériles, sin desfallecimientos de ilusos y apasionados, sin traiciones compradas por la reacción, porque la enseñanza científica y racional habrá disuelto la masa popular para hacer de cada mujer y de cada hombre un sér consciente, responsable y activo, que determinará su voluntad por su propio juicio, asesorado por su propio conocimiento, libres ya para siempre de la pasión sugerida por los explotadores del respeto a lo tradicional y de la charlatanería de los modernos forjadores de programas políticos.

Lo que en la vía progresiva pierda la revolución de su característica dramática lo ganará la evolución en firmeza, estabilidad y continuidad, y la visión de la sociedad razonable, que entrevieron los revolucionarios de todos los tiempos y que prometen con certeza los sociólogos, se ofrecerá a la vista de nuestros sucesores, no como sueño de ilusorios utopistas, sino como triunfo positivo y merecido debido a la eficacia altamente revolucionaria de la razón y de la ciencia.

La fama que adquirió la novedad educativa e instructiva de la Escuela Moderna fijó la atención de cuantos concedían importancia especial a la enseñanza, y todos quisieron conocer el nuevo sistema.

Había escuelas laicas particulares unas y sostenidas por sociedades otras, y sus directores y sostenedores quisieron apreciar la diferencia que pudiera existir entre sus prácticas y las novedades racionalistas, y constantemente acu-

dían individuos y comisiones a visitar la Escuela y a consultarme. Yo satisfacía complaciente sus consultas, desvanecía sus dudas y les excitaba a que entraran en la nueva vía, y pronto se iniciaron los propósitos de reformar las escuelas creadas y de crear otras nuevas tomando por tipo la Escuela Moderna.

El entusiasmo fué grande, hubo en él fuerza impulsiva capaz de realizar grandes empresas, pero surgió una dificultad grave como no podía menos de suceder: faltaban maestros, y, lo que es peor, no había medio de improvisarlos. Los profesores titulares, siendo ya escasos los excedentes, tenían dos géneros de inconvenientes, la rutina-pedagógica y el temor a las contingencias del porvenir, y fueron muy pocos, constituyendo honrosas excepciones, los que por altruismo y por amor al ideal se lanzaron a la aventura progresiva. Los jóvenes instruídos de ambos sexos que pudieran dedicarse a la enseñanza, constituían el recurso a que había que recurrir para salvar tan grave deficiencia; ¿pero quién les había de iniciar en el profesorado? ¿dónde habían de practicar su aprendizaje? Se me presentaban a veces comisiones de sociedades obreras y políticas anunciándome que habían acordado la implantación de una escuela; disponían de buen local, podían adquirir el material necesario, contaban con la Biblioteca de la Escuela Moderna, — ¿tienen ustedes profesor? — les preguntaba yo, y me respondían negativamente confiados en que eso era cosa fácil de arreglar; — pues, como si no tuvieran nada; — les replicaba.

En efecto, constituído, por efecto de las circunstancias, en director de la enseñanza racionalista, por las constantes consultas y las demandas de los aspirantes al profesorado, ví palpablemente aquella gran falta, que procuré subsanar con mis explicaciones particulares y con la admisión de jóvenes auxiliares en las clases de la Escuela Moderna. En sus resultados ha habido de todo: hay actualmente profesores dignos que empezaron allí su carrera y siguen como firmes sostenedores de la enseñanza racional; y otros que fracasaron por incapacidad intelectual o moral.

No queriendo esperar a que los alumnos de la misma Escuela Moderna que se dedicaran al profesorado llegaran al tiempo indipensable para su ejercicio, instituí la Escuela Normal, de que se habla en otro lugar, convencido por la experiencia de que si en la Escuela científica y racional está la clave del problema social, para hallar esa clave se necesita, ante todo, preparar un profesorado apto y capaz para tan grandioso destino.

Como resultado práctico y positivo de cuanto queda expuesto, puedo asegurar que la Escuela Moderna de Barcelona fué un felicísimo ensayo que se distinguió por estos dos caracteres:

1.º *Dió la norma, aun siendo susceptible de perfeccionamientos sucesivos, de lo que ha de ser la enseñanza en la sociedad regenerada.*

2.º *Dió el impulso creador de esa enseñanza.*

No había antes enseñanza en el verdadera sentido de la palabra: había tradición de errores y preocupaciones dogmáticas, de carácter autoritario, mezclados con verdades descubiertas por los excepcionales del genio, que se imponían por su brillo deslumbrador, para los privilegiados en la Universidad; y para el pueblo había la instrucción primaria, que era y es, por desgracia, una especie de domesticación; la escuela era algo así como un picadero donde se domaban las energías naturales para que los desheredados sufrieran, resignados, la ínfima condición a que se les reducía.

La verdadera enseñanza, la que prescinde de la fe, la que ilumina con los resplandores de la evidencia, porque se halla contrastada y comprobada a cada instante por la experiencia, que posee la infalibilidad falsamente atribuída al mito creador, la que no puede engañarse ni engañarnos, es la iniciada con la Escuela Moderna.

En su efímera existencia produjo beneficios notabilísimos: niño admitido en la escuela y en contacto con sus compañeros, sufría rápida modificación en sus costumbres, como he observado ya: empezaba por ser limpio, dejaba de ser camorrista, no perseguía a los animales callejeros, no imitaba en sus juegos el bárbaro espectáculo llamado fiesta nacional, y, elevando su mentalidad y purificando sus sentimientos, lamentaba las injusticias sociales que de modo tan sensible, como llagas que por su abundancia y gravedad no pueden ocultarse, se ponen de manifiesto a cada instante. Del

mismo modo detestaba la guerra, y no podía admitir que la gloria nacional, en vez de tomar por fundamento la mayor suma de bondad y felicidad de un pueblo, se fundara en la conquista, en la dominación y en la más inicua violencia.

La influencia de la Escuela Moderna, extendida por las demás escuelas que a modo de sucursales se fueron creando por la adopción de su sistema, sostenidas por centros y sociedades obreras, se introdujo en las familias por mediación de los niños, quienes iluminados por los destellos de la razón y de la ciencia, se convirtieron inconscientemente en maestros de sus mismos padres, y éstos, llevando esa influencia al círculo de sus relaciones, ejercieron cierta saludable difusión.

Por la extensión manifiesta de esa influencia se atrajo el odio de ese jesuitismo de hábito corto y largo que, como víboras en sus escondrijos, se cobija en los palacios, en los templos y en los conventos de Barcelona, y ese odio inspiró el plan que cerró la Escuela Moderna, cerrada aún, pero que en la actualidad reconcentra sus fuerzas, define y perfecciona su plan y adquiere el vigor necesario para alcanzar el puesto y la consideración de verdadera obra indispensable del progreso.

Hé ahí lo que fué, lo que es y lo que ha de ser la Escuela Moderna.

MANIFESTACIÓN EDITORIAL

He ahí la obra de Ferrer expuesta por él mismo con ingenua franqueza.

Las páginas que preceden, manifestación clara de un juicio recto, de una voluntad firme y de un sentimiento altruísta, representan la palabra inextinguible que guía por la senda progresiva de la perfección.

En vano se quiso destruir su obra con la arbitrariedad y acallar su voz con el martirio: Ferrer, sacrificado en Montjuich y enterrado en el departamento de los impenitentes del cementerio de Barcelona, habla al mundo, destruye el imperio de la tradición, asusta y sobrecoge a explotadores y tiranos, abre vía libre al porvenir, emancipa la infancia y anuncia la próxima existencia de aquellas generaciones de hombres libres que por sí mismos han de reorganizar la sociedad de modo que llene cumplida y perfectamente sus funciones, sin privilegios ni deficiencias, sin autoritarismos ni sumisiones, con la satisfacción, con el beneplácito, con la alegría de todos, con la armonía de la Naturaleza, de la Ciencia y del Arte, que dará a la humanidad el goce de la vida intensa correspondiente a la normalidad del tipo humano.

Los que quisieron impedir la implantación y desarrollo de la enseñanza racionalista, iniciada por la Escuela Moderna, complicando a Ferrer primeramente en un crimen, de cuyo proceso salió absuelto, y atribuyéndole después la responsabilidad de un movimiento revolucionario fracasado, no pudieron, no podrán jamás lograr su objeto, porque en nuestro estado actual de civilización, por atrasado que se halle para los que sienten impaciencia por un porvenir justiciero y reparador, tenemos los continentes cruzados en todas direcciones por inmensa red de ferrocarriles, y los mares surcados por miles de rápidos buques que transportan de cerca y de lejos viajeros, mercancías, libros y periódicos, junto con otra red no menos extensa de telégrafos y teléfonos, que extienden las ideas por todo el mundo de modo semejante a la circulación de la sangre, que no deja órgano ni diminuta célula adonde no lleve su vivífica influencia.

Contra ese inmenso poder, producto natural y resultado científico, son leves entorpecimientos las legislaciones y los tribunales arcaicos. A pesar de la Junta de Salamanca, Colón descubrió la América; contra la sagrada escritura y a pesar del fallo de un tribunal inquisitorial, Galileo demostró el movimiento de la tierra; ¿quién duda que el cierre de la Escuela Moderna y el sacrificio de Ferrer no impedirán, en un porvenir próximo, la participación de los actuales desheredados en el tesoro científico de la humanidad, tras el abandono de los privilegios universitarios?

Una vez más se ha pronunciado en el mundo el simbólico *e pur si muove*. Con la diferencia en honor de Ferrer que su equivalente *¡Viva la Escuela Moderna!* fué pronunciado, no como remordimiento después de una debilidad, sino por un hombre enérgico, ante el pelotón de ejecución, en la plenitud de la vida, con la firme seguridad de quien ha cumplido una misión libremente aceptada y ha realizado un propósito, rebosante de fuerza y conciencia para no arrodillarse para recibir la muerte, desobedeciendo en su último momento el tétrico y tiránico ritual.

Para gloria de Ferrer, en su proceso constan las siguientes palabras de su defensor, el capitán Galcerán, que tanto como defensa valen como acusación contra sus enemigos:

«*Esta campaña es dirigida principalmente contra la persona de Ferrer por odio y temor a la educación dada a la clase obrera, sea en su Escuela Moderna, que lograron tiempo atrás cerrar, sea en la serie de libros publicados por la casa editorial por él fundada, por temor, repito, de que con la ilustración los desesperados se ennoblezcan y sacudan yugos indignos de la raza humana.*»

En el mismo proceso se leen estas palabras del insigne procesado, respondiendo a una pregunta del tribunal:

«*Sería injusto que se me reprochase la obra educadora de la Escuela Moderna, o de sus publicaciones. Y no es que rehuya tratar de ello, al contrario; gustosísimo acudiré ante cualquier*

tribunal encargado de juzgar los libros de la Escuela Moderna, seguro de no merecer castigo alguno por haberlos editado... Las personas que critican las obras de la Escuela Moderna, o no las han leído, o se hallan incapacitados de juzgarlas por los atávicos prejuicios que desgraciadamente padecemos casi todos.»

Creemos terminar dignamente esta publicación, incluyendo una carta escrita en la Cárcel Modelo de Madrid, que quizá olvidaría el autor al trazar sus memorias y que, no obstante, puede servir como resumen substancial de su obra.

Cuando hace seis años tuvimos el grandísimo placer de abrir la Escuela Moderna de Barcelona, hicimos resaltar mucho que su sistema de enseñanza sería racional y científico.

Ante todo, advertimos al público, que siendo la razón y la ciencia la antítesis de todo dogma, en nuestra escuela no se enseñaría religión alguna. Sabíamos que esta declaración provocaría el odio de la casta sacerdotal, y que nos veríamos combatidos con las armas que suelen emplear quienes solamente viven de engaño e hipocresía, abusando de la influencia que les dan la ignorancia de sus fieles y el poder de los gobiernos. Pero cuanto más se nos hablaba de lo temerario que era ponerse tan francamente en frente de la iglesia imperante, más alientos sentíamos para perseverar en nuestros propósitos, persuadidos de que cuanto más grande es un mal y cuanto más poderosa es una tiranía, más vigor se ha de em-

plear para combatirla y más energía se necesita para destruirla.

El clamoreo general elevado por la prensa clerical contra la Escuela Moderna, al que podremos deber un año de cárcel, nos prueba que acertamos en la elección del método de enseñanza, y nos ha de dar a todos los racionalistas nuevos alientos para proseguir la obra con más tesón que nunca y engrandecerla, propagándola hasta donde alcance nuestro poder.

Hay que advertir, sin embargo, que la misión de la Escuela Moderna no se limita a que desaparezca de los cerebros el prejuicio religioso, porque si bien es éste uno de los que más se oponen a la emancipación intelectual de los individuos, no lograríamos únicamente con ello la preparación de la humanidad libre y feliz, puesto que se concibe un pueblo sin religión y también sin libertad.

Si la clase trabajadora se librara del prejuicio religioso y conservara el de la propiedad, tal cual existe hoy; si los obreros creyeran cierta la profecía que afirma que siempre habrá pobres y ricos; si la enseñanza racionalista se limitara a difundir conocimientos higiénicos y científicos y preparase sólo buenos aprendices, buenos dependientes, buenos empleados y buenos trabajadores de todos los oficios, podríamos muy bien vivir entre ateos más o menos sanos y robustos, según el escaso alimento que suelen permitir los menguados salarios, pero no dejaríamos de hallarnos entre esclavos del capital.

La Escuela Moderna pretende combatir cuantos prejuicios dificulten la emancipación total del

individuo, y para ello adopta el racionalismo humanitario, que consiste en inculcar a la infancia el afán de conocer el origen de todas las injusticias sociales para que, con su reconocimiento, pueda luego combatirlas y oponerse a ellas.

La enseñanza racionalista y científica de la Escuela Moderna ha de abarcar, como se ve, el estudio de cuanto sea favorable á la libertad del individuo y a la armonía de la colectividad, mediante un régimen de paz, amor y bienestar para todos sin distinción de clases ni de sexo.

F. FERRER GUARDIA

Cárcel Modelo de Madrid, 1 - 5 - 1907.



APÉNDICE

Tras la sencilla exposición del pensamiento y de la iniciativa de Ferrer, trazada por él mismo, se ha creído conveniente la comprobación de su bondad y de su necesidad, recurriendo a las ideas de grandes pensadores acerca de la enseñanza y de la educación.

Al efecto, tomando fragmentos de *El Boletín de la Escuela Moderna,* se ha formado este Apéndice, en el que el lector verá demostrado que la educación racional de la infancia es, no sólo la base de la futura sociedad regenerada, sino un anticipo de esa regeneración; es lo diametralmente opuesto a esas desviaciones o falsificaciones de los principios de libertad y de igualdad que practican los privilegiados para perpetuar indefinidamente la usurpación que cometen y de que disfrutan; es la semilla que germina, arraiga y se desarrolla en dura roca, al parecer estéril, y, convertida al fin en frondoso árbol, causa admiración por su vigor y lozanía.

Completado así el plan de este libro, puede servir de justificación a la gran obra del Mártir de Montjuich y de estímulo a los racionalistas que han de continuarla.

Reflexiones sobre la Instrucción Pública

Dictamen presentado por Lavoisier a la Convención en julio de 1793

El hombre nace con sentidos y facultades; pero no aporta consigo al nacer ninguna idea: su cerebro es una tabla lisa que no ha recibido ninguna impresión, pero que está preparado para recibirlas.

Esas impresiones le son comunicadas por los sentidos y se les da el nombre de *sensaciones*.

Pero si no nos llegan todas nuestras ideas más que por nuestros sentidos; si sólo por el ejercicio de nuestras facultades aprendemos a conocer las propiedades de los cuerpos que nos rodean, resulta que el niño que nace está obligado a aprender todo y a hacer, por medio de sus sentidos, un verdadero curso de conocimientos físicos. Es una cosa verdaderamente digna de la meditación de los filósofos esa formación de las primeras ideas de la infancia. Una observación atenta no permite dudar de que el niño procede al conocimiento de las propiedades de los cuerpos, pasando de lo conocido a lo desconocido, siguiendo un método sucesivo y muy aproximado al que emplean los geómetras: para esos experimentos no se necesitan máquinas costosas; todos los cuerpos que le rodean le sirven de instrumentos.

Poco tiempo después de su nacimiento comienza un curso de óptica y de perspectiva. Todos los objetos le parecen al principio colocados sobre un mismo plano; pronto aprende a apreciar los tamaños y las distancias, a rectificar por el tacto los errores del ojo, a conocer la figura de los cuerpos por la proyección de las sombras y por los efectos del claro-obscuro.

Estudia casi al mismo tiempo los efectos de la pesantez, los del choque de los cuerpos: no sabe, como los físicos, que todos los cuerpos se atraen en razón

directa de la masa y en razón inversa del cuadrado de la distancia; que su acción, cuando están en movimiento, se mide por la masa multiplicada por la velocidad, pero esa precisión no le es necesaria. La naturaleza, que vela por su conservación, que refiere todo a sus necesidades, se contenta con enseñarle que la caída de un cuerpo es tanto más temible cuanto de más alto cae; que una piedra hace tanto más daño al que recibe con ella un golpe cuanto más gruesa es, cuanto más dura y cuanto con más fuerza ha sido lanzada.

Un poco más avanzado en edad, el desarrollo de sus fuerzas le permite hacer un curso de mecánica. El palo que cae entre sus manos es para él la más fuerte de todas las máquinas, la palanca. La pelota, que le devuelve la pared o que bota sobre la tierra, le dan nociones elementales del choque de los cuerpos y de las leyes del movimiento reflexivo. La reguera que practica a lo largo de un arroyo le hacen conocer los principios de las leyes del equilibrio de los fluídos; le enseña esa propiedad tan notable, tan fértil en aplicaciones, en virtud de la cual se colocan siempre todas las partes de la superficie en un plano riguroso de nivel.

Tales son las primeras lecciones de la naturaleza; que les da en forma de juegos; así, para los niños, jugar es estudiar, y quien no haya empleado en jugar los primeros años de su infancia no llegará jamás a ser hombre. ¡Dichosa infancia! en esa primera educación adquieres ideas justas, porque las recibes de las cosas, y los hombres no mezclan con ellas sus preocupaciones ni sus errores. Se acerca el momento en que vendrán a arrancarte de las manos de tu soberana institutriz y en que, después de haber hecho un curso de verdades físicas, comenzarán un curso de errores morales. Tal era, a lo menos hasta el presente, la suerte que te estaba reservada; y para reclamar contra esa violación de tus derechos, contra esa infracción de las leyes de la naturaleza, te prestamos hoy nuestro órgano.

La naturaleza ha dado al niño cierta dosis de fuerzas y de facultades: el máximum de sus esfuerzos es limitado; pero añadiendo a sus órganos, a sus instrumentos naturales, los instrumentos del arte, se hace

capaz de producir nuevos efectos, en este punto comienza la educación del hombre. Tratemos de demostrar cómo puede concurrir con la de la naturaleza; cómo debe ser su continuación.

Un niño no puede, por la sola fuerza de sus brazos, por el solo peso de su cuerpo, introducir en la tierra la estaca destinada a formar una empalizada; pero las artes le ofrecen el mazo, cuya masa, multiplicada por la velocidad que le imprime el brazo, produce en seguida el efecto deseado.

El clavo, que no puede introducirse en la tabla por la sola fuerza de sus manos ni por la presión, a menos de emplear un cuerpo excesivamente pesado, cede al choque del martillo que le empuja, y he ahí también el instrumento del arte añadido al brazo y a la mano, es decir, a los instrumentos de la naturaleza.

El martillo produce tanto más efecto cuanto es más pesado y su masa se aplica al extremo de una palanca mayor, o, dicho de otro modo, cuanto más largo es el mango: es necesario que introduzca el clavo sin estropearle, sin romperle, sin aplastarle; de ahí la necesidad de emplear martillos de diferentes masas y mangos, según el efecto que se quiere producir; de ahí las reglas relativas al empleo del martillo en las artes, desde el del relojero hasta el del herrero o el motón del constructor.

Un cuchillo divide el pan con mucha facilidad; pero si los dos planos que terminan la hoja, en vez de formar un ángulo de diez a doce grados, formasen uno de treinta, el esfuerzo del hombre más robusto no bastaría para hacerle penetrar en el pan; de ahí toda la teoría de la construcción del cuchillo, todo lo que es necesario conocer para los usos de la sociedad, de las propiedades de la cuña y del plano inclinado.

¿Está destinado el instrumento cortante a dividir cuerpos más duros? ¿Quiere empleársele en separar las fibras de la madera en el sentido de su longitud? Preciso será que el nuevo instrumento tenga bastante fuerza para soportar los esfuerzos de la masa que ha de oponérsele, y de ahí los dos lados del plano inclinado que se separan, la cabeza del instrumento que aumenta, la cuña que se forma.

¿Se quieren cortar oblicuamente esas mismas fibras

de la madera? El cuchillo sería harto débil; se necesita darle más fuerza, más masa, y se presenta la podadera, cuyo esfuerzo se halla aumentado por la velocidad que se le imprime. Ese instrumento no es aún bastante fuerte para las obras de armadura, no tiene suficiente golpe; se le reemplaza con el hacha, que es más pesada y cuyo efecto se aumenta todavía por la disposición del mango.

Si se quieren cortar las fibras de la madera por un plano que les sea perpendicular: ni la podadera ni el hacha son a propósito para el caso; se necesita la sierra.

Tales son los principios elementales del arte de trabajar la madera: casi no hay estado en la sociedad en que no hayan de hacerse aplicaciones de ellos: sobre todo son indispensables a los que se ocupan de trabajos campestres.

Las nociones elementales del arte de trabajar los metales no son mucho más difíciles de reunir en tratados cortos y elementales; están al alcance de los niños, y es fácil, en forma de diversiones, armarles de todos los instrumentos del herrero y del cerrajero.

El desarrollo de los principios que sirven de base a la agricultura no presenta ideas mucho más complejas: el objeto de este arte consiste en obtener, con los menores gastos, la mayor masa de producciones posible. En algunas plantas, como en las patatas, la raíz es el objeto del cultivo; en otras, como en muchas legumbres y verduras, es toda la planta; en el trigo y la cebada, es el grano contenido en la espiga; en el azafrán, es el pistilo de las flores, etc. Esas primeras observaciones conducen naturalmente a la distinción de las diferentes partes que constituyen los vegetales; al examen de las raíces, de los tallos, de las hojas, de las flores y de los frutos, con cortas explicaciones sobre el uso de esas diferentes partes, esos objetos están continuamente a la vista de los niños en los campos; sólo se trata de fijar su atención sobre lo que ven todos los días.

Las diferentes plantas que produce la naturaleza no se encuentran indistintamente en todas partes: unas existen en los valles, en los prados, en los lugares húmedos; otras en los ribazos, en las montañas, en los

lugares áridos. De ahí todas las observaciones relativas a la exposición, a la calidad de las tierras; los medios de corregirlas por las mezclas y de añadirlas artificialmente el principio de producción que les falte, y toda la teoría de los abonos. Tales son las bases principales de un curso de agricultura; ¿dónde se enseñará ese arte bienhechor de la humanidad más que en los campos y a los que han de dedicar su existencia al cultivo de las tierras?

No es quizá mucho más difícil inclinar los niños a concepciones de un orden más elevado, hasta los conocimientos de geometría práctica. La idea de longitud, de anchura y de profundidad les es familiar casi desde los primeros días de su existencia: sólo se trata de dirigir su atención y de obligarles a reflexiones sobre lo que ya saben.

Toda la teoría de la agrimensura se deriva de las nociones más sencillas sobre la naturaleza de las superficies: la ciencia de la cubicación procede de la definición del sólido. No hay peón ni jornalero que no conciba métodos para cubicar una zanja o una excavación cualquiera, para evaluar una obra; ¿por qué el mismo individuo no ha de aprender por principio lo que aprende fácilmente por rutina?

La física experimental suministra a todas las artes y a todos los hombres, en cualquiera circunstancia en que se encuentre, los instrumentos necesarios; esta rama de las ciencias debe entrar en el plan de una educación primaria.

Todos los cuerpos aumentan en todas sus dimensiones cuando se les calienta; disminuyen en la misma proporción cuando se les enfría; hagamos sensible este efecto, de cualquier modo, y tendremos un termómetro.

Vivimos en un fluído elástico y raro, el aire, casi como los peces en un fluído más denso, el agua. Una propiedad de los fluídos contenidos en tubos que comunican juntos por su parte inferior consiste en conservarse en equilibrio a una altura que está exactamente en razón inversa de su peso específico. Treinta y dos pies de agua hacen equilibrio con una columna de aire igual a la altura de la atmósfera; de ahí la teoría de las bombas. Veintiocho pulgadas de

mercurio hacen equilibrio con esta misma columna: de ahí el barómetro y todos los fenómenos que acompañan sus variaciones.

La botánica y la historia natural son también estudios que convienen a la infancia. No hay niño que no recoja flores, insectos y conchas: tocar, examinar, disecar, todo es una necesidad de la infancia; guardémonos de contrariarla ya que podemos dirigirla de una manera útil.

La lectura y la escritura son un instrumento de las artes, y es necesario que el hombre de todos los estados sepa utilizarle. Este instrumento establece una relación entre los hombres de todas las edades y de todos los países y conserva el equilibrio entre todos los conocimientos exparcidos sobre la superficie del globo; es un preservativo contra la superstición, contra el abuso del poder; es el primer garante de la libertad. Hay diferentes géneros de conocimientos que es en extremo difícil enseñar a los niños cuando no saben escribir; tales son las reglas del cálculo, que forman una de las partes más esenciales de la educación primaria.

Pero al poner ese instrumento en la mano del hombre, temamos hacerle un presente funesto: temamos introducir en su espíritu la idea de la palabra trazada sobre el papel, en lugar de la idea de la cosa que esa palabra ha de recordar. Que en todas partes, en los libros que se entreguen al niño, la idea principal que se intente grabar en su entendimiento se haga sensible por grabados y por imágenes: que la lengua escrita sea para él, en cuanto sea posible, la lengua de los jeroglíficos, de manera que la idea no se separe jamás de la palabra.

Dirigiendo así hacia objetos sensibles todas las partes de la educación primaria, sujetándose a seguir el método de la naturaleza, no solamente se formarán hombres, sino que se operará una perfectibilidad gradual en las cualidades intelectuales de la especie humana: en veinte años, las mismas obras que se creerán hoy fuera del alcance de los niños, parecerán mucho más sencillas, porque contendrán conocimientos familiares a todos. Será preciso, pues, renovarlos, y así de generación en generación, de modo que la co-

lección de las obras clásicas, redactadas en diferentes épocas, será la medida de los progresos de la humanidad.

Acabamos de recorrer los dos primeros períodos de la vida humana: hemos examinado cuál es la primera educación que la naturaleza da a los niños; lo que los hombres reunidos en sociedad pueden agregar. Este primer grado de instrucción social, que debe ser común a todos los hombres, debe ponerse al alcance de todos; es un deber que la sociedad cumple con la infancia, debe ser, pues, gratuito.

Como aplicación de los principios expuestos, Lavoisier redactó un Proyecto de decreto para la instrucción nacional, *impreso en agosto de 1793. He aquí la parte relativa a las* escuelas primarias:

La educación nacional, dividida por épocas, comprende:

1.º Las *escuelas primarias*, comunes *a todos los niños, sin distinción ni excepción*, desde la edad de seis años, a razón de una escuela por mil individuos ..

I. — Las escuelas nacionales primarias, o escuelas comunes, están divididas en dos secciones: una para los niños, otra para las niñas. Las escuelas para los niños se confían a un maestro, las para las niñas a una maestra.

II. — Estas escuelas se distribuirán de manera que los niños no vivan demasiado alejados de ellas, y su número se fijará en la proporción de una por mil habitantes. En los lugares donde la población esté dispersada, puede haber un maestro adjunto... En los lugares en que la población esté aglomerada, se establecerá una segunda escuela en el caso en que la población se eleve a más de mil individuos; una tercera cuando llegue a más de dos mil, y así sucesivamente.

III. — En la educación de esta primera edad, la marcha de la instrucción debe ser proporcionada al desarrollo sucesivo de los órganos y de las facultades

de los niños; observando con cuidado no presentarles más que objetos sensibles y evitar el cansancio de su atención ocupándoles demasiado tiempo en un mismo género de estudios.

En consecuencia, la lectura, la escritura y la enseñanza de las primeras reglas de aritmética deben entremezclarse con lecciones elementales sobre la historia natural, sobre la estructura de los vegetales y de los animales; de relatos históricos, de rasgos de patriotismo y de beneficencia; de paseos relativos a los trabajos campestres y a las artes económicas. Toda esta parte de la instrucción se les dará principalmente en forma de recreo y de juegos.

IV. — Cuando los niños han adquirido así, por el ejercicio de sus sentidos, una suma suficiente de ideas y de conocimientos, se les enseña los principios elementales de la moral: se les explica cuáles son los derechos y los deberes del hombre; qué objeto se propone en sociedad; cómo se establecen las propiedades, cómo se transmiten. Se les da, cuanto es posible, algunas nociones sobre el comercio, sobre el orden que ha de establecerse en una empresa y en una explotación; sobre la teneduría de libros; sobre el arte de servirse de un diccionario, de un índice; de seguir una descripción sobre un dibujo y sobre una figura; por último, se les ejercita en el canto para las fiestas públicas.

Esta primera parte de la educación, aunque dada separadamente, es la misma para los niños de ambos sexos.

V. — Se enseña particularmente a los niños a servirse de la regla y del compás, a medir las superficies y los sólidos, a cubicar un campo. Se les da una noción de todas las artes que están a su alcance, conduciéndoles a los estudios o los talleres de los que las profesan; se les hace conocer los principales instrumentos que usan y la manera de servirse de ellos; se insiste sobre todo en lo concerniente a la economía rural, al cultivo de las tierras, de las huertas, de los jardines y a la poda de los árboles; el cuidado y la educación de bueyes y caballos; el arte del herrador, la construcción y conducción de carros. Se les ejercita de tiempo

en tiempo en el manejo de las armas; se les enseña a nadar.

VI. — Se da particularmente a las niñas nociones sobre las artes a que su sexo les destina, como el hilado, la costura, la cocina, el cuidado de una casa, la economía, el cuidado de animales domésticos.

VII. — Para servir de guía al maestro y a la maestra, se redactará inmediatamente un curso completo de cuanto deba enseñarse a los niños en las escuelas comunes. Los objetos de historia natural y de física, las operaciones de las artes, y todo lo que haya de ser objeto de la instrucción será representado en ese curso por figuras; además los niños compondrán un extracto razonado de ese curso general, para que se les represente de una manera clara y metódica todo lo que se les haya explicado por sus maestros.

Estos libros serán redactados según el mejor método de enseñanza que indique claramente el estado actual de los conocimientos, y según los principios de libertad, de igualdad, de justicia distributiva, de humanidad, de beneficencia, de pureza de costumbres y de adhesión a la causa pública, consagrados por la Constitución y que forman la base de la moral universal.

Estos libros se dividirán en cuadernos, de modo que puedan renovarse a poco coste cuando se estropeen o se pierdan.

VIII. — Habrá alguna diferencia entre los libros clásicos para uso de las escuelas de los campos y de las de las ciudades; se insistirá más en las primeras sobre todo lo que se relaciona con la agricultura; se insistirá más en las segundas sobre los conocimientos relativos a las artes y al negocio.

IX. — Para familiarizar pronto a los niños con las ideas sanas del orden y de la justicia que deben formar la base de toda institución social, los alumnos de una y otra sección de las escuelas nacionales comunes están organizados separadamente en sociedades, modeladas aproximadamente sobre el plan de la gran

sociedad política y republicana; y las faltas son en consecuencia castigadas según el juicio de un jurado nombrado entre los niños. Éste jurado sentencia sobre el hecho; los maestros se limitan a hacer la aplicación del artículo del reglamento.

La Educación de los Padres

Los miles de seres muertos prematuramente, los miles y miles que viven arrastrando saludes debilitadas, los millones que crecen con constituciones menos fuertes que las que debieran tener, tanto y tanto infeliz nos dan idea del mal ocasionado por padres que ignoran las leyes de la vida. Piénsese que el régimen a que los niños son sometidos tiene una influencia buena o mala sobre todo su porvenir, que sobre veinte maneras de engañarse hay una sola de no engañarse, y podrá medirse la extensión de las miserias que introduce en el mundo nuestro sistema aventurado e irreflexivo de educación. Deciden los padres, por ejemplo, que un niño vista una chaquetilla corta, flexible y ligera, y que vaya así a jugar al aire libre, con los miembros enrojecidos por el frío, y no se tiene idea de que esa decisión ejercerá una influencia sobre toda su vida, por la enfermedad o por la debilitación del cuerpo; cuando menos tendrá una edad madura más débil, y esa circunstancia puede ser impedimento al logro de sus propósitos y a su felicidad. Sométese a los niños a un régimen alimenticio no variado y escasamente nutritivo, y de ello se resentirán hasta el último día, y su actividad como hombres o como mujeres disminuirá por ello más o menos. Se le prohibe los juegos ruidosos o, a causa de sus vestidos demasiado ligeros no se les permite salir por el frío, obligándoles así a ser inferiores al grado de fuerza y de salud que les correspondería. Cuando los hijos se ponen débiles o enfermizos, sus padres llaman a eso una desgracia, una prueba que les envía la Providencia, y la verdad

es que el caos que reina en su cabeza, como en la de los otros, les hace suponer que los efectos se producen sin causa o por causas sobrenaturales, desconociendo que si bien en ciertos casos esas causas se transmiten por herencia, lo más frecuente es que se hallen en prácticas absurdas seguidas respecto de los niños. La responsabilidad de tantos sufrimientos, debilidad, abatimiento y miseria incumbe generalmente a los padres, que son los encargados de examinar hora por hora todo lo que se refiere a la existencia de sus vástagos, que, por una ligereza cruel, han descuidado el conocimiento de las leyes del desarrollo vital que contrarían a cada momento con sus mandatos o con sus prohibiciones. En su completa ignorancia de las primeras leyes fisiológicas, han minado diariamente la constitución de sus hijos, y les han infligido de antemano la enfermedad y la muerte prematura, no sólo para sus propios hijos, sino también para sus descendientes.

Los funestos efectos de la ignorancia nos aparecen tan grandes en la educación moral como en la educación física. Véase la legislación que establece la joven madre en la cámara de la nodriza; hace pocos años asistía a la escuela, donde atestaba su memoria de palabras y de fechas y donde su reflexión se ejercía lo menos posible; allí no se le daba la menor idea acerca de la manera de conducirse con un naciente espíritu; ni la educación recibida, ni la disciplina a que estaba sometida eran a propósito para ponerla en estado de descubrirlo por sí misma. Los años siguientes los dedicó al estudio de la música, al bordado y labores análogas, a la lectura de novelas y placeres del mundo; jamás se fijó su pensamiento sobre las graves responsabilidades de la maternidad; apenas se le ha dado lo más mínimo de esa sólida cultura intelectual que hubiera podido prepararla para arrostrar esas responsabilidades. Vedla ahora frente a un carácter que se desarrolla y cuyo desarrollo le está confiado. Ved su ignorancia profunda de los fenómenos con que se relaciona, interviniendo ciegamente en hechos que no tocan con seguridad ni aun los que poseen la más alta ciencia. Nada sabe de la naturaleza de las emociones, del orden que preside a su evolución, de sus funciones,

del punto preciso en que cesan de ser saludables para convertirse en nocivas: cree que existen sentimientos absolutamente buenos a cualquier grado que se les lleve, lo que no es verdad respecto de ningún sentimiento; cree que existen sentimientos absolutamente malos, lo que es también un error. Desconociendo el organismo que tiene ante sí, desconoce igualmente la influencia que puede ejercer sobre ese organismo tal o cual tratamiento. ¿Cómo evitar los desastrosos resultados que presenciamos diariamente? Ignorando, como ignora, los fenómenos mentales, sus causas y sus efectos, su intervención suele ser más perjudicial que lo que sería la abstención absoluta. A cada momento dificulta el juego regular y bienhechor de las facultades de su hijo, perjudicando con ello su felicidad y su porvenir, falseando su carácter como falsea el suyo propio, enajenándose además su afecto. Por motivos inspirados en el temor, en el interés y en el orgullo, le inclina a las acciones que cree deber inclinarle, cuidándose poco del móvil, siempre que el acto exterior sea conforme a su idea del bien, desarrollando así la hipocresía, la poltronería y el egoísmo en vez de los buenos sentimientos. Mientras recomienda la sinceridad, le da constantemente el ejemplo de la mentira, profiriendo amenazas que no ejecuta, y en tanto que le predica el dominio sobre sí mismo, le regaña por cosas que no lo merecen. No sabe que en la cámara de la nodriza como en todo el mundo, la única disciplina saludable es la experiencia de las consecuencias buenas o malas, agradables o penosas que se desprenden naturalmente de nuestros actos. Desprovista de toda luz teórica, incapaz de guiarse por sí misma por la observación de los hechos de desarrollo que se cumplen en su hijo, la joven madre sigue la impulsión del momento de una manera ligera y funesta. El gobierno maternal sería casi siempre funesto si no fuera porque la tendencia superior del espíritu joven que le lleva a revestir el tipo moral de la raza triunfa generalmente de todas las influencias secundarias.

La educación intelectual se conduce de la misma manera. Si se admite que el espíritu humano tiene leyes, y que la inteligencia del niño se conforma a ellas, hay que reconocer que la educación no puede

ser bien dirigida sin el conocimiento de esas leyes. Suponer que se podrá regular la formación y acumulación de las ideas sin saber cómo se forman las ideas es un absurdo. ¡Cuánto diferirá la enseñanza actual de lo que debería ser, cuando casi no hay padres y pocos son los maestros que tengan la menor noción de psicología! ¡Ni qué puede esperarse con el sistema establecido, tan gravemente defectuoso en el fondo y en la forma! Bajo el dominio de esa idea estrecha que hace ver que toda la educación consiste en el estudio de los libros, los padres se apresuran a poner los abecedarios en manos de los niños. Por no conocer esta verdad: el uso de los libros es suplementario, son un medio indirecto de aprender cuando falta el medio directo, un medio de ver por ojos ajenos lo que no podemos ver por nuestros propios ojos, nuestros educadores están siempre dispuestos a darnos hechos de segunda mano, en lugar de hacerlos adquirir directamente. Por no comprender el inmenso valor de esta educación espontánea, fruto de nuestros primeros años, y que la observación incesante a que se entrega el niño, lejos de ser desechada por molesta, ha de ser diligentemente secundada para que resulte tan exacta y completa como sea posible, los educadores se obstinan en ocupar los ojos y la inteligencia de los niños con cosas e ideas ininteligibles y repugnantes en esa época de la vida. Poseídos de la superstición que hace adorar los símbolos de la ciencia en lugar de la ciencia misma, no ven que únicamente cuando los objetos de la casa, de la calle, del jardín, estén casi agotados es cuando llega el caso de facilitar a los niños en los libros nuevas fuentes de información: y esto no sólo porque el conocimiento inmediato es preferible al mediato, sino también porque las palabras que contienen los libros no hacen nacer ideas sino en proporción de la experiencia adquirida de las cosas. Nótese además que esa instrucción de fórmulas se comienza demasiado pronto y se dirige con desconocimiento de las leyes de nuestro desarrollo mental: nuestra inteligencia va necesariamente de lo concreto a lo abstracto, y sin consideración a este hecho, estudios abstractos, como la gramática, que debiera venir al fin de los estudios, se colocan al principio; la geografía política,

cosa muerta y sin interés para un niño y que debiera ser un apéndice de la sociología, siempre se empieza demasiado pronto, en tanto que la geografía propiamente dicha, cosa comprensible y agradable para él se descuida casi por completo. Casi todos los asuntos abordados lo son en un orden anormal: las definiciones, las reglas y los principios se ponen en primer término, en lugar de ser expuestos poco a poco a su conocimiento como deben serlo naturalmente por la observación de los casos. Además, en el fondo de todo el sistema, hay la enseñanza que consiste en hacer aprender de memoria, por rutina, sacrificando el espíritu a la letra. Por último, se embotan las percepciones al principio por el empeño que se pone en contrarrestar la naturaleza y en forzar la atención del discípulo fijándola sobre los libros; se confunde su espíritu queriendo infundirle cosas que no puede recibir y presentándole las generalizaciones antes que los hechos; se hace del alumno un recipiente para las ideas ajenas, en vez de hacer de él un investigador activo de hechos y de ideas; se recarga excesivamente su cerebro y se llega a que muy pocas inteligencias produzcan lo que podían dar de sí. Una vez pasados los exámenes se arrinconan los libros: las nociones adquiridas, por falta de orden y coordinación, se desvanecen, y lo restante queda casi siempre en estado inerte por no haber cultivado el arte de aplicar esos conocimientos y por no haber desarrollado el poder de observar con exactitud y de pensar por sí mismo. Añádase a esto que mientras una gran parte de las cosas que se enseñan son relativamente de poco valor, una masa de conocimientos importantísimos y necesarios quedan en el más completo olvido.

Los hechos son así: la educación física, moral e intelectual de la infancia es terriblemente defectuosa, y lo es en gran parte porque los padres son extraños a la ciencia, única guía que podría instruirlos en esta obra. ¿ Qué ha de resultar cuando se ve emprender la solución de uno de los problemas más complicados que existen a personas que jamás han pensado en estudiar sus principios fundamentales ? Para hacer un zapato, para construir una casa, para maniobrar un barco, para conducir una locomotora se necesita

un largo aprendizaje, ¿y puede creerse que el desarrollo corporal e intelectual de un sér humano sea cosa comparativamente tan sencilla que pueda encomendarse sin estudio previo a un cualquiera? Si eso no está en orden, si se concede que el proceso de ese desarrollo es, salvo pocas excepciones, el más complejo que existe en la naturaleza, y la tarea de secundarle es de extrema dificultad, ¿no es una locura no preparar al hombre para cumplirla? Sería preferible sacrificar la adquisición de los talentos que suprimir esa preparación absolutamente necesaria. Cuando un padre, que ha obrado siguiendo falsos principios aceptados sin examen, se ha enajenado el afecto de sus hijos, los ha impulsado por su severidad a la rebeldía y a la ruina moral y ha causado su propia desgracia, podría hacerse esta reflexión: más hubiera valido el estudio de la etiología que el de las obras de Esquilo. Cuando una madre llora la muerte de su hijo, que sucumbió a consecuencia de la escarlatina y oyó a un médico sincero que le dijo, lo que ella ya sospechaba, que su hijo hubiera curado si su constitución no hubiera sido de antemano debilitada por el abuso del estudio; cuando queda rendida bajo el doble peso del dolor y del remordimiento, es un miserable consuelo decirle que su hijo podía leer el Dante en el original.

Vemos, pues, que para regular la actividad humana en la tercera de sus grandes divisiones, es necesario cierto conocimiento de las leyes de la vida; es indispensable conocer los primeros principios de la fisiología y las verdades elementales de la psicología. Estamos seguros que esta aserción será acogida con desdeñosa sonrisa: pedir que los padres adquieran conocimientos tan ocultos parecerá absurdo, y lo sería si se exigiera que todos los padres y madres tuvieran conocimientos profundos en esas materias; pero no es esa nuestra pretensión: basta inculcar a los alumnos los principios generales, acompañándolos con algunos ejemplos para facilitar su inteligencia, y podrán ser enseñados de una manera dogmática si no pueden enseñárseles de una manera racional.

Como quiera que sea, he aquí los hechos, que son irrecusables: el desarrollo físico e intelectual de los

niños está sometido a leyes; si los padres no se sujetan a esas leyes, la muerte es inevitable; si sólo se sujetan hasta cierto punto, resultan de ello serios defectos corporales y morales; únicamente sujetándose a ellas por completo llegan los niños a madurez perfecta. Júzguese, pues, si los que un día han de ser padres no deben conocer esas leyes.

HERBERT SPENCER

(De l'Education)

Lo que debe ser la Educación

Siendo el hombre un animal, perfeccionado, es verdad, e incontestablemente razonable, aunque con alguna moderación, la ciencia de la educación, o, desde otro punto de vista, el arte de criar al hombre, debe tomar sus principales datos de la antropología, puesto que en el fondo y en último análisis la pedagogía no es más que una rama de la historia natural del hombre.

Cuando se trata de la cría del toro o del caballo, se considera natural y sencillo asegurarse de que el padre y la madre estén sanos, bien constituídos y que reunan los caracteres de la raza o variedad que se desea; nada se descuida para que una alimentación apropiada, una higiene especial, unos cuidados dictados por observaciones continuadas y por experimentos repetidos favorezcan en los becerros o en los potros el desarrollo cada vez mayor de los atributos, facultades y cualidades deseadas.

Respecto del hombre se han seguido generalmente otros procedimientos; y, sin embargo, la tarea es más fácil.

La cría del perro, del cerdo, del carnero u otros no tienen por objeto el perfeccionamiento del individuo para su felicidad particular. No se ha de contrariar su naturaleza, ha de hacérsele adquirir o exagerar hábitos, instintos, aptitudes que le serían perjudiciales en estado libre, que le incapacitarían para buscarse la

vida; se le ha de atrofiar o hipertrofiar tal o cual órgano; es preciso mutilar, deformar, transformar; en una palahra, se ha de confeccionar un ser anormal, un monstruo, como se dice en historia natural, inútil para sí mismo, aunque utilísimo para el hombre, que de él saca utilidad y placer.

La cría, dispénseseme la irreverencia, la educación del sér humano, por el contrario, tiene por principal objeto el bienestar del individuo, la satisfacción de sus necesidades naturales y esenciales, y, por tanto, la adquisición, el desarrollo y el perfeccionamiento de todos los órganos, de todas las facultades que pueden mejorar su situación, asegurar y aumentar su felicidad. No hay, pues, más que seguir las leyes de su propia naturaleza, las leyes fisiológicas, las leyes sociológicas que determinan los medios y las condiciones más favorables a la evolución armónica y progresiva de su organización, de sus facultades físicas, intelectuales y morales, a la realización, no nos cansaremos de repetirlo, de la mayor suma de bienestar posible.

¿Pero qué se ha hecho? En cuanto el hombre pasó aquel tiempo en que se criaba como un simple mamífero, se creó poco a poco una multitud de entidades: Dios, el presente más funesto que podía hacerse, una vida futura, almas, manes y otras quimeras que hacían de la persona humana una especie de monstruosidad, un compuesto de dos substancias contrarias, inconciliables, de las cuales la una dice sí cuando la otra dice no. Esas entidades, a pesar del progreso de las artes, de las ciencias y de la industria han extraviado siempre al pedagogo sobre el arte de criar los niños.

Algunos filósofos habían negado la realidad de tales fantasmas, el hombre iba a retrotraerse a su vida normal, cuando Malherbe, no, el Cristo vino y enseñó la abnegación, la humillación, el sufrimiento, el envilecimiento, el anodadamiento en este mundo para ganar el otro. Desde entonces la naturaleza humana fué considerada como totalmente pervertida, y este sér doble llegó a ser más incomprensible aún: fué a la vez ángel y animal, libre y predestinado, definido e indefinido, es decir, un sér que únicamente la teología sabía crear, procrear, volver a crear, enseñar, disciplinar, regentar, aconsejar, confesar y sobre todo

azotar de todas maneras. De esas dos substancias, una, la material, la substancia extendida de Belise, el andrajo querido de Chrysale, nacida para el mal, siempre culpable, no pudiendo dar un paso sin pecar, debía ser castigada, dominada, mortificada, martirizada para conservar inocente, para fortificar, glorificar y santificar la substancia espiritual que podía así, según ciertos casuistas lógicos, deleitarse, casta y pura, en un cielo inmaculado, mientras que su hermana la corporal se cebaba en la satisfacción grosera de «sucios deseos».

Así es como la teología hizo al hombre lo que éste había hecho al buey, le castró e hizo de él una presa fácil para el sacerdote y para el tirano.

Esa concepción de un sér en quien la religiosidad era la característica, en quien la religión era el principio y el fin, que había sido condenado a una vida de expiación por el trabajo, las miserias, los tormentos y la sumisión más absoluta al amo; esa concepción extraña e impertinente había necesariamente de hacer que se considerará la privación, la aflicción, el dolor, el suplicio y el tormento como los mejores medios de perfeccionamiento. De ese modo la educación llegó a ser sinónimo de castigo, la disciplina fué el nombre común de la dirección moral y del instrumento de cordelillos que manejaba Tartufo. Las reglas de la gramática como las de la conducta se aprendían a correazos. Un solo método de enseñanza, la férula; un solo medio de corrección, el vergajo.

He ahí el fondo y el subfondo de la educación cristiana.

Un poco de catecismo, algunos ejercicios religiosos y unas oraciones completaban la enseñanza.

En cuanto a la inteligencia, en cuanto a las ciencias profanas fueron declaradas atributos y obras del diablo, y, por tanto, proscriptas. Después se les ha concedido algún lugar en la educación por imposición de las «exigencias del siglo». Hoy todavía el cristiano no toca esas cosas sino con pinzas, con el acompañamiento de ese correctivo y purgante, la religión. Todavía se grita contra «la escuela sin Dios».

Como «la substancia extendida» es también la substancia sensible, ha acabado por rebelarse contra el

vergajo, y en nuestros días se ha penetrado en las escuelas frailunas para encontrar niños con las orejas desgarradas, con las posaderas abrasadas o, como en Tívoli, escolares que han recibido la percusión del vergajo alabándose de haberlo pedido. No hablaré de la pedagogía inglesa que antes elogiaba «el vapuleo al desnudo» y declaraba «que el mejor medio de hacer una esposa completa consistía en azotar a las muchachas desde los cinco a los dieciocho años». Tampoco diré nada de los ingleses que quieren conservar aquellos usos, ni de ciertos pedantes alemanes que todavía disertan sobre los méritos de la paliza.

También se ha rebelado la inteligencia contra esa educación «espiritual», que estropeaba el espíritu, según la expresión de Guy-Patin, y que consistía esencialmente en el arte de recargar la memoria, de comentar los autores para hacer decir lo que jamás habían pensado, de argumentar sin fin sobre necesidades y absurdos.

Es decir, que, gracias al progreso de las ideas, a las modificaciones y reformas introducidas en la educación, que sufre las mismas fluctuaciones y pasa por las mismas fases que la civilización, de la cual es uno de los principales factores, ya no queda traza de aquella pedagogía bárbara, antinatural e inhumana, que hacía a Gargantua «tan fatuo, necio e ignorante», que «endurecía a la vergüenza y al castigo», como dice Montaigne, y que la Revolución metió en un mismo saco; si bien que la religión salió después algo desplumada, pero todavía vigorosa y sobre todo más astuta, y la antigua pedagogía, que galvanizó la Universidad imperial, me parece que aun muestra un poco la punta de la oreja o de la cola.

Admito que no pueda ya decirse de la enseñanza pública: «Más valdría no aprender nada que aprender tales libros bajo la dirección de tales preceptores». Sin embargo, oyendo filosofar a ciertos doctores de la Sorbona, recorriendo los programas en que se concede tanto lugar e importancia a los estudios inútiles o secundarios, en que el orden de los conocimientos no concuerda siempre con el de las ideas o de la utilidad, como quería Diderot, y sobre todo cuando se piensa en los métodos y en el espíritu de la enseñanza oficial,

ocurre la duda de si vive aún la escolástica, la metafísica y la vieja rutina universitaria. Cuando se ve de qué manera gobiernan, legiferan y administran «las clases directoras», salidas de la Universidad, hay motivo para pensar que su mentalidad ha sido falseada, o a lo menos no ha sido dirigida como recomendaban pedagogos como Rabelais, Condillac, Diderot, Lakanal, etc.

Y no hablo de los alumnos nutridos y repletos de *Syllabus* y que ciertamente no depositan ese *vade mecum* a la puerta cuando entran en el colegio militar, ni cuando se les confía el mando de los ejércitos o la dirección de las administraciones.

Cuando nos dejamos aún guiar tan fácilmente por las palabras: cuando aceptamos como argumentos irrefutables y hechos demostrados las ideas admitidas, los lugares comunes, las viejas fórmulas, las entidades; cuando el gobierno personal nos encuentra tan mansos; cuando permanecemos descubiertos ante la autoridad abusiva; cuando toda idea nueva nos halla todavía tan tímidos... ¿no es permitido creer que la educación pública no ha repudiado enteramente todavía la sucesión de su vieja hermana sobre la sumisión servil, el respeto ciego, la represión de toda iniciativa y atrevimiento, la importancia del vocablo y del mito, la negligencia del hecho y de la realidad?

Se ha dado ligeramente un gran paso declarando la instrucción primaria gratuita, obligatoria y laica, cerrando al cura la puerta de la escuela, creando colegios y liceos de niñas y señoritas...

Pero nadie ignora que se pueden enseñar muchos errores y tonterías de un modo gratuito, obligatorio y laico. Los programas, hasta los más cargados, no son suficiente garantía. Se puede ser instruído y tener una mentalidad falsa, y así se han visto asambleas compuestas de bachilleres y doctores que adoraban a un bandido coronado y causaban la desgracia del país. El error es peor que la ignorancia, y ésta es invencible cuando ha costado mucho tiempo y muchas penas confirmarse en ella. Hay, pues, instrucción buena e instrucción falsa. Es evidente que el niño tiene derecho a la instrucción, que ese derecho impone un deber público; de donde resulta gratuidad y obli-

gación; pero la obligación tiene consecuencias que han de aceptarse. Las semi-resoluciones votadas son insuficientes, no remedian nada. Si el padre no puede alimentar, albergar ni vestir su hijo, ¿dónde hallará éste comida, casa y vestido? Porque no hay término medio: o decís como Rabaud Saint-Etienne que los hijos, desde antes de nacer pertenecen a la patria — no riáis, pensáis como él, puesto que castigáis el aborto voluntario —, y entonces pediréis con Lepelletier Saint-Fargeau, que todos los niños, sin distinción ni excepción, sean criados en común, alimentados, albergados, etc., a expensas de la República: u organizaréis un estado social que permita a todo hombre ganar su vida y la de su familia de modo que no necesite el trabajo de sus hijos. Fuera de ahí no veo más que contradicción e injusticia.

En cuanto a la laicidad, no consiste solamente en la exclusión del «santo hábito» o en la prohibición de un catecismo confesional. La instrucción será religiosa en tanto que hable del Sér Supremo, del Creador, de la Providencia, de la vida futura, de las causas finales, de la conciencia innata, del libre albedrío, de los castigos y de los premios de ultra-tumba y otras abstracciones quintaesenciadas de la supuesta religión natural. Podrá caer en ese vago sentimentalismo, en esa llorona sensiblería de Rousseau, de Basedow, de Pestalozzi y de Frœbel, que es más tenaz que la fe en la Virgen de Lourdes, pero no será científica ni laica.

«Respetar la conciencia del niño» antes que sea hecha, es una frase vacía de sentido, y si está hecha, «no turbarla» es una utopía a menos de no enseñar más que a danzar, como M. de la Jeannotiere, y ni así tampoco. «La escuela neutra» es un sueño; la moral se invoca y se aplica continuamente en ella. ¿Existe acaso una moral neutra, que convenga a la vez a Voltaire y a san Ignacio?

La escuela laica es la escuela materialista. No puede ser otra.

Hoy, que el estudio del hombre es más profundo y más científico, la prehistoria y la etnografía nos dan conocimiento exacto de la infancia de la humanidad que aclara la del individuo; la historia, mejor comprendida, que permite trazar, de los progresos de la

inteligencia humana, un cuadro extenso y metódico revelador del verdadero sistema de enseñanza; la fisiología cerebral, que destrona y reemplaza la psicología llamada ciencia del alma; la antropología, que precisa de una manera rigurosa el lugar del hombre en la naturaleza, y su evolución física, intelectual y moral a través del tiempo y del espacio, según los medios y las razas, toda la ciencia, en una palabra, cuyos descubrimientos confirman cada vez más la teoría transformista y materialista, exige que la pedagogía nueva se desprenda completamente de la fraseología sentimental de que todavía se abusa en la escuela y repudia los compromisos con las preocupaciones religiosas, morales o de otro género, y se funda toda entera, como ya hemos dicho, sobre la historia natural del hombre.

G. DE MORTILLET

(Diccionario de las ciencias antropológicas)

La Educación por el Ambiente

El primer esfuerzo de la escuela debiera dirigirse únicamente a enseñar a vivir. La educación por el ambiente *(nature study)* tiene por objeto desarrollar en el niño el interés innato que siente hacia sí mismo y hacia lo que le rodea. El mejor método de educación respecto de los niños consiste, ante todo, en guiar sus sentimientos personales, virtualidades y tendencias. No se aniquila impunemente la adaptación del hombre de mañana. Sin dirección ni brújula, su pequeña personalidad se desarrollará en energías salvajes, desordenadas y estériles. La escapatoria o falta de asistencia a la escuela, es el fruto de nuestros diligentes esfuerzos para reprimir el entusiasmo innato del niño. En su acto de rebeldía contra la «escuela-cárcel», el niño procura tomar la lección que el maestro inconsciente no ha sabido darle. Por montes y valles, bosques y llanuras o recorriendo calles y plazas públicas, se pondrá en contacto con el mundo, sin

elección, con una avidez bien comprensible. El chicuelo quiere vivir su vida, perseguir las mariposas, merodear con las abejas, frecuentarse con vecinos y vecinas, mientras en el interior del establecimiento sus compañeros languidecen con los brazos cruzados, momificados, sin moverse ni hablar, o se forman en filas por orden de estatura en el triste patio de árboles enfermizos, o son condenados a copiar diez veces un verbo.

La educación por el ambiente ha de comenzar con cosas y fenómenos que tengan un carácter general y común. Antes de la hora en que haya necesidad de definir y clasificar, dejemos al niño todo el tiempo y toda la latitud necesarios para conocer y observar. Definir y clasificar resultará naturalmente de una experiencia largamente acumulada; no debe ser un medio, un método de educación primaria. En nuestras actuales pedagogías se da la ciencia en píldoras. Se atesta al niño de drogas en lugar de nutrirle. La educación racional es ante todo la vida, no las definiciones ni las clasificaciones, que son cosas secas y muertas. Con el tiempo seguramente, cuando el entendimiento del joven humano se haya abierto suficientemente sobre el mundo, la definición podrá ser un corolario útil de la experiencia adquirida, una fórmula cómoda que cada cual podrá retocar a su gusto, según su personal manera de ver.

El objeto de la educación por el ambiente consiste en desarrollar la simpatía natural del hombre por ese mismo ambiente, en darle de él una comprensión amplia y positiva, cosa que apenas se hace en nuestro siglo en que reina el Vellocino de Oro. Hoy se comienza por dividir la fauna y la flora en animales y plantas útiles o perjudiciales al *homo sapiens*; como si todo eso hubiera sido creado y puesto en el mundo para nuestro uso. En nuestra era de mercantilismo, sólo nuestro inmenso egoísmo se interesa en la naturaleza, considerándola como una mina explotable o a veces como un espectáculo a propósito para suscitarnos sensaciones agradables. «Después de mí el fin del mundo», piensan nuestros amos modernos, productos dignos de una educación para uso de los capitalistas.

El objeto de la educación por el ambiente, al con-

trario, es desarrollar la simpatía natural del hombre por su medio, provocar el conocimiento de ese mismo medio, de un modo algo semejante a la manera cándida con que el primitivo mira lo que le rodea. Claro es que el libre examen y la meditación ejercida por un conocimiento maduro o en vías de madurez no han de ser desechados; pero ¿a qué apresurarse? ¿No tiene el hombre de mañana toda la vida para especular sobre su medio? En Oriente, el hábito de la meditación apoyado en las costumbres, es quizá más precoz que en Europa; pero nosotros somos Occidentales, indígenas de la zona templada, y, como tales, predispuestos a vivir una vida activa en el seno del ambiente universal.

La educación por el ambiente será, pues, una reacción saludable contra el método y el formalismo de nuestras pedagogías; será una eficaz revolución contra el uso prematuro de los procedimientos de laboratorio, una feliz rebeldía contra la tendencia a aplicar la enseñanza de los sabios ya formados a obras de educación elemental. Por el respeto a la completa individualidad del niño, por la excitación de su espontaneidad natural, despertando su entusiasmo juvenil, impedirá que nuestros escolares se transformen en efigies fundidas en el mismo molde, en otras tantas medianías tiradas a miles de ejemplares. La educación por el ambiente es eminentemente propia para desarrollar en el niño los múltiples modos de expresión de que podrá disponer en el porvenir: palabra y ademán, escritura, dibujo y colorido, canto y música. Toda su pequeña humanidad se expansiona, se abre sobre el mundo, y sobre todo germina en él la flor bellísima del sentimiento poético.

Con tal sistema la escuela deja de ser una reunión de clases discordantes, para simplificarse y harmonizarse tendiendo hacia la unidad de su programa, dándole así la razón de ser que parecía faltarle hasta ahora.

Ante las miradas del niño se desarrolla todo el panorama del mundo como una unidad inmensa ante su variedad multiforme: el aire libre le da la salud; el astro del día esparce la alegría en su rededor, y, rompiendo con la monotonía y el formalismo seculares,

cesa la escuela de ser esa institución ilógica y bárbara que conocemos, convirtiéndose en la primera célula de un organismo social racional, basado sobre el estudio científico, sobre la evolución normal de la raza.

Así la educación por el ambiente se ocupará de lo visible y de lo actual, de lo tangible y de lo concreto. Definir, clasificar, dar un estudio profundo sobre un asunto no son cosas que razonablemente podamos exigir a un niño que todavía no conoce nada del mundo y de la vida; dejémosle adquirir la adecuada experiencia, y la prudencia necesaria se le presentará indispensablemente cuando haya tanteado y gustado lo que le rodea. Después veremos: si un día siente avidez por instruirse, siempre tendrá a mano libros para calmar su ansia de saber. Añadamos que este método es preferible a la aparición de un cambio en la escuela actual. El niño, hecho ya el hombre renovado, lo llevará consigo en la vida y sabrá aplicarlo en todas las situaciones posibles; mirará el panorama del mundo con el candor de la infancia y se mezclará en la actividad social en el sentido que mejor convenga a sus facultades innatas.

La educación por el ambiente viene a ser en cierto modo el lazo de unión entre la escuela, por una parte, y la vida real y la actividad social, por otra; prepara naturalmente al alumno para todo género de trabajos, escolares o no escolares, rurales o urbanos, terrestres o marítimos, hasta puede decirse que será la base de la ciencia misma, porque permitirá en lo sucesivo reunir cada una de las partes más ínfimas de ella a la vida universal. Si todos los maravillosos descubrimientos recientes en el dominio científico metamorfosean profundamente nuestras harto estrechas e indeterminadas concepciones sobre la constitución del mundo, si las especulaciones que podemos permitirnos respecto de la naturaleza íntima del substratum material son ya muy suficientes para satisfacer nuestra necesidad de saber, la transformación de la escuela en un organismo vivo, en que el sér adquiera una noción concreta de la naturaleza, es evidentemente la primera etapa que se ha de seguir para marchar hacia ese conocimiento integral del mundo y de la vida. ¿No es ya un curioso y bien sintomático es-

pectáculo de nuestra época transitoria esa soldadura inesperada de dos pedagogías tan diferentes aparentemente? Sobre programas y exámenes, escuelas cuarteles y cárceles, la educación racional de la primera infancia va a unirse a la ciencia más alta y transcendente que podamos adquirir.

¡Cuánto incomparablemente más sabios que nosotros serán nuestros hijos! Siempre jóvenes, en toda edad de su vida, sabrán fraternizar con plantas y animales, piedras y elementos, amar los paisajes, querer a todos los hombres, unidades diversas de una misma humanidad de hermanos. Entonces su ciencia formará verdaderamente cuerpo con la vida social metamorfoseada; será parte integrante de ella, y hacia horizontes siempre más extensos y elevados se dirigirán las miradas conscientes del humano normalmente desarrollado por el contacto con las realidades terrestres.

A. PRATELLE

La Educación

La escuela verdaderamente emancipada y libre de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo más que en la naturaleza.

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se comprende por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y a veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente a sus polluelos el arte de evitar a su enemigo y de buscarse el sustento; después, gorjeando, le recita lo que podríamos llamar «aires nacionales», le enseña a sos-

tenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo a distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar a su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen a su disposición un excedente de energía que derrochar.

Pero esa excedencia enérgica se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque insconsciente entre los hijos, acomodarlos a todas las obras y a la conducta de la vida que va a comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos, los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza a la presa viva, muerta o imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que, para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican a la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Así es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fué para los helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en aquella época de la civilización las exigencias rompían ya la unidad primi-

tiva de las familias y obligaban a colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el constraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan a los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente a las mujeres y a los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba mucho el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros «santos» nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean a la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza a los padres, especialmente al padre, que le delega todos sus poderes como director, maestro y propietario de su hijo. Pero el padre no es el único poseedor de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso a que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza a vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos a las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no a la voluntad del padre, ni a las exigencias de la Iglesia o del Estado, sino a las necesidades y a las conveniencias de su desarrollo personal. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced a esa «reverencia extrema» a que el niño tiene derecho y le profesan sus maestros.

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme a los inte-

reses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas o teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos «moralizadores» que en ellos se hallan. «¡Obedecer!» tal es en el fondo la única moral predicada en un libro del príncipe Phalh-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer, para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado a la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo un deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da».

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce a confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente a la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar a sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como, desde Aristóteles a san Pablo y desde los padres de la Iglesia a los Padres de la Constitución americana, se con-

sideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: o se es campeón del derecho o cómplice del crimen. En esta materia, como en todos los asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia o de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres a los opresores y a los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño a desarrollarse conforme a la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor a la fuerza ni cebar el animal o la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender esas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y de las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco a poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se apoderará de las ciencias de una manera diferente a la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades mentales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene a su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, de su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

ELÍSEO RECLUS

(De *El Hombre y la Tierra*, t. VI, c. XI.)

La Enseñanza - Libertad o Monopolio

En materia de enseñanza, cuando se habla de libertad, ¿de qué libertad se trata? ¿De la del padre de familia, de la del Estado o de la del niño? ¿Qué intereses han de ponerse a salvo: los de los que dan la enseñanza o los de los que la reciben? ¿En qué derechos conviene inspirarse sino en los del destinado a ser el beneficiario o la víctima de la enseñanza?

Como quiera que se plantee el asunto, la respuesta ha de ser la misma: hay que asegurar la libertad, poner a salvo los intereses y garantir el derecho del niño.

La figura del niño domina el problema, y en este punto de partida firme y lógico, no puede haber equívoco ni confusión.

¿A quién pertenece el niño? — A la familia, según unos; al Estado, según otros.

Los primeros reservan exclusivamente a los padres el derecho de darle educadores y la enseñanza de su elección.

Los segundos proclaman que el niño, futuro ciudadano, perteneciendo al Estado, éste tiene únicamente la facultad de educar e instruir.

Los partidarios del derecho paternal, denominándose liberales, quieren una libertad que se convierte en la tiranía paternal y en la confiscación de la libertad del niño.

Los partidarios del derecho del Estado van al monopolio, al despotismo gubernamental y a la domesticación de las inteligencias infantiles.

Pues a la pregunta: ¿a quién pertenece el niño? respondo resueltamente: ni a la familia ni al Estado, sino a sí mismo. Y al supuesto derecho de la Familia y del Estado, cuyas entidades no tienen respecto del niño débil, ignorante y desarmado más que deberes, opongo el derecho del Niño.

El niño tiene derecho al pan del cuerpo, desarrollo físico; al pan de la inteligencia, desarrollo intelectual, y al pan del corazón, desarrollo de su sér afectivo; en consecuencia, la educación tiene por fin: físicamente, formar cuerpos sanos, robustos y bellos; intelectualmente, constituir inteligencias cultivadas, y moralmente desarrollar corazones buenos, generosos y fraternales.

En lo tocante a la Enseñanza, es decir, a la constitución de inteligencias cultivadas, ¿qué conviene hacer?

En este punto el deber es doble:

1.º *Negativo.* Alejar la inteligencia del niño del error, de la preocupación y de la mentira.

2.º *Positivo.* Hacer que el niño conozca y ame la Verdad.

Pero ¿dónde está la Verdad? ¿Quién la posee? ¿Quién puede considerarse como su detentador?

A esta capitalísima pregunta respondo: La verdad no existe, se crea; no está detrás de nosotros, sino delante; es como la ciudad que se va edificando y que cada día se embellece y se ilumina.

Unicamente los dogmáticos y los metafísicos pueden enorgullecerse vanamente con la posesión de la verdad y creerse con derecho a imponerla a los demás. Usen o no sotana, enseñen en nombre de la Religión o del Estado, esos dogmáticos son siempre peligrosos y como tales han de ser rechazados.

Ya que la verdad se halla dentro de nosotros, es necesario dejar al niño que busque *por sí mismo* esa

verdad cada vez más grande y luminosa hacia la cual nos dirigimos.

Si no poseemos *la* verdad, poseemos *unas* verdades.

Estas verdades son las nociones de las ciencias ya ciertas, demostrables y evidentes; son los conocimientos adquiridos, las realidades positivas, las proposiciones comprobadas y comprobables.

Estas verdades, en una palabra, forman el conjunto de conocimientos ciertos que constituyen en la presente el *capital intelectual de la humanidad.*

Poner este capital-saber (comunismo cerebral) a la disposición de todos los niños es lo que de nosotros exige el derecho de ese pequeño sér inteligente en período de formación y de desarrollo.

SEBASTIÁN FAURE

Una Carta de Kropotkine

Sr. D. Francisco Ferrer.

Querido compañero y amigo:

Veo con placer que lanza usted a la publicidad *L'Ecole Rénovée*, y siento no poder dedicar a esta publicación todo el apoyo que deseo prestarle.

Todo está por hacer en la escuela actual. Ante todo la *educación* propiamente dicha: es decir, la formación del sér moral, o sea el individuo activo, lleno de iniciativa, emprendedor, valiente, libre de esa timidez del pensamiento que caracteriza al hombre educado en nuestra época, — y al mismo tiempo sociable, *igualitario*, de instinto comunista, y capaz de sentir su unidad con todos los hombres del universo entero, y, por tanto, despojado de las preocupaciones religiosas, estrictamente individualistas, autoritarias, etc., que nos inculca la escuela.

En todo esto, no hay duda que la obra de la escuela más perfecta será dificultada siempre; mientras la familia y la sociedad obren en direcciones opuestas;

pero la escuela ha de reaccionar contra esos dos factores. Y puede hacerlo, por la influencia personal de los que enseñan y por el modo de enseñar.

Para esto se necesita evidentemente crear poco a poco nuevas exposiciones de todas las ciencias: concretas, en lugar de los tratados metafísicos actuales, societarios, — «asocianistas», permítaseme la palabra, — en lugar de individualistas; y de los tratados «populistas», hechos desde el punto de vista *del pueblo*, en lugar del punto de vista de las clases acomodadas, que domina en toda la ciencia actual y sobre todo en los libros de enseñanza.

Respecto de la historia y de la economía social, es evidente, nadie lo duda. Pero lo mismo sucede respecto de todas las ciencias: la biología, la fisiología de los seres vivientes en general, la psicología y hasta respecto de las ciencias físicas y matemáticas. Tómese, por ejemplo, la astronomía: ¡qué diferencia cuando se enseña desde el punto de vista geocéntrico, de la que resulta concebida y enseñada desde el heliocéntrico, y de lo que será enseñada desde el punto de vista de los infinitamente pequeños que recorren los espacios, cuyos choques en números infinitos producen a la larga las harmonías celestes! O bien tómense las matemáticas cuando se enseñan como simples deducciones lógicas de signos que han perdido su sentido original y no son más que signos tratados como entidades, y cuando se enseñan como expresiones simplificadas de hechos que *son* la vida infinita e infinitamente variada de la misma naturaleza. Jamás olvidaré la manera con que nuestro gran matemático Tchebycheff nos enseñaba en la Universidad de San Petersburgo el cálculo integral. Sus integrales, cuando al escribir los signos convenidos decía: «Si tomamos, en tales límites, la suma de todas las variaciones infinitamente pequeñas que pueden sufrir las tres dimensiones de tal cuerpo físico, bajo la influencia de tales fuerzas», — cuando hablaba así sus integrales eran *signos vivos de cosas vivas en la naturaleza;* mientras que para otros profesores esos mismos signos eran materia muerta, metafísica y carecían de todo sentido real.

Ahora bien, la enseñanza de todas las ciencias,

desde las más abstractas hasta las ciencias sociológicas y económicas y la psicología fisiológica del individuo y de las multitudes exige ser reconstruída para ponerse al nivel de lo que impone ya la misma ciencia actual.

Las ciencias han progresado de una manera inmensa durante el último medio siglo, pero la enseñanza de esas ciencias no ha seguido el mismo desarrollo.

Ha de marchar al mismo paso, y esto, de una parte para que la instrucción no sea un obstáculo al desarrollo del individuo, y también porque el ciclo de la instrucción necesaria en este momento se ha ensanchado de tal modo, que con el esfuerzo de todos es preciso elaborar los métodos que permitan la *economía* de las fuerzas y de tiempo necesarios para conseguirla en la actualidad. En otro tiempo, los que se dedicaban a una carrera de cura, de sabio o de gobernante, eran los que estudiaban, y no reparaban en emplear en sus estudios diez o quince años. Ahora todo el mundo quiere estudiar, desea saber, y el productor de las riquezas, el obrero, es el primero que lo exige para sí. Pues sí: puede estudiar, debe saber.

No debe quedar un solo sér humano a quien el saber — no el semi-saber superficial, sino el verdadero saber, — se le niegue por falta de tiempo.

Hoy, gracias a los progresos inauditos del siglo XIX, podemos producir todo, todo lo necesario para asegurar el bienestar *a todos*. Y al mismo tiempo podemos dar a todos el goce del verdadero saber.

Mas para esto han de reformarse los métodos de enseñanza.

En nuestra escuela actual, formada para hacer la aristocracia del saber, y dirigida hasta el presente por esa aristocracia bajo la vigilancia de los clérigos, el derroche del tiempo es colosal, absurdo. En las escuelas secundarias inglesas, al tiempo reservado para la enseñanza de las matemáticas se le cargan *dos años* para los ejercios sobre la transformación de las *yards*, *perches*, *poles*, *miles*, *bushels* y otras medidas inglesas. En todas partes la historia en la escuela es tiempo absolutamente perdido para aprender nombres, leyes incomprensibles para los niños, guerras, mentiras con-

vencionales... Y en cada ramo, el derroche del tiempo alcanza proporciones vergonzosas.

En último término habrá que recurrir a la *enseñanza integral;* a la enseñanza que por el ejercicio de la mano sobre la madera, la piedra y los metales habla al cerebro y le ayuda a desarrollarse. Se llegará a enseñar a todos *el fundamento de todos los oficios lo mismo que de todas las máquinas,* trabajando (según ciertos sistemas, ya elaborados), sobre el banco y el tornillo, modelando la materia bruta, haciendo por sí mismo las partes fundamentales de todas las cosas y máquinas, lo mismo que las máquinas sencillas y las transmisiones de la fuerza a que se reducen todas las máquinas.

Se deberá llegar a la *integración del trabajo* manual con el trabajo cerebral que predicaban ya el obrero y La Internacional, y que se realiza ya en algunas escuelas, sobre todo en los Estados Unidos, y entonces se verá la inmensa economía de tiempo que se realizará con los jóvenes cerebros, desarrollados a la vez por el trabajo de la mano y el del pensamiento. De ese modo, en cuanto se piense seriamente en ello, se hallará el medio de economizar el tiempo en toda la enseñanza.

El campo de cultivo en la enseñanza es tan extenso, que se necesita el concurso de todas las inteligencias libres de las brumas del pasado e inclinadas hacia el porvenir, todos hallarán en él una inmensa tarea que realizar.

Mis más vehementes deseos de éxito a *L'Ecole Rénovée.*

Saludo fraternal.

PEDRO KROPOTKINE

ÍNDICE

APÉNDICE

